

1. Sólo una lágrima

Donde se narra la partida que hicieron tres exploradores y el trabajo que deciden hacer.

Aina abrió los ojos. Se tocó la frente. Estaba sudando. Normal, allí estaban a 35 grados. Pronto subirían al avión que los llevaría a Irlanda. Aina miró a Diego. Éste era su marido desde hacía dos años. Estaban acompañados por un profesor enciado en geología y doctor. Los tres iban a Groenlandia para estudiar el hielo y saber qué masa de hielo se encontraba en ese país. Además, el doctor Gómez tenía la curiosidad de estudiar y ver cómo podía congelar el agua en unos segundos. Aina, pero, no sólo deseaba todo eso. Hacía unos meses, había encontrado un viejo diario en un baúl de la casa de su abuela. Ésta había muerto hacía un año.

Pronto subieron al avión. La mujer se sentó en su sillón y se frotó la cara con las manos. Cogió el diario y lo abrió. Éste era muy viejo y las amarillentas hojas se rompían fácilmente. Pero Aina iba con cuidado. En el diario había apuntes, dibujos y escritos. Éste fue del padre de Aina. Había sido un hombre explorador que había viajado a Groenlandia, se había hecho una casa allí y vivió por unos años para descubrir nuevos estudios mientras apuntaba todo lo que hacía, lo que veía y lo que creía en un cuaderno. Después le vino un ataque y falleció. Algunos compañeros suyos regresaron a Sudamérica y le entregaron el cuaderno ése a la madre del explorador.

—Tranquila. Pronto llegaremos. Sólo faltan cinco horas.—dijo Diego a Aina. Le puso una mano encima de la de la mujer y así la tranquilizó.

La mujer cerró el diario y lo dejó en su bolso. Era de la medida de un libro normal. Se estiró en su sillón y cerró los ojos. No tardarían en llegar.

*

Las horas pasaban volando. Faltaba media hora para que el avión aterrizara. Aina se despertó con el dulce y melodioso suspiro de su marido. Lo miró y deslizó su mano junto a la suya. Se cogieron las manos con delicadeza y se besaron. Diego miró de reojo el asiento donde se sentaba el doctor Gómez y lo observó. Ahogó una risotada. Se giró a Aina y le dijo al oído:

—Parece que el profesor está entretenido.

Aina miró al doctor. Éste cogía una bolsa de vómitos cada dos por tres y vomitaba dentro. No le gustaba volar. No le gustaba estar en tales alturas. Odiaba que algo a mucha altura se moviese rápidamente. Una azafata le cogió la bolsa llena y le dio otro paquete de una docena de bolsas de vómito. La joven le dijo al oído:

—Tranquilícese, señor. Sólo falta media hora.

El doctor asintió y metió su boca en la bolsa.

Aina volvió a mirar a su marido y se sonrieron. Se abrazaron dificultosamente y se estiraron en el sillón.

*

El avión aterrizó. Fue cuestión de segundos. Los pasajeros fueron bajando con sus equipajes de mano y se dirigieron a la terminal, donde recogieron sus maletas e irían con los que los recogerían. El matrimonio y el profesor fueron con sus maletas con un capitán. Éste los condujo hasta un Jet privado y se elevarían hasta llegar a Canadá y después a Groenlandia. Subieron al avión y se sentaron en sillones. Se oyó un pequeño sollozo que provenía del doctor, el cual sacó de su maleta veinte bolsas de vómitos. Aina y su marido se sentaron y miraron por la ventanilla. El avión se elevó y los ojos de los tres pasajeros perdieron de vista Irlanda. Ésta se hacía cada vez más pequeña. Parecía un juguete de niños. El mar parecía estar a punto de tragársela.

Los minutos transcurrían igual que los segundos. Aina cerró los ojos y puso su bolso encima de sus muslos. Se sumió en un profundo sueño. Faltaban siete horas para alcanzar Canadá. Su amigo Carlos, un piloto de

helicópteros los recogería allí y los llevaría con su trasto hacia Groenlandia.

Las horas pasaron. Diego sacudió ligeramente a su esposa. Nada, no se despertó. La sacudió más deprisa. La mujer reprimió un leve gemido y parpadeó. Vio a su marido y al doctor delante de ella, con las maletas en las manos.

—Hemos llegado, cielo.

Aina abrió los ojos y se los frotó. Cogió su bolso y la maleta y salieron del Jet. Ante sus ojos estaba el aeropuerto de Toronto, en Canadá. Se sentaron en un banco junto a sus equipajes de mano esperando al piloto. Éste pronto vino a recogerlos.

—Hola, lo siento. Me he entretenido limpiando un poco mi helicóptero. Venid. Vuestras maletas ya las tengo yo.

Los acompañó hacia su famoso transporte. Subieron y se acomodaron en unas sillas que había tras el sillón del conductor. En el asiento del copiloto había un hombre desconocido, pero de aspecto agradable. Carlos y él estuvieron charlando casi todo el viaje. Aina cerró los ojos deseando que el viaje se hiciera corto, pues ya estaba harta de viajar tantas horas. Pronto alcanzaron las cumbres heladas de Groenlandia. El helicóptero aterrizó en una superficie helada, estaban muy cerca del mar, y salieron del transporte. Allí, en medio del hielo la temperatura estaba bajo cero. Aunque el sol estaba encima de ellos, tuvieron que ponerse abrigo y taparse con todo lo que fuera posible, con tal de entrar en calor. El piloto, antes de que salieran, les dijo:

—Dentro de dos semanas vendré a buscaros. Cada día hacedme una llamada a las 13:00 horas para saber que estáis bien. ¿Entendido?

Los tres asintieron. Sacaron del Jet tres coches para ir por el hielo y se subieron. Pusieron dentro el material necesario para vivir en el hielo dos semanas y media y cada uno entró en un coche para pilotarlo. Los encendieron y se marcharon. El profesor, que iba delante, tenía un GPS con la dirección donde acamparían y donde debían empezar a estudiar el terreno, los guiaba con walki-talkies. Se desplazaron unas horas en coche.

*

Cuando el sol empezó a despuntar, llegaron a la zona donde había una casa para ellos. Pararon los coches y los aparcaron al lado de la casa. Ésta

era enorme. El doctor tenía las llaves. Las sacó y abrió la puerta de la choza. Dentro había mesas, sofás de piel, alfombras de piel artificial, cuadros, sillones... Entraron y dejaron las maletas en un rincón. Aina caminó por la casa, inspeccionándola. Caminó por un corto pasillo hasta llegar a una habitación con dos camas. Sería la suya y la de su marido. Al otro extremo del pasillo había otra habitación con dos camas. En esa habitación había una puerta que conducía al exterior. Salió del cuarto y se dirigió al salón. Allí había también una pequeña cocina para cocinar lo necesario para poco tiempo. Aina sonrió. Debía sentirse como en casa y olvidar los problemas económicos que había en Sudamérica. Cogió su maleta y fue a la habitación que sería la suya. Dejó el equipaje en el suelo y sacó su pijama. Se lo puso y se metió en la cama. Era muy caliente. Con el sueño que tenía encima y el cansancio por tanto tiempo de vuelo, deseaba dormir. Sólo dormir. Olvidó la cena por completo. Se dio una vuelta en las mantas y cerró los ojos, tratando de olvidar pensamientos que podían alterar su cansancio y enfermarla. Ahora que estaba en un país frío y desolado con el trabajo de estudiar, no debía pensar en otra cosa. Esa noche, Aina derramó sólo una lágrima. Una sola que identificaba su pena por los problemas que invadían el mundo, que se hacía cada vez más pobre y pequeño.

2. Brillo de diamante

Cuando se narra la primera búsqueda de objetos congelados y la promesa que se hace Aina.

La casa volvió a recuperar el ardor de hacía sólo unas horas. Además, el olor del desayuno era muy fuerte y parecía formar parte del calor. Aina abrió la compuerta de la chimenea y echó otro carbón. Quería mantener la choza caliente hasta que los dos vagos se levantaran. La mujer volvió a la cocina y cogió un plato. En él puso una taza de té y unas galletas. Se sentó en una silla y puso el plato en la mesa. Apoyó un codo en ella y se cogió la cabeza con la mano. Con la otra, cogía tristemente un trozo de galleta, lo mojaba en el té y se lo llevaba a la boca. Lo masticaba cerrando los ojos y trataba de alejar los malos y tristes pensamientos que invadían su pobre mente. Acabó su desayuno y se levantó. Lavó el plato y la taza y los dejó en un pequeño armario. Luego se deslizó hasta un sillón y se sentó. Cerró los ojos y pensó durante tiempo. No supo concretar el tiempo que estuvo pensando, pero notó cómo las horas pasaban. Mientras pensaba, a la mente le venía una voz infantil, que le susurraba cosas ininteligibles, pero parecía su tono de voz de pequeña.

*

Aina abrió los ojos. Miró por la ventana. Era mediodía. Se levantó y fue a su cuarto. Su marido no estaba. Se abrigó y fue afuera. No quería que empezasen sin ella. Cuando salió de la casa vio a su marido y al doctor hablando y señalando el terreno. Aina fue con ellos.

—¡Por fin! —dijo Diego— Estabas dormida y no queríamos despertarte.

—Lo siento, estaba pensando. ¿Empezamos?

Los dos hombres asintieron. Le dieron un martillo, una linterna y una pala pequeña.

—Bien, señora. Para que aprenda, hará una práctica. Vaya por el hielo y si encuentra un pedacito que le llame la atención con el martillo, señora Morgan, golpee el hielo cuando vea algo interesante o que le llame la atención, enfóquelo con la linterna y cave para poder cogerlo con la pala.

Aina le dedicó una sonrisa y cogió el material. Se puso un cinturón con cuerdas y se lo ató. Se despidió de los hombres y fue a iniciar su búsqueda. Se volvió y miró los hombres. Éstos se iban hacia otra dirección cada uno. Aina sonrió y cogió el diario de su padre. Lo abrió y buscó entre las páginas. Lo que más le llamó la atención cuando lo abrió fue un dibujo que el hombre había dibujado. Era un medallón con una piedra preciosa en él. Era bastante grande. El escrito y los apuntes decían que se trataba de un collar del siglo XIV de una condesa que lo perdió y alguien lo encontró y pasó de generación en generación hasta acabar en Groenlandia. El diario contaba que el padre, Juan, había estado buscándolo en su estancia en Groenlandia.

—Si él no lo encontró, yo lo buscaré. Y si lo encuentro, lo llevaré a la familia.

Se guardó el diario en el cinturón y empezó a caminar mientras oía el crepitar del hielo bajo sus pies. Cogió una brújula que encontró en un bolsillo y la miró. Estaba en el norte. Siguió caminando mientras miraba el suelo. Era brillante. La luz del sol le hacía un brillo de diamante. Se agachó y sacó el martillo con la intención de probarlo. Pegó un golpe seco. Se oyeron unos crujidos y después cesaron. Dio otro golpe más fuerte. Esta vez vio una línea en el hielo. Dio golpes y golpes. Un trozo de hielo se rompió. Lo cogió con una mano y lo alzó. Lo puso mirando al sol. Parecía un diamante. Un pedrusco de los de verdad. Lo tiró al suelo y siguió caminando. Miraba al suelo y se paraba de vez en cuando porque veía un brillo en el hielo. Creía que podría ser el collar, pero no lo era. Era el sol que lo hacía brillar. Se dejó caer en el suelo y se tapó la cara con las manos.

—No lo encontraré nunca. ¡Nunca! Groenlandia es muy grande y podría estar en cualquier parte. Pero, ¿para qué lo quiero? Si no lo necesito.

Se quitó el diario del cinturón y lo abrió. Buscó una página y la leyó:
“Faltan doce horas para que salga el sol. Ahora, en mi cama, suelo soñar con que encuentro la joya y con ella saco el dinero suficiente para ayudar a mi familia. Ayer unos hombres me hablaron sobre la joya. Decían que había estado sepultada por las tormentas de nieve y lluvias. Estoy seguro de que el collar está en alguna parte bajo el hielo. Pero lo encontraré. Lo encontraré...”

Aina suspiró. No debía alarmarse. Ese medallón estaba bajo el hielo en alguna parte de Groenlandia y llevaba tiempo buscarlo. Debía tomarse su tiempo para buscar y, cuando lo encontraran...

3. Cadáveres helados

Cuando parten con sólo un coche y se narra la tragedia que se desarrolla en una colina.

A la mañana siguiente, los tres exploradores se levantaron con las suficientes fuerzas como para hacer un largo viaje. Desayunaron té con pan y se pusieron ropa de abrigo. Cogieron los cinturones con el material necesario y salieron de la casa. Esta vez, subieron a un coche, pues el viaje sería más largo. Aina deseaba y anhelaba con todo su corazón encontrar el medallón y saber la historia que escondía realmente. A escondidas, se llevó, de nuevo, el diario colgado del cinturón. Se miró en el espejo del coche. Sus largos y ondulados cabellos castaños recaían sobre sus hombros. Los cogió e hizo una coleta. Miró sus ojos. Estaban tan azulados como siempre. Su marido poseía una gran belleza masculina. Sus cabellos de color ocre le llegaban a mitad del cuello. Siempre, cuando miraba a su esposa, el marrón de los ojos la tranquilizaba. El profesor Gómez llevaba gafas redondas y sus cabellos canosos eran cortos, pero bonitos. No parecía que tuviese cincuenta años. Aina tenía veinticinco años y su marido veintiocho. Se querían mucho.

—¡Cuidado, frena!

El chillido de Aina alteró a los dos hombres, y Diego frenó en seco.

—¿Qué ocurre, amor?

—Mirad.

Salieron del coche. Aina corrió delante del auto y miró una cosa. Una cosa oscura. La señaló asustada y se agachó para verla mejor. La tocó y dijo:

—Es algo duro. Pero parece oxidado. ¿Qué es?

El profesor puso una mano encima y lo cogió. Lo giró y se quedaron parados al ver un tipo de pared de un coche antiguo. Había un escudo español con el nombre pintado a mano: “Los Tormenta”.

—¿Los Tormenta? ¿Qué es eso?

Diego se encogió de hombros, al igual que el profesor.

—Lo descubriremos. Si esto estaba aquí, roto, debe de haber algo más. Sigamos buscando.

Subieron de nuevo al coche llevándose consigo el metal pintado y oxidado. Aina prestó atención a las manchas del camino, si había señales de vida o algo parecido. Redujeron la velocidad tanto como pudieron y dejaron que las ruedas del coches bailaran por la nieve. Cada vez el terreno estaba más empinado. La nieve estaba sucia, no era tan blanca como siempre. El aire era más gélido. Entonces, las ruedas del coche cesaron de moverse para adelante. En cambio, resbalaron un poco y se iban un poco para atrás. Los tres se quedaron sin aliento. Aina cerró los ojos. Respiró con todas sus fuerzas y los abrió. Puso el freno con todas sus fuerzas y esperó. El coche, sin embargo, seguía retrocediendo. La mujer se asustó. Abrió la puerta del coche y salió. Diego y Gómez la imitaron. Cerraron el coche y lo miraron. Se alejaron unos metros de él. Éste siguió retrocediendo más deprisa. Aina lo cogió por la parte de adelante pero no pudo pararlo. Soltó el cacharro y éste avanzó hacia atrás y se deslizó toda la colina abajo hasta que cayó dando tumbos y se quedó bajo la colina, destrozado.

—¿Bajamos a por él?—propuso Gómez mirando de reojo la cara rabiosa de Diego.

—No. Ya vemos que por aquí es imposible ir con transporte. Debemos ir a pie.

Gómez miró a Aina. Ésta miró sus pies, medio congelados y suspiró. Se volvió y asintió.

—Sigamos. ¿Tenemos el material a mano?

Los dos hombres sacaron de sus bolsas los martillos, las palas y las linternas. Aina cogió su material y se los mostró. Entonces, el diario se desató del cinturón y cayó a la nieve, abriéndose de par en par. Los dos hombres lo miraron desconcertados.

—¿Qué es eso?

Aina lo cogió de inmediato y lo colgó de nuevo en su cinturón. Se sonrojó un poco y sacudió la cabeza.

—Nada. Una revista cualquiera. Nada, de verdad. Sigamos.

Los dos asintieron. Empezaron a caminar subiendo la colina. Cada vez la nieve estaba más sucia y asquerosa. Aina inspiraba aire y exhalaba deseando llegar pronto. Estaba cansada.

—¿Cómo llamamos ahora a Carlos?—preguntó Diego, exasperado.

—No tenemos móviles. Están o estaban en el coche. Y no creo que bajar a mirar sea una buena idea.

Los tres se miraron.

—¿Y si vamos a la casa?—pregunó Aina, sentándose en una roca de tamaño mediano.

—¿Correrías o andarías todo el día por eso?

—¿Qué?

—Que la casa está al menos a 100 kilómetros. Si llegáramos, seríamos cubitos. Todo está... estaba en el coche maldito que se rompió. No tenemos ni mantas.

—¿Esperamos?

—¿¡A qué!?

—A ver si alguien nos ve.

—No nos verá nadie, señora Morgan. Aquí no hay nadie... salvo nosotros, claro. Dentro de poco no seremos más que cadáveres congelados.

4. Alucinaciones infantiles

Donde se narra la partida de un piloto en una misión de rescate mientras que Aina sufre sueños extraños.

Regresamos a Irlanda. Varias millas más lejos del paraíso helado, Carlos, el piloto, tomaba una de sus copas de vino semanales mientras miraba el fútbol en la tele, cómodamente estirado en el sofá de su casa. Sus talones arrugados y doloridos por los rugosos calcetines se masajearon en un cubo lleno de agua caliente. Reía a ratos e insultaba al otro equipo de la televisión. Entonces, un escalofrío recorrió tan lentamente su cuerpo que por un instante el agua se heló. Apagó la tele y se secó los pies, poniéndose a continuación los calcetines y las botas que tanto le molestaban. Se puso la chaqueta y cogió su móvil. Buscó alguna llamada del matrimonio o del profesor pero no había. Ni un solo mensaje. Volvió a sentarse pensando que se habían olvidado y que luego ya le llamarían. Miró el reloj. Ya eran las 14:45. Esperó cinco minutos. El teléfono, por más que subiera el volumen, por si acaso, no se movió ni sonó la música. Ni una sola llamada. Empezó a preocuparse. El día en que fueron a Groenlandia, sobre las 21:00, Diego llamó a Carlos comentando qué tal era la casa y diciendo que todo iba bien.

*

Carlos cogió su móvil y llamó a Diego. Esperó, jugando con sus dedos, nervioso. Sonó el contestador. El hombre volvió a llamar, inseguro de si había marcado bien. Sonó de nuevo el contestador. Esta vez, Carlos llamó al móvil de Aina. No creía que ella lo tuviese apagado o no contestaba. Entonces, Carlos se asustó. Sonó el contestador. Llamó al profesor. Decía que lo tenía apagado. Aún tenía dos opciones. La primera era llamar al

teléfono fijo de la casa. Cogió el teléfono y marcó, según tenía apuntado. Sonó el contestador diciendo que nadie estaba en casa.

La segunda opción era entrar en un programa del ordenador y contactar con los jeeps. El hombre se sentó delante de la computadora y tecleó hasta encontrar el programa. Miró la pantalla. Decía: “Introducir número de jeep.” Carlos puso el número y en la pantalla aparecieron varias señales en la imagen del mundo. El hombre buscó alguna señal por Groenlandia. Había un círculo rojo.

—¿Rojo? ¿No son verdes?—preguntó.

Entonces clicó sobre la señal roja y apareció una ventana donde decía: “La señal que busca o número no es válida o no existe.”

Carlos se asustó. Se hizo una maleta en unos minutos y se vistió para irse con el Jet hacia Groenlandia a investigar qué estaba pasando. Cogió las llaves de casa y salió (de su casa). Entró en su coche y se fue hacia el aeropuerto, donde tenía su avión.

—Vamos a ver qué ocurre.

*

Volvamos hacia las cumbres heladas de Groenlandia. El hielo vuelve a respirarse y cada vez parece más tóxico. Nuestros tres exploradores tratan de resistir los ataques de nieve y el frío que es más intenso a medida que pasa el tiempo.

Aina ya se tumbaba en el frío y gélido suelo, cerrando los ojos. No quería morir congelada.

—Pues una caminata nos quitaría el frío.—comentó la mujer, más pálida.

—Señora Morgan, es imposible, está muy lejos. Y no dejaremos que se muera de frío.

Diego se arrodilló junto a su esposa y le frotó los brazos, intentando que entrara en calor. Al final, Aina se desmayó por el frío, poniendo la cabeza sobre el brazo de su marido. Y empezó a soñar....

Imaginó que estaba caminando, sobre el hielo, a plena luz del día. Sentía un ligero calor sobre los hombros y la nuca. Ella observaba el hielo y arrastraba los pies, buscando el collar. Entonces, una voz infantil dijo:

—Estás cerca... Muy cerca.

Aina parpadeó y entornó los ojos. Miró detrás suya y en todas direcciones. No vio a nadie. Siguió caminando y mirando el hielo. El sol calentaba un

poco la nieve y se formaban diminutos riachuelos que por la noche volverían a ser hielo. Arrastraba los pies y dejaba que todo su cuerpo se cansase para parar y morir sobre el hielo. En ese momento, la voz volvió a decir:

—Casi me rozas el rostro... Acércate...

Aina se sobresaltó y miró a todos lados. Igual que antes, no vio a nadie. Siguió andando y entonces notó un ligero golpe en el hielo, bajo sus pies. Aina lo ignoró, pensando que sería el sol o el hielo. Entonces, el golpe se volvió a oír. La mujer miró al suelo y vio unas manos infantiles, con el color de piel perdido, que rozaban el hielo desde dentro. Aina se quedó quieta. De pronto, las manos se movieron y pegaron duramente el hielo que formó una grieta. Luego de nuevo golpeó pero con más fuerza y rompió el hielo, formando un agujero. Una de las manos infantiles salió del agujero tocando el hielo, como si buscase algo. Aina estaba petrificada por el miedo. Notó un estirón en su pie. Lo miró. La mano había cogido una parte del zapato de Aina y la empujaba hacia el agujero, con una impresionante fuerza. La mujer se dejó llevar.

Entonces, notó una bofetada. Aina abrió los ojos. Miró a todos lados. Todo había sido un sueño. Diego apoyaba la cabeza de su mujer en una de sus robustas manos.

—¿Estás bien?

Aina, para sorpresa de Diego, negó con la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Creo que he tenido alucinaciones. Alucinaciones infantiles. Y no ha sido divertido.

—¿Alucinaciones?

5. Cuerpos calientes

Cuando se cuenta el rescate de los tres exploradores y ponen un nuevo miembro en el club.

Carlos encendió el motor del Jet. Apretó unos botoncitos y se elevó. En unos minutos, dejó atrás Irlanda. Echó un vistazo al mar. Las olas eran muy grandes. Suspiró aliviado al saber que no había cogido su barco para ir hasta Groenlandia. Se ajustó el cinturón y rezó por que estuviesen bien.

*

El largo viaje duró apenas ocho horas. En él, se inició una tormenta y eso retrasó bastante al piloto. Cuando vio, en el mar, los primeros icebergs, dio una risotada de alegría. Ya estaba cerca. Voló sobre el país, evitando nevadas, buscando la casa. Tardó media hora en encontrar la choza rústica. Aterrizó como pudo sobre el hielo y puso el freno tan fuerte que, en unos segundos, ni el piloto pudo moverlo. Bajó del avión y revisó el perímetro de la casa. Miró por las ventanas, buscando señales de vida. No, no había absolutamente nadie. Se dirigió a la entrada y aporreó la puerta tratando de entrar. Entonces, giró el pomo de la puerta y ésta se abrió.

—¡¿Se la han dejado abierta?!

Buscó por toda la casa e inspeccionó si había alguna pista. Fue a un cuarto y buscó. Abrió unos cuantos cajones y, en uno, encontró lo que necesitaba; un GPS y una de las llaves de los jeeps. Salió de la casa, no sin antes dejar sus cosas y su maleta dentro. Fue hacia los jeeps y abrió uno. Se metió dentro y lo encendió. Activó el GPS y buscó una señal del otro

coche. Si estaban dentro de él o cerca, podría encontrarlos. En dos minutos, la pantalla quedó silenciosa e intacta. De pronto, un pequeño punto rojizo apareció y, según decía el cacharro, estaba a unos cien kilómetros de distancia. El hombre pisó a fondo y corrió todo lo que pudo con el coche. En dos o tres horas, llegó a su destino. Se encontró ante una enorme colina de nieve dura. Encima de ella, se oían voces flojas pero claras.

—¿Hola?—gritó Carlos.

Un grito resonó desde la colina.

—Sí, están ahí.

Carlos dejó el coche aparcado en medio del hielo y lo cerró con llave. Salió de él y caminó hacia la colina. Entonces, vio una cosa que lo dejó helado. Al lado de la colina, totalmente destrozado, se encontraba el otro coche. El piloto tragó saliva y anduvo hasta que notó algo bajo sus pies. Miró al suelo y le pareció ver una carita de una niña que le sonreía. Carlos parpadeó. En el hielo ya no había nada. Debía haber sido el hielo, que entraba en su cabeza y lo trastornaba. Subió por la colina, clavando en el hielo una estaca de metal que lo ayudaría en la escalada.

Cuando subió, corrió a ver a los tres exploradores. Todos tenían la cara pálida, casi sin color, y el pelo alborotado y sin brillo. Por la chaqueta o camisa tenían copos de nieve, incluso pequeños fragmentos de granizos. Carlos corrió a coger a la pobre Aina, desmayada y con los labios morados. En el descenso, no la soltó ni un segundo. Los cuatro bajaron y entraron en el coche. Dejaron el roto en medio de la nieve, helándose. No se preocuparon por coger ni los móviles ni nada del jeep roto. Si se preocupaban por lo innecesario, en ese momento, podrían morir. Como decía el profesor, Aina ya estaba de camino hacia las puertas de la muerte. Diego hacía lo posible para que no muriese. Carlos avanzaba lo más deprisa que podía, pero, con sólo un mínimo descuido de ir lo más deprisa que podía, el coche resbalaría y todos podrían morir. Pero con la calma que llevaba dentro, consiguió adelantar una hora. En dos horas llegaron a la casa. Sacaron a Aina del coche y la tumbaron en el sofá, poniéndole mantas encima, con tal que no la perdieran para siempre. Dejaron el coche junto al otro y entraron en la casa. Gómez y Diego se sentaron junto al fuego que encendió Carlos y que cada vez le echaba dos troncos más

con tal de que la llama no se apagase y no dejase de dar calor. El piloto preparó dos tazas con chocolate caliente y se las dio al profesor y a Diego. Éstos se las terminaron en un abrir y cerrar de ojos. Entonces, el marido de Aina se levantó y fue junto a su esposa. Ésta tenía los ojos cerrados y susurraba pequeñas palabras, casi sin voz.

—Pronto estará bien.—dijo el profesor.—Ya lo verá, señor García. Es sólo que debe mantener su cuerpo caliente el tiempo que haga falta, tal vez unas horas, y luego despertará cuando menos se lo espere.

Diego asintió, se sentó en un sillón y se puso a hablar con Carlos del viaje y de lo ocurrido. Éste se quedó sentado a su lado, petrificado por la historia, y cada vez le animaba diciéndole que toda ya había pasado.

—Ahora debéis estar junto al fuego y tratad de mantener vuestros cuerpos a una temperatura adecuada. Si se debe hacer algo, yo lo haré por vosotros. No os esforcéis en nada.

Diego se lo agradeció y miró a Aina. Anhelaba y deseaba con todo su corazón que se curara.

6. Sueño petrificante

Cuando, en medio de la muerte, se conoce la historia de una muerte terrorífica.

Aina deliraba sin saber lo que decía. Cada vez recuperaba más el color de la piel y sus labios recuperaban el color rojizo de siempre. Se movía en el sofá tratando de alejar el frío de su cuerpo y concentrándose en tener calor. No se quitó por nada ni le quitaron las mantas. Aquella noche, Aina lo pasó fatal.

Escuchó la voz infantil de sus visiones o sueños que dijeron:

—Mi nombre es Leira y ésta es mi historia...

Aina refunfuñó sacudiendo levemente la cabeza, pero una historia, la historia horrible, triste y horripilante de Leira rebotó por su mente toda la noche.

“—Yo tenía un padre que me quería mucho. Él tenía tres hijas, Jerla, la mayor, Jaylin, la mediana, y Leira, yo, la pequeña. Mi padre siempre me decía que tenía dos madres. Pero como era pequeña, no lo entendía. Yo y Jaylin éramos muy amigas y siempre tratábamos de descubrir lo que pretendía hacer mi padre al día siguiente. Siempre hacía excursiones al exterior, fuera de la casa, un terreno en Groenlandia. No teníamos ni vecinos ni amigos. Estábamos completamente solos. Cuando mi padre se iba, nos dejaba al cargo de Jerla. Y ella era muy mala.

Una noche que jugaba con mis muñecas, con una mueca en la cara, pensando en mi padre y mi madre, mi padre apareció por la puerta. Yo me lancé hacia él, abrazándolo y dándole muchos besos.

Nos quedamos sentados en la cama, mientras él me peinaba mi oscura pero larga cabellera con un peine cualquiera.

—¿Quién es mi madre? —le pregunté.

Miré a mi padre, ruborizado.

—N-no está.

—¿Cuándo la conoceré?

—Pronto —me dijo.

Siguió peinándome. Entonces, me volví y vi, colgado del cuello de mi padre, un tipo de medallón rojizo y brillante, un poco más pequeño que la palma de mi mano.

—¿Qué es?

—Un collar muy bonito y mágico.

—¿Me lo dejas?

—¡No!

Asentí. Mi padre me tapó con las mantas y me dio un beso. Pero ése fue gélido, no caluroso, como siempre.

Esa noche, di muchas vueltas en la cama, sin poder dormirme. Entonces, oí unos gritos en la habitación de Jerla y Jaylin. Me levanté de la cama sin preocuparme de ponerme las zapatillas y anduve hacia el cuarto, sin temer a la oscuridad que invadía la casa entera. Pronto, mis dedos rozaron la puerta de madera del cuarto. Los gritos se habían transformado en pequeños sollozos apagados. Encendí una vela e iluminé la habitación. Lo que mis ojos vieron me dejó sin respiración durante unos segundos. Jerla, estaba en el suelo, con la cabeza separada del cuerpo, llena de sangre y con manchas sangrientas por el camisón. Jaylin, estaba tirada en el suelo, al lado de Jerla y lloraba apagadamente mientras miraba con miedo y asco al mismo tiempo el cadáver de su hermana. Mi hermana también tenía el camisón sangriento y un corte profundo en el cuello. No pudo levantar la cabeza, pero percibió mi llegada.

—A-ay...úda...me.

Corrí hacia mi hermana mediana y lloré. Mis enormes pero cristalinas lágrimas mojaron de tal manera su camisón que se veía reflejada la parte del cuerpo donde las lágrimas habían caído.

—¿Qué te ha pasado?

Jaylin sólo dijo:

—Él.—con el dedo índice señaló, sin levantar el brazo, una figura negra que se escapaba por una puerta de la habitación que daba al exterior.

Noté una gran furia dentro de mi cuerpo. Solté a mi hermana y le dije:

—Te vengaré.

Jaylin cerró los ojos y dejó de respirar. Corrí hacia la puerta y la abrí. Tan fuerte era el enfado y la furia de mi cuerpo que por unos minutos no noté que mi cuerpo se congelaba, pues no llevaba ni zapatillas ni abrigo. Mis pies desnudos llenos de la sangre de Jerla tiñeron el hielo y se notaban las pisadas que daba. Corrí, no sé el tiempo exactamente, detrás de la figura negra que se creía el asesino del mundo. Entonces, se desató una tormenta de nieve que me impidió ver dónde me situaba y donde estaba el hombre de negro. Corrí lejos hasta que me encontré delante de una colina de nieve. Al lado, había un agujero en el hielo, un poco profundo. Me acerqué a él y miré su profundidad. A mi edad daba miedo. Entonces, noté un dolor desgarrador que superó el del frío que destrozaba mi cuerpo. Miré mi pecho y pude ver la punta de metal de algún arma que había hasta roto mi camisón blanco, ahora sucio. De pronto, esa cosa de metal desapareció de mi cuerpo y unas manos robustas me giraron. Detrás de mí vi al hombre de negro. Me fijé en que en su cuello llevaba colgado el mismo collar que le vi a mi padre. El hombre se quitó una capucha negra y vi a mi padre. Me asusté tanto que gemí.

—Adiós, Leira. Hasta pronto.

Me empujó hacia el agujero. Pero antes, cogí con fuerza el collar y lo estiré hacia mí. Mi padre empezó a gemir porque la cadena era de oro y le asfixiaba. Cogió un cuchillo que tenía en un bolsillo de su capa negra y, con toda la fuerza que tenía, cortó la cadena. El filo rozó su cuello y lo hirió. Entonces, perdí la respiración y el equilibrio y caí al vacío del agujero. Quedé tendida en el suelo, llorando y gimiendo por el dolor desgarrador que mataba todo mi ser. Entonces, mucha nieve empezó a caer encima de mí desde el agujero. Mi padre tapió gran parte del agujero con nieve de la colina. Yo no sólo morí de frío, sino que también expiré por ahogarme en la nieve y asesinada por el hombre que me creó y que, seguramente, fingió que me quería con todo su corazón.”

7. Muerte helada

Cuando Aina decide ir a buscar el cuerpo de Leira y no le gusta lo que ve a continuación.

Aina despertó, sobresaltada, de su sueño petrificante. Una vez más, la niña había hablado. Se tocó la frente; estaba sudando a chorros. Miró el fuego. Éste, todavía mostrando una pequeña llama, seguía moviéndose, inquieto, sobre los troncos negros que no paraban de chisquear. Miró su cuerpo. Éste, más caliente que nunca, estaba envuelto en, por lo menos, diez mantas. Se las apartó y se enderezó. Se secó la frente sudada con un pañuelo y se levantó. En ese momento, perdió el equilibrio y tuvo que volver a sentarse. Apoyó la cabeza en un cojín y cerró los ojos. La cabeza le daba vueltas. Abrió los ojos y se levantó. Trató de mantener el equilibrio sin mirar al suelo. Fue hasta su habitación y allí vio a los tres hombres hablando. Cuando la vieron, apoyando el brazo en la puerta, se levantaron y fueron a ayudarla. Diego la besó y preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

Aina lo miró, triste.

—He tenido una pesadilla que seguro que me quita el apetito de hoy y mañana. Ha sido horrible. Tan real...

Diego la sentó en la cama y, cogiéndole dulcemente la mano, comentó:

—Ya has sufrido la peor de tus pesadillas. Todo pasó. Tranquila...

—¡No!—se levantó la mujer.—Tú no lo sabes. Es sobre una niña de... ¿ocho? Sí, ocho años. Estaba en su casa cuando asesinaron a sus

hermanas. Luego el asesino resultó ser su padre y la mató a ella también y la sepultó en el hielo. Pero las imágenes eran tan nítidas y horribles. Es tan duro ver sufrir a una niña...

Carlos soltó un bufido y dijo:

—A mí me pareció ver el rostro de una niña en el hielo, pero...

—¡Sí! Igual que mis sueños y alucinaciones. Todo encaja. Debemos salir inmediatamente. Si encontráramos una niña congelada en el hielo, puede que descubramos algo más sobre toda esta historia.

Carlos asintió.

—Yo estoy contigo.

—Yo no.—soltaron Diego y Gómez.—Estás aún pálida. No puedes salir.

Para sorpresa de los presentes, Aina protestó:

—¡Esa niña ha contactado conmigo por telepatía! ¡Sin mí no podréis encontrarla!

—A lo mejor no es real. Puede que sólo lo hayas imaginado.—murmuró el piloto.

—Puede que para vosotros no sea real. Pero para mí lo es y voy a salir a por ella. Y si no queréis venir conmigo, me da igual. Puedo apañármelas. Y si muero de frío, se podrá decir que al menos lo habré intentado.

Diego iba a hablar, pero el profesor le cortó:

—Señora Morgan, si usted cree que lo ha visto y vivido, seremos sus acompañantes y usted, nuestros ojos. ¿Le va bien así?

Aina sonrió tanto que casi se le vieron los dientes. Asintió, contenta. Abrió su armario y de él sacó cuatro abrigos calientes y resistentes al frío. Dejó encima de la cama tres y se puso uno. Se equipó con traje contra el frío y cogió el material. Se calzó con las mejores botas que tenía y salió por la puerta que daba al exterior que, igual que en la habitación del profesor, en la del matrimonio, había otra.

*

En el aire gélido que le helaba las orejas y las mejillas, notó una débil vocecilla humana que la llamaba. Entonces, la voz se transformó en una cantinela en voz baja, casi murmurando. Aina cerró los ojos y se dejó llevar por el viento helado y la cancioncilla de la niña. Diego y los demás salieron de casa, corriendo detrás de Aina. No querían perderla y arriesgarse a que muriera.

Aina siguió caminando. Cada paso que daba le parecía una infinidad de tiempo. Deseaba conocer a la niña, al fin. El hielo chasqueaba bajo sus pies. De pronto, la voz de la niña dijo:

—Estás cerca... Muy cerca...

Aina sintió un escalofrío. ¿Tendría miedo o frío? La mujer abrió los ojos y siguió caminando. Dejó de escuchar la cantinela y se fijó en el paisaje. No había mucho que ver. Después, la voz dijo:

—Ya has llegado... Mírame a la cara...

Aina bajó la cabeza y miró el hielo. De pronto, le pareció ver la cara de una niña, pegada al hielo, con expresión asustada y que daba miedo. Sus ojos azul marino estaban pegados al hielo, adheridos, pidiendo súplica, sus cabellos, estaban como flotando en el interior de la masa gélida, eran tan negros que parecía carbón. Su piel, azul claro como el cielo, estaba desgastada, parecía estar helada hasta los huesos, y sus labios, esos preciosos labios que parecían haber sido rojos como la sangre y finos como los pétalos de una rosa, ahora eran morados, con manchas negras, pequeñas. A Aina, esa cara le pareció tan triste, que, por un momento, sintió pena por la niña. Pero, la niña abrió la boca y vio unos dientes amarillentos, desgastados y afilados como pequeñas cuchillas. Aina gritó desesperadamente y empezó a saltar en el hielo, asustada. La imagen de la niña se deshizo en mil pedazos que se fueron volando como si dentro de la masa helada hubiera viento. Aina cayó de rodillas y se puso una mano en el corazón. Empezó a respirar como si estuviera a punto de estallar. Estaba sudando tanto que, por una vez, la temperatura bajo cero la ayudó a secarse el sudor. Diego corrió junto a su esposa.

—¿Qué ha pasado?! ¿Por qué has gritado?

Aina bajó la mano y miró al hielo.

—L-la... niña... E-e-está... a-a-aq-aquí. La he visto.—tartamudeó la mujer, con miedo.

Diego hizo una seña atrás, a los demás, y éstos fueron hasta donde estaba Aina. Cada uno sacó un martillo y empezó a picar el hielo. Aina no dejó, ni por un segundo, de mirar el hielo mientras éste se destruía y dejaba ver la historia que ocultaba, hacía más de un siglo atrás. El hielo, aunque estuviera duro y cristalino, parecía fundirse en cuanto el martillo le daba. Pronto, a dos metros de donde se encontraban los cuatro exploradores,

vieron, desde el hielo, la figura humana infantil de una niña completamente congelada. Aina gritó de alegría:

—¡Ahí está! ¡Es ella!

Diego picó con más fuerza, igual que los dos otros. Después de unos diez minutos consiguieron quitar todo el hielo de encima de la niña y la sacaron. La tendieron en el suelo y Aina se sentó a su lado y la cogió en brazos sin separarla del frío y helado suelo. Le quitó unos cabellos de la cara y trató de hacerla entrar en calor. Pero por más que trataba de hacerla revivir, la niña no se movía.

—Vamos, Leira. Tú puedes... Tú estás viva. Abre los ojos. Cuéntame más...

Diego se sentó al lado de su esposa y le puso una mano en el hombro.

—Amor, está bien muerta. Se ve que está congelada desde hace más de veinticuatro horas. No va a abrir los ojos.

—¡No! Está viva. Ella me decía cosas. ¡Ella contactaba conmigo! Me contó lo que ocurrió. No puede haber muerto si me decía muchas cosas.

—Señora Morgan, no está viva. Si quiere llevarla a la casa para calentarla en el fuego y ver si revive... Pero ya se lo digo yo, no vive. Está muerta.

8. Creencias y desilusiones

Donde se rumorean los acontecimientos de Leira y la verdad sale a la luz, mientras que el diario nos cuenta una cosa.

Aina, Diego, Carlos y Gomez trasladaron el cuerpo de la niña a la casa. Lo pusieron encima de una mesa alargada, un poco más larga de lo que medía la niña. La lavaron con agua muy caliente, sin quitarle el camisón, y colocaron la mesa, con ella encima, al lado de la chimenea. Los cuatro exploradores se sentaron en los sillones y el sofá y, durante unos diez minutos, no hicieron más que contemplar al cadáver. Estarían atentos a la menor reacción e investigarían el caso. Aina, como no estaba acostumbrada a los silencios eternos, empezó a mover un pie, inquieta. Como nadie hizo nada, movió los dos pies y silbó, a medio tono de voz. Miró a los presentes. Éstos la miraron, sin sonreír ni lo contrario. Estaban muy serios. Aina, como no aguantaba más, empezó:

—Yo la vi, yo la oí... ¿Cómo es posible que no responda?

Diego la miró, tristemente.

—Fueron sólo sueños, cielo. Ya la ves. ¿Mañana la devolvemos al hielo si no se... mueve?

Todos asintieron. Aina se quedó unos instantes más observándola y asintió con la cabeza. Luego se levantó y dio instrucciones:

—Bien, profesor Gómez y Carlos, ustedes dormirán en la otra habitación, mientras que mi marido y yo estaremos en la nuestra. Si necesitan algo, estaré toda la noche despierta pensando en... algo. Si me dais el permiso, buenas noches.

Aina se arrancó la coleta y entró en su habitación, cerrando la puerta evitando hacer el menor ruido. Se puso el pijama y se metió en la cama. Cuando cerró los ojos, se puso a pensar. Deseaba que la niña, otra vez, le hablara en su interior, pero la voz infantil, la voz tan dulce que tanto le había contado, no apareció en su mente. Sin embargo, se sumió en un profundo sueño profundo del que despertaría antes de la tragedia.

A pesar de que era luna llena e iluminaba el cielo nocturno, los tres hombres no quitaban la mirada del cadáver y guardaban silencio.

El cuerpo deslumbraba ante el fuego y con sus ropas blancas parecía un muerto al que la muerte lo vendría a buscar pronto y se convertiría en un fantasma que recorrería las calles pidiendo ayuda, con tal de recuperar la vida. Pensaban que, de un momento a otro, el cuerpo se levantaría, haría el baile de los fantasmas, tomando forma de espectro, y se marcharía por la ventana, volando sobre el hielo, lo imaginaban cubriéndose de aire gélido y sumergiéndose en el mar, y volando hacia el cielo, saludando a todos los fantasmas y ángeles que lo habitaban, observando desde allí la superficie de la tierra, mirando cada animal, cada insecto, cada persona, cada gota de agua que se estrellaba contra el suelo y alimentaba a la tierra, con tal de hacerla crecer.

Entonces, el profesor fue el que empezó la conversación:

—Ese cuerpo, aunque haya recuperado el color... parece que no va a moverse. Aunque es algo raro. ¿Qué le habrá pasado? ¿Por qué ha estado congelada? Algo me dice que le pasó algo. Habrá una historia detrás de ella.

—Aina dijo algo de una historia de ella. Pero no nos la contó. ¿Cuál sería?

—Yo no sé ustedes, pero si queremos saberla deberíamos despertarla.— dijo el piloto, haciendo gestos con las manos como si fuera un actor.

—No, no debemos despertarla. Ya nos la dirá más tarde. Pero...—empezó Diego.—algo debió sucederle para que se congelara. Y si... ¿se cayó a un río y éste se congeló más tarde?

—No sé. En esta época del año los ríos son escasos en Groenlandia. ¿Viviría aquí, la niña?

—Por lo que yo sé—argumentó el piloto.—esas ropas debían de ser antiguas. Ahora son escasas, lo más parecido que se puede encontrar son camiones del siglo XX. Pero éstos son más modernos y ése no. Debe de

haber una explicación detrás de todo esto. Bien, como hemos dicho, si nos la encontramos congelada, se congeló por que...

—Alguien debió de congelarla a la fuerza. Mirad las manchas de sangre de su camisón. ¿Y si la enterraron en el hielo como tumba? Entonces, debía vivir aquí.—dedujo Carlos.

Diego se acarició la barbilla, pensando, miró el fuego chasqueante y observó el cuerpo.

—Sólo hay una manera de descubrir algo sobre todo este tema. Profesor Gómez, ¿se acuerda del cuaderno que trajo mi mujer? En nuestra casa, la he oído hablar sobre respuestas que oculta ese libro. Voy a mi habitación y lo cogeré. Veamos cuál es la verdad.

Los dos hombres sentados asintieron silenciosamente. El esposo de Aina se levantó y fue hacia la puerta de su habitación. Cogió el pomo con fuerza. No quería despertar a su mujer con lo que podía costarle dormirse. Miró de reojo a los dos hombres. Éstos, habían vuelto a poner la mirada sobre el cadáver. Diego, sin dudarlo más, abrió la puerta y entró en la habitación a oscuras. La escudriñó, a pesar de la oscuridad que la invadía. Palpando la pared y el suelo, se acercó a la cama. Consiguió tocar un brazo de su mujer y lo acarició. Se arrodilló al lado de la cama y empezó a susurrar el nombre de su esposa:

—Ainaaaa... Ainaaaa... Ainaaaa, escúchame.

Después de unos intentos, Aina giró la cabeza, y aún dormida, habló en sueños:

—¿Eres tú, Leira?

Diego arqueó una ceja y, para averiguar algo, siguió con el juego, poniendo voz aguda, lo máximo que pudo:

—Ehem... sííí, soy Leira. Dime, ¿qué me pasó?

—Si me lo contaste tú.

—Eeee... es para saber si me habías escuchado. ¿Qué pasó?

—Que te congelaste, ¿no? Con... tu padre que te... mató.

Diego se quedó sin palabras.

—¿Congelar? ¿M-matar?

En ese momento, se dio cuenta que ya no hablaba con la voz fingida y Aina abrió los ojos y dibujó una radiante sonrisa, con los ojos entrecerrados.

—Leira necesitará un descanso. ¿Qué ocurre?

Diego besó tiernamente los labios de su mujer y le preguntó, acariciándole el brazo:

—Necesitamos respuestas, cielo. ¿Qué le pasó a Leira?

—Que se murió prematuramente.

—¿Y ese diario tuyo? ¿Qué dice?

—¡Ah, pues! Dice que...—cayó unos segundos y abrió mucho los ojos. Se enderezó y preguntó:—¿Cómo sabes que es un diario?

—Por que... pues... te oía de vez en cuando hablar de él.

Aina suspiró, levantó su almohada y cogió un cuaderno viejo.

—Hum, bonito lugar para guardar un libro. Para algo está un sitio de madera llamada estantería de libros.

Aina lo miró con desdén y abrió el cuaderno. Buscó entre las páginas y leyó en voz alta:

—*“Hace bastante tiempo que estoy por fuera tratando de buscar el dichoso collar. De entre el hielo, no encuentro más que frío, resfriados y estornudos. En cuanto me miro el reflejo, me repito que no soy un buen padre por no estar al lado de mis hijas, sobretudo, con mi pequeña Leira, que hace tiempo que me echa de menos...”*

A Aina le bastó esa información para ponerse pálida. Miró a su marido, cerrando el libro y dijo, extrañada:

—¡Se llama igual!

9. Cuando el corazón dice...

Donde se narra otra escalofriante historia que puede ser real y Aina debe aprender a escuchar a su corazón o...

Aina volvió a recostarse en la cama y su marido apagó la luz. Entonces, todas las luces se apagaron. Se oyeron unos ruidos huecos que caían al suelo. Ya no se oía ni veía nada. Aina se levantó, cogió su linterna de bolsillo del comodín y la encendió. Entonces, vio un rostro iluminado por las pocas pilas que le quedaban a la linterna. Su piel, blanca y llena de manchas, era como el cartón. Y el pelo oscuro y larguísimo, negro por la oscuridad, se le tiraba por la cara y sus ojos. Estaban horripilantemente salidos de las órbitas y miraban a Aina con el iris muy oscuro. Su boca, abierta, roja como la sangre, dejaba ver cómo un hilillo de sangre le caía por ésta y se deslizaba por la barbilla. La señora Morgan se quedó muda del miedo. Entonces, los ojos de la cosa se giraron asquerosamente y la cosa movió su boca y deslizó su larga lengua hasta chuparse la sangre restante de no se sabe qué. Entonces, dijo:

—Ainaaaa... Ainaaaa... Ven a disfrutar conmigo, cieloooo... Eres parte de mi familia y te respeto como no lo hago con nadieeee... Ainaaaa... Sácame de aquí y tú y yo viviremos bien para siempreeee... JUNTASSSS...

La mujer se quedó petrificada. Entonces reconoció la cosa. Era Leira. Había despertado y hacía cosas muy raras. Debía avisar a los demás en seguida. De pronto, Aina movió un poco la mano donde tenía sujeta la linterna. Se

escuchó el corazón. Éste palpitaba muy deprisa. Se notó la garganta. Se le había hecho un nudo en ella y le dolía. Entonces, el corazón le dijo:

—¡¡¡CORRE!!!

Aina no lo dudó. Levantó despacio la mano de la linterna para que no notara el monstruo y... ¡se la clavó en un ojo y éste volvió a adentrarse en la órbita. Después, Leira cayó al suelo dando gemidos débiles y apagados y cerró los ojos con facilidad. Aina se levantó de la cama, aún en pijama y observó que había caído unas gotas de sangre en él, de la barbilla de Leira. Aina encendió la luz, salió de la habitación con extrema rapidez y cerró la puerta con llave. Cuando se giró, se quedó de piedra. Y allí estaban.

Vio los cuerpos ensangrentados de su marido, del profesor y del piloto, tirados al suelo como sacos de patatas, con los ojos abiertos y de color verde oscuro.

Aina se tiró de rodillas al suelo y gateó hasta su marido, cogiéndole la cabeza y apartándole el pelo de la cara. Con sus ojos repletos de lágrimas no logró verle las facciones destrozadas. Las lágrimas le cayeron a la cara y le mojaron un poco la sangre que tenía por todo. El agua lagrimal se volvió roja y resbaló al suelo, creando una minúscula mancha roja de entre todas las que había. Aina se tiró al suelo, de dolor, y lloró con auténtica pena. Entonces, oyó unos pasos poco ruidosos que se acercaban a ella. Una mano de piel arrugada y azulada, claramente, se puso en el hombro de la mujer. Ésta no se sobresaltó ni hizo nada. Abrió los ojos y giró la cabeza. Allí, junto a ella, vio a la niña, con el pelo sobre la cara, se le veían un poco los ojos y la pena que llevaba dentro. Tenía el ceño un poco fruncido y miraba todo el rato a la mujer, sin tambalearse ni moverse. Aina abrió la boca y, después de probar con unos sonidos débiles por el trauma del asesinato de su marido y los demás, y dijo, sin alarmarse:

—De todas las cosas malas que pueden pasar aquí, has hecho la peor para mí, sobretodo.—dejó de hablar flojo y gritó cada vez más, llorando:— ¡Ahora todo será horrible! ¡Me has destrozado la vida!

Leira, sin alarmarse siquiera, acarició el pelo de Aina y lo peinó con sus rugosas manos.

—Ainaaaa... Ven conmigoooo... Yo también perdí a mi familia, te acostumbrásss...Tú y yo tenemos mucho en comúnnn... Ven conmigo y dejarás de sufrir para siempreeeeeee...

Entonces, sus ojos se tornaron rojos como la sangre y mordió el hombro derecho de la mujer. Aina gritó con toda su fuerza, cerrando los ojos. Sentía un dolor horrible.

*

Aina se enderezó. Se secó la frente sudada. Miró el reloj. Eran las dos de la madrugada. Había tenido una pesadilla terrible. Se levantó y se puso una chaqueta de lana. Salió y fue al comedor. Allí, junto al fuego apagado, estaba el cadáver. Reposaba igual que siempre. Su pelo negro estaba esparcido por el cojín en el cual descansaba la cabeza. Su camisón siempre estaría rojo escarlata desgastado por el tiempo. Su piel de un color mezclado entre azul muy claro y naranja claro y pálido, estaba ahora oscura por la oscuridad que invadía la casa. Se acercó lentamente al cuerpo de Leira tratando de hacer el menor ruido posible y le acarició el pelo dulcemente. Le puso una mecha al lado de los ojos cerrados y le dijo, susurrando al oído:

—Tú no serías capaz de amargarme la vida, ¿verdad, cielo? Descansa en paz. Mañana te enterraremos de nuevo.

Dicho esto, Aina dio media vuelta y se marchó de nuevo a su habitación, mientras los ojos se le cerraban de nuevo. Esperó no despertar a su marido, que dormía tranquilamente en su cama.

Pero Aina no se dio cuenta de una cosa. Cuando había entrado en la habitación y cerrado la puerta, uno de los dedos de Leira se había vuelto de color pálido... y se había movido... junto con dos dedos más.

10. Cuando la muerte viene

En este capítulo, siguen investigando más sobre Leira, pero no se dan cuenta que la oscuridad está sobre ellos... y tienen los días contados.

Aina, creyendo en que dormiría mejor junto a Diego, se acostó con su marido. Lo abrazó y notó sus cálidas manos sobre las suyas. Así durmió las horas que le faltaban.

Pronto amaneció. Aina abrió los ojos y se enderezó. Se vio en el suelo. Se tocó la nuca y sintió un horrible dolor en ella. Miró la cama. Diego ya no estaba. Se levantó y enseguida se vistió con ropa caliente. Fue al comedor y buscó a los tres hombres. No estaban. Ni vio a Leira encima de la mesa. Sintió un escalofrío. Se volvió y le pareció un cuerpo con camisón andando dificultosamente por el comedor. Aina sintió que se desmayaba. Se giró y vio el cuerpo muerto de Leira en la mesa. Aina se arrodilló y respiró con dificultad, mientras el corazón le palpitaba apresuradamente. De pronto, una mano se puso en el hombro de Aina. La mujer gritó y se volvió. Pudo averiguar que su “agresor” era Diego.

—¿Q-qué tal has d-dormid-d-do? P-por lo a-ag-agitada que t-te veo, no d-debes e-estar m-m-m-muy bien. ¿No?

Aina frunció el ceño y se levantó. Fue hasta su habitación y buscó el diario. ¡No estaba! Miró entre las sábanas, debajo el colchón, debajo de la cama, por si acaso, hasta en el comodín. Fue hasta la cama de Diego y buscó. Oyó unas pisadas detrás de ella y se giró, bruscamente:

—¿Tienes mi diario?

El piloto, pues era él, la miró, un poco confuso.

—¿Qué?

Aina sintió que los colores se le subían a la cara y se levantó.

—Nada. Una cosa. Creí que era mi marido, disculpa.

—No pasa nada, señora Morgan.

Aina salió de la habitación y fue hasta Leira. Le acarició el pelo y entonces... le pareció ver la parte de atrás de su diario debajo de la cabeza del cadáver, escondido entre la mata de pelo. Aina se puso roja de rabia y cogió el diario con egoísmo.

—¡A ver! ¡¿Quién ha sido el gracioso?!—anunció sin darse cuenta de que estaba gritando.

Diego entró corriendo a dentro y preguntó:

—¿Qué pasa?

Aina le frunció el ceño y le mostró el diario.

—Me he encontrado mi tesoro debajo del pelo de Leira. No habrás sido tú quien lo ha puesto, ¿no?

Diego se apartó de ella, pues estaba a la defensiva, y arqueó una ceja.

—¿Para qué querría yo tú diario, cielo?

—¡No me vengas con ésas! Tú eras el único que sabía su escondite. ¡Nadie más! Cariño, no me esperaba eso de ti.

—¡Yo no te haría eso!—le gritó.

Entonces, se tapó la boca. El profesor Gómez entró en casa y los vio, enfadados. Los miró, como asustado y preguntó:

—¿Os interrumpo?

El matrimonio se miró y negó con la cabeza. El profesor asintió y salió. Diego se sentó en el sofá y se tapó la cara con las manos. Aina se arrepintió de haberle hablado así y se sentó junto a él, y le abrazó muy fuerte.

—Lo siento, Diego. Yo-yo no quería hablarte así. Y menos decirte eso. Lo siento. Los nervios hablan por mí, ahora. No sabes cuánto lo siento. Tú significas mucho para mí y no puedo tratarte así. Perdóname.

Diego se apartó las manos de la cara y le dijo:

—También es culpa mía. No debí entrar a molestarte anoche. Pero yo no cogí tu diario ni los demás. Ya no hay nadie más en la casa aparte de...

Los dos giraron la mirada hacia el cuerpo de Leira. Aina negó con la cabeza, riéndose como si le hubieran contado un chiste.

—Habrán sido alucinaciones mías. Bueno, te quiero.—le besó amistosamente y luego preguntó:—¿Habéis encontrado algo?

Diego negó con la cabeza. Aina miró al suelo.

—Bueno, será mejor que vaya yo a hacer deporte por fuera y buscar algo, si es que lo encuentro.

Aina salió, no sin su cinturón con el material. Se llevó su diario y se vistió con ropa de abrigo. Se bebió algo caliente y se preparó.

Por fuera hacía mucho frío, se estaba preparando una tormenta de nieve absolutamente terrible y el hielo chasqueaba de vez en cuando, en cuanto Aina daba un paso tan fuerte que se oía la pisada. Estuvo caminando varias horas, no supo decir cuántas, concretamente. Cada vez que veía un resplandor bajo sus pies cogía el martillo y cavaba, esperando encontrar algo interesante. Ella, en realidad, había salido a buscar el rubí, el colgante del padre de Leira.

—Y no pararé hasta encontrarlo, porque para eso he venido aquí.

Entonces, oyó unos gritos masculinos en la lejanía. Distinguió la figura de su marido, corriendo entre la espesa niebla de la futura tormenta. La llamó.

—¡Aina! Tienes que venir, habrá una tormenta y puedes morir.

La mujer se giró y siguió caminando. Diego la cogió del brazo y la arrastró en contra de su voluntad, mientras ella pataleaba, hacia la casa.

—Sé que el día de nuestra boda te dije que te dejaría hacer lo que quisieras y no te lo impediría, pero ahora tengo que hacerlo... porque te quiero y no deseo que corras el mismo riesgo de acabar congelada como el esqueleto que tenemos en casa ahora. Vámonos.

Aina no se resistió y se dejó arrastrar hasta la casa, asumiendo que no encontraría el tesoro.

Cuando llegaron a casa sintió una voz en su mente que le decía:

—Te estaba esperandoooo...

11. Trauma infantil

Donde se cuenta la historia de Aina y un recuerdo espeluznante que creía haber olvidado por completo para siempre.

Arroparon a Aina y le dieron un somnífero. Diego estuvo a su lado hasta que se durmió profundamente. El profesor dijo, a su marido:

—Algo está afectando a Aina (que anhela encontrar). ¿Sabe usted algo? Eso podría calificarse como una enfermedad traumática.

El señor García calló y miró al suelo. Se acordaba de lo sucedido tiempo atrás.

*

En la habitación de Aina reinaba un profundo silencio. Ésta, moviéndose entre las sábanas, con los ojos bien cerrados, trataba de dormirse. Pero a causa del somnífero, la droga que le hicieron tragar, encontró el sueño en pocos minutos y luego...

En su mente apareció la imagen de una gran mansión. Era de colores vivos, con fachadas amarillentas de distintos tonos. Los ventanales eran tan grandes que se podrían llamar puertas de cristal. Entonces, vio como uno de ellos se abrió y el rostro de una mujer joven salió a la luz. Era muy bonita; tenía los cabellos ondulados que le caían sobre los hombros. Sus ojos azules eran tan claros que parecía que los tuviera tremendamente abiertos. Sus labios rojos parecían recién pintados con maquillaje o sangre. Su piel era blanca como la nieve, pero se puso unos polvos y se

tornó más tenue. La mujer se apoyó en la pared y se tocó el vientre. Éste comenzaba a ser un poco ovalado.

—Mi querido hijo, pronto vendrás al mundo y lo verás tan precioso y colorido como yo.

Pasó el tiempo y nació una niña de cabellos castaños y ojos azules claros como su madre. La llamaron Aina. Ésta y sus padres siempre jugaban juntos, pero llegó un día que la madre y el padre ya no se hablaban mucho. Aina aún no lo comprendía, pero llegó el día en que su padre dejó la casa. Desde aquel acontecimiento, la madre se mostró muy decepcionada y siempre que veía el retrato de su esposo mostraba una mueca de dolor y sufrimiento en el rostro. A la hora del té siempre hablaba sola y cuando venían sus amigas, siempre se desahogaba con todo. A Aina le decían que su padre se había ido a trabajar. Y así fue, se marchó a Groenlandia a buscar un tesoro, como muchos de sus antepasados, desde el siglo XIV, pues la noticia del tesoro había pasado de generación en generación. Pero la madre de Aina se había olvidado de un detalle: su esposo se había ido a Groenlandia a por un tesoro, sí... ¡pero con otra mujer! Nunca se lo contaron a Aina, pero ella se enteró por sí misma.

Fue una noche, la noche en la que quedó traumatizada de por vida.

Por el día, vino un hombre de negro, con un sombrero de color oscuro. No dejaba que viesen su rostro ni en un día caluroso, estaba tan tapado con ropas oscuras, que no se le veía. Éste hombre se portaba muy bien con la madre de Aina y, a ésta, le daba caramelos y jugaba con ella.

Por la noche, pues se quedó con la madre de Aina para consolarla, ésta le contó lo sucedido y lo mal que lo estaba pasando. En un momento, soltó:

—Ay, cariño mío, si supieras el dolor que siento por tu culpa... Si no me hubieras hecho eso, si no me hubieras dejado por otra... Estoy tan mal que desearía morir. Pero dejar a Aina...

La niña, que había estado detrás de la puerta para escuchar lo que decían, se llevó una mano a la boca. Ya sabía lo que había pasado. Se levantó y, silenciosamente, regresó a su cama.

Fue en uno de esos momentos donde Aina se traumatizó. Aquella noche, escuchó un grito femenino aterrador, proveniente de la habitación de su madre. Aina, se asustó tanto, que se levantó y se fue a la habitación de su

madre para que ésta la consolara. Pero cuando abrió la puerta, sintió que el corazón se le paraba. Vio a su madre, sin cabeza, sobre su cama, ensangrentada. Y la cabeza estaba encima del comodín y, en letras de sangre, en la pared, ponía: “Siempre quise morir.”

Al lado de la cama vio al hombre de negro, con un cuchillo de cortar el pescado en las manos. Se quitó el sombrero y Aina pudo distinguir, en la poca luz que había en la habitación, el rostro familiar de su padre. Tenía los labios amoratados, como si hubiera pasado mucho tiempo a la interperie, de mucho frío. Sus ojos ya no tenían el color marrón de siempre. Ahora eran de un lila medio oscuro. Y su sonrisa había desaparecido. Mostraba una mueca seria. El hombre se acercó a Aina, mostrándole el cuchillo ensangrentado.

—Me he deshecho de tu madre. Ahora... te toca a ti. Mi señor no debe saber que alguien sabe su secreto.

Entonces, Aina gritó tan fuerte como sus pulmones le permitieron. El grito fue tan agudo, que despertó a los vecinos y éstos salieron a las terrazas a ver qué pasaba. El hombre miró a un lado y a otro y se marchó corriendo, por un ventanal, pero eligió la ventana equivocada, porque cayó al vacío y se quedó aplastado sobre la acera. Una pequeña mancha que cada vez crecía quedó en la calle. Muchas personas bajaron a ver lo sucedido. Vieron a Aina que se asomaba a la ventana y miraba al vacío y se preguntaron si ella lo había tirado.

Hasta la policía entró en la casa. Cuando interrogaron a la niña, ésta se echó a llorar y contó lo sucedido.

—Mi madre está muerta por él y cuando he gritado ha querido escapar pero se ha caído. ¡Mi mamá ya no estáááá!

Los policías llevaron a Aina a un hospicio, ayudada por unos psicólogos, que debían distraumatizarla y calmarla. Pero la niña llevaba un dolor tremendo en el corazón y de poco le sirvió ir a un psicólogo y a un psiquiatra. Unos psicólogos llevaron a un niño de la edad de Aina que se había quedado huérfano y los dos se hicieron amigos. Los médicos los veían disfrutar y le pidieron al niño, Diego, que tratara de hacer que Aina olvidase lo ocurrido.

Cuando se hicieron mayores, se casaron y vivieron felices y comieron... Bah, nos saltamos el rollo de siempre.

Aina se despertó, sobresaltada, por tercera vez. Se tocó la frente. No estaba sudando. Miró el reloj. Ya eran las dos del mediodía. Se enderezó y se apartó el pelo de la cara. Había recordado un hecho de su vida pasada que creía haber olvidado para siempre. De pronto, sus ojos se inundaron de lágrimas. El miedo que había sufrido en ver a su madre asesinada y a su padre como el verdugo. Y su padre muerto en la acera. Los médicos la habían ayudado a olvidarlo todo lo que le molestaba. Se secó las lágrimas y se levantó. De pronto, no sintió frío ni calor.

12. Respuestas ocultas

Donde se cuentan hechos y se investiga más sobre Leira, pero olvidan el detalle maestro.

Diego volvió a sentarse junto a su esposa, en el sofá.
—¿Y dices que has recordado eso?
Aina asintió con la cabeza. Cerró los ojos. Aún estaba nerviosa y tenía miedo. Cogió su vaso de agua y se lo tomó. Se le inundaron de nuevo los ojos y comentó:

—Las imágenes eran muy nítidas, y he recordado exactamente lo que ha pasado.—se secó los ojos con la manga de la chaqueta que llevaba y continuó:—Desde que llegamos tengo todo tipo de visiones sobre pasados o cosas terribles y no es muy normal en mí.

El profesor Gómez suspiró y miró al suelo. Cogió tan dulce y cariñosamente la mano de Aina que, por un momento, Diego cogió celos.

—Dígame, señora Morgan, ¿qué vio? Resúmalo lo mejor que pueda.

Aina respiró hondo y miró el techo. Tragó saliva y cerró los ojos. En su mente aparecieron todo tipo de imágenes de sus sueños. Eran imágenes nítidas en las que recordó lo soñado y experimentó de nuevo el miedo que tuvo de pequeña, la historia de Leira y el susto que se dio en la cabaña. Trató que, en ninguna de las historias, dijera detalles sobre Leira o datos que la avergonzarían.

Con el corazón que le palpitaba con fuerza y miedo, empezó a contar los sueños:

—He tenido tres sueños: uno es un recuerdo que creía haber olvidado por completo, otro es la historia de la niña y el tercero es una hipótesis horrible.

Después de advertir qué era cada sueño, Aina relató sueño por sueño sin olvidarse ni un detalle. A veces hacía gestos con las manos para simbolizar un hecho y a veces hacía voces raras como si quisiera imitar a la gente. Mientras relataba los sueños, notaba unos ligeros golpes en su espalda, pero los ignoró. Sintió una voz en su cabeza, una voz de ultratumba que declaró:

—Lo que te conté eran historias para ti y para mí, no para los demás también.

Vio las caras pálidas de los hombres. Notó el temblor del cobarde y miedoso profesor Gómez, la mirada fulminante y atenta del piloto, Carlos, y la tranquilidad y la atención de su robusto y maravilloso marido. Cuando terminó el relato, los tres hombres guardaron silencio. Aina respiró hondo y agregó, al final:

—Todos mis sueños tienen algo que ver con Leira.

Los tres se miraron sin mostrar sonrisa alguna. Diego cogió fuertemente la mano de su esposa y la besó:

—Tranquila, arreglaremos todo este asunto. No debes preocuparte.

El profesor concluyó:

—Según la experiencia que tengo como médico, he visto muchas veces muertos y creo que nuestra pequeña Leira no es del todo una muerta. En su piel hay algo que lo demuestra.

Aina lo miró fijamente y se extrañó:

—¿Qué?

—Esa cosa tiene un camisón manchado que parece ser de hace más de doscientos años, pero si el cadáver fuera igual de viejo, ya estaría en descomposición y no tan conservado. Esto es extraño. Por tanto, debemos asumir que esta niña no es del siglo XVIII. Debe de ser más joven.—declaró el piloto, participando en la reunión.

Diego miró el cadáver y, seriamente, confesó:

—Sé que entre Aina y esa cosa muerta debe haber una conexión. Mi mujer trajo un cuaderno escrito por su padre en el que contaba sus expediciones en Groenlandia. Decía que buscaba algo en especial. Aina

descansará y ustedes lo buscarán y si de verdad hay una conexión entre mi mujer y la cadáver, Aina dirá...

13. Ojos en blanco

Donde se cuenta la expedición que hicieron el piloto y el profesor, mientras que Aina y su marido se quedan en casa y ocurre algo inesperado.

Los tres hombres pactaron el recorrido. Diego entró en la habitación de su mujer y él y cogió el diario. Se sentó en el sillón y empezó a leer las partes que le llamaron la atención y luego le entregó el cuaderno al profesor y al piloto, para que buscaran ellos lo que decía el diario. El profesor y el piloto se prepararon, se vistieron con ropa de abrigo muy cálida y cada uno se ató a la cintura un cinturón de herramientas. Salieron de la casa y empezaron a caminar. Ya notaban el frío en sus nuca al descubierto. Carlos abrió el diario, pues lo tenía él y empezó a leer cosas que Diego había rodeado con lápiz, las cosas que podrían ser útiles. Siguieron una dirección que decía el cuaderno. Caminando llegaron a una especie de valle. Desde allí vieron que, a lo lejos, había un poblado que parecía antiguo. De las casas salía humo, por tanto poblado estaba habitado. Miraron el diario. Hojearon el cuaderno mirando si ponía algo de ese poblado.

—No pone nada de esa aldea.—comentó Carlos.—Volvamos a la casa y se lo diremos a Diego, a ver si los de allí saben algo del cadáver.

Diego hizo rápidamente una taza de chocolate caliente y la ponía en el microondas. Sentó a su mujer en un sillón y le besó la mano.

—Tranquilízate. Trata de olvidarlo todo y tranquilizarte. Duerme un poco, si quieres. Ya es de noche.

Aina asintió y cerró los ojos. Diego sonrió y oyó el pitido del microondas, que había acabado. Se levantó y fue hasta la cocina. Tocó la taza. Estaba ardiendo. Esperaría un minuto a cogerla. Entornó los ojos mientras pensaba en cómo les iría a Gómez y a Carlos. ¿Habrían encontrado algo? ¿Qué era lo que Aina había estado buscando? ¿Por qué había tenido esas pesadillas? ¿Quién era esa niña sepultada en el hielo? ¿Por qué debería tener conexiones con Aina? ¿Por qué no estaba en descomposición? No supo responderse a ninguna de sus preguntas. Entonces, oyó un gemido de su mujer. Miró la taza y la tocó. Ya no quemaba como antes. La cogió y se dirigió al salón. Vio a su mujer sentada en el sillón, con la cabeza mirando a la chimenea. Diego sopló el chocolate, pues salía humo.

—Ainaaaa.—susurró.

Su mujer no dijo nada ni se movió.

—Ainaaaa.—repitió un poco más fuerte.

La mujer no se movía ni decía nada. Diego se acercó lentamente. Fue acercándose hacia donde miraba y le miró la cara. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. ¡Su mujer tenía los ojos en blanco! Sin embargo, ella parecía sumida en un profundo sueño. De pronto, sonó una voz de ultratumba:

—Mis secretoooooos... Mis historiaaaaas... Han estado reveladas a un trío de pardillos que sólo se preocupan por la foca de Ainaaa... Pronto vendré y os mataré a todooooos...

Diego vio que su mujer articulaba su boca y esas palabras salían de ella. El hombre movió con fuerza la mano de su esposa. De pronto, su mujer cerró los ojos y la boca. Cuando los abrió y sus ojos eran del mismo color de siempre y ya no estaban en blanco.

—¿Qué ocurre?—preguntó entre bostezos.

Hablaba como si no se diera cuenta de lo ocurrido antes. Diego se agachó y, aún con el miedo dentro, acarició la mano y el brazo derecho de su mujer, nervioso. En ese momento llegaron el profesor y el piloto respirando con agitación. Diego se levantó y fue hasta ellos. Los dos hombres se quitaron los abrigos, las botas y los cinturones y entregaron el diario a Diego. Carlos se sentó en el sofá y empezó:

—Estábamos caminando cuando nos encontramos en un valle y desde allí distinguimos un poblado que parecía habitado. Se notaba por el humo que salía de las chimeneas.

—Íbamos a venir a decírselo, señor García, cuando casi nos pilla una tormenta de nieve. Hemos tenido que correr para alcanzar la casa y evitar congelarnos a la intempérie.—terminó el profesor.

Diego asintió con la cabeza mientras hojeaba el diario buscando señales de algún poblado.

—Aquí no dice nada de ningún pueblo.

—Eso queríamos decirte también.—cortó Carlos.

Diego miró a su esposa con preocupación. Ya dormía profundamente.

—Diego, ¿estás bien?—preguntó Carlos.

El hombre se volvió y asintió con una sonrisa forzada. Aún estaba nervioso por lo ocurrido. Carlos y Gómez se miraron. Sabían que había algo en Diego que le preocupaba. Y lo descubrirían.

14. Secretos en casa

Donde se narra la excursión que hacen los tres hombres, dejando dormida a Aina en el salón, el error que cometen y una sorpresa que se llevan.

Diego miró el diario fijamente.
—Carlos, ¿crees que en esa aldea sabrán algo de esa niña?
—¿Dónde la encontramos?
—Cerca del valle, antes de la colina helada.

—Entonces pueden saber algo.—murmuró Diego.—¿Vamos allí? Respiraré aire fresco y de paso conoceré más el paisaje que nos rodea.

Se levantó y se fue a su cuarto a buscar su abrigo. Dejó el diario bajo la almohada de su cama para que su mujer no lo cogiera. Sabía que eso podría dolerle, pero debía descubrir más cosas sobre el ataque de ansiedad de lo que decía el diario.

Los tres hombres salieron de la casa, abrigados con ropa cálida y bufandas hasta la nariz. Entraron en un jeep y lo pusieron en marcha. Estuvieron recorriendo todo el territorio plano que pudieron hasta que alcanzaron el valle. Salieron del jeep y, desde allí, no muy lejos avistaron el poblado bajo el manto oscuro repleto de estrellas llamado cielo.

—Es ése.

—Pues vamos.

El profesor y el piloto cruzaron una mirada.

—Es de noche y...

—...¿y no queréis continuar? Os entiendo. Pero yo deseo ir allí y averiguar lo que le ocurre a mi esposa. Por qué se comporta de este modo tan raro. Por qué tiene estas pesadillas que la atormentan.

—Te entiendo, Diego. Sé lo que sientes y lo que quieres. Yo también tengo una esposa en mi casa y daría lo que fuera por ella si estuviese en el mismo estado que Aina. Pero para dar lo que sea hay que reposar y descansar, de modo que debemos regresar y esperar a la mañana. Será lo mejor que podemos hacer.

Diego miró a Carlos. Éste mostraba una gran y agradable sonrisa.

—Está bien. Mañana a las 8:30 estaremos aquí, si os parece bien. No quiero retrasarme más ni tardar tanto. Hay algo en Aina que empieza a preocuparme de verdad.

Entraron de nuevo en el coche y se marcharon. Durante el trayecto para volver a casa, Diego derramó una lágrima de preocupación, aunque parecía que los demás no se enteraban.

Aparcaron el jeep junto al otro y al helicóptero con hielo en los cristales por las constantes tormentas que lo helaban todo. Entraron en la casa saludando alegremente. Aina no estaba en el sillón. Empezaron a llamarla. Ni siquiera respondía. De pronto oyeron un ruido como si algo de porcelana se hubiera caído al suelo. Fueron hasta donde se había estrellado el objeto. Abrieron la puerta de la habitación del profesor y el piloto y vieron a Aina rebuscando por los estantes como loca. Se le cayeron otras cosas.

—Aina, ¿qué haces?

La mujer no respondió. Seguía rebuscando y tirando cosas sin molestarse siquiera en recogerlas. De pronto, se volvió y fue a buscar por otro sitio. Los tres hombres se horrorizaron al ver su cara. Ésta estaba pálida y los ojos estaban en blanco. Como si no notara la presencia de los hombres, Aina seguía buscando por los estantes. Diego notó cómo se le subía la ira a la cabeza. Estaba cansado de tantos problemas. Él, su mujer y el profesor habían venido a Groenlandia para hacer pruebas con el hielo y evitar desastres con icebergs, aprender a fundir el hielo en menos de diez segundos y aprender un poco sobre las zona en la que se encontraban. Diego no aguantaba más. Desde que su mujer empezó a hablarse con una muerta, los problemas no escaseaban. El hombre tuvo que parpadear para contener las lágrimas. Quería con todo su corazón a Aina y si le ocurría algo malo, extraño, como lo que le estaba sucediendo, no se lo perdonaría jamás, por no cuidar de ella todo lo que le correspondía. El hombre

respiró hondo y cogió con fuerza una mano de su mujer. Una lágrima cayó del ojo de Diego y, resbalando por la mejilla, terminó hundiéndose en la fría piel de la mano de Aina cogida por su esposo. La mujer cerró los ojos y cuando los abrió tenía los ojos de siempre. Levantó una ceja y vio dónde se encontraba. Notó la calidez de la piel de su esposo rozando la suya y, sonriendo, se giró a él y le preguntó:

—¿Qué hago aquí?—se extrañó al ver al piloto y al profesor temblando de miedo.—¿Qué os pasa?—ahogó un grito al darse cuenta de que ya no los trataba de usted.

Miró la cara de Diego. Tenía una mirada severa y que podría asustar a cualquier chiquillo alegre. Aina le acarició la mejilla y, para su sorpresa, su esposo se echó a llorar en su hombro, abrazándola con fuerza y calidez. La mujer acariciaba el pelo de la nuca de Diego como si fuera un niño pequeño. El hombre, sorprendiendo a todos, declaró:

—No quiero que te vayas, Aina. No me dejes, por favor. No te conviertas como esa piel pálida que tenemos en el salón. Te quiero demasiado.


Los dos hombres, juntos, temblaban como hojas pero, al mismo tiempo, notaron la tristeza de su compañero y no pudieron evitar derramar alguna lágrima.

En el salón, en la mesa junto al fuego, reposaba Leira, calentando cada vez más su cuerpo. En su camión se distinguían manchas de sangre por el dobladillo que una vez pertenecieron a la sangre de las hermanas de la niña. Junto a la herida que tenía en el pecho, junto al corazón, aún tenía una terrible tristeza y muchas ganas de vengarse por lo ocurrido. Creía que todo eso no podía terminar así. De pronto, como impulsado por sus sentimientos, el corazón de la niña empezó a later cada vez con más fuerza. El vientre subía y bajaba, respirando. Movi6 unos cuantos dedos de las manos y, tras asegurarse de que todo funcionaba, Leira abrió los ojos y masculló:

—Voy a vengarme.

15. Ida a Hayndú

Donde se desarrolla una la bajada de una pendiente hacia un pueblo cuya información puede salvar vidas.

 El sol salió de detrás de las montañas y empezó a derretir algunos icebergs que se deslizaban por el mar siendo un peligro para muchos barcos.

Aina se despertó por segunda vez, sin haber tenido sueños extraños que le hubieran drogado la mente. Bostezó y una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Miró su habitación. Todo estaba bien. Por una vez sintió muchas ganas de pasear por fuera o descansar sin tener que pensar en el diario y el colgante perdido en Groenlandia. Cogió un vestido de lana y unos pantalones calientes para no pasar frío y empezó a ponérselos. “No me ha pasado nada raro esta noche”, pensó mientras se detallaba el escote del vestido. “Es la primera noche que no sucede nada.”

Terminó de ponerse la ropa y fue al salón. De repente, le pareció oír la voz de Leira en su cabeza. Pero esta vez no era una voz dulce, sino que sonaba más bien vengativa. Como si estuviese enfadada por algo. Miró la mesa. El cuerpo descansaba allí, como siempre. Pero su piel estaba más colorada. Ya no estaba tan pálida como siempre. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Aina. Se volvió, notando un leve suspiro detrás de ella. Notó como si algo se moviera firme y lentamente y se volvió. Vio el cadáver de Leira junto al fuego, del que no se debería haber movido. Entonces, vio cómo movía las manos y los dedos. Vio cómo se enderezaba y se sentaba en la mesa, creando una maliciosa sonrisa en sus labios, dejando al descubierto sus amarillentos pero puntiagudos dientes. Notó cómo le murmuraba en la mente:

—Iré a por tiiii... Y no tendré piedad.

Cerró los ojos tratando de concentrarse, y cuando los abrió se sorprendió al ver de nuevo a Leira tumbada en la mesa enmantelada sin moverse absolutamente ni respirar. Notó cómo alguien le cogía los hombros suavemente y Aina se sobresaltó. Se giró y vio a Diego.

—Iremos a un pueblo para que nos ayuden. ¿Quieres venir, amor?

Aina sonrió deliciosa y calurosamente.

—A cualquier lugar que tú vayas yo te seguiré.

Le rodeó el cuello con los brazos y se besaron apasionadamente durante unos segundos que se hicieron eternos. Entonces, cogieron una mochila con provisiones dentro y algunas herramientas y armas improvisadas por si el pueblo resultaba desagradable. Salieron de la casa y no les resultó extraño ver que los dos hombres ya estaban en uno de los dos jeeps que quedaban, ansiosos por ir de excursión. Subieron al coche y empezaron la marcha, orgullosos de poder saber por fin a qué peligro o monstruosidad se enfrentarían. El paisaje estaba helado pero, si miraban atentamente, parecía que se fundía bajo los rayos de sol que escasas veces eran lo suficientemente fuertes como para fundir una gran masa de hielo. Mientras recorrían a gran velocidad el hielo, se oían crujidos, pero con lo acostumbrados que estaban a oírlos, sin que se rompiera y cayesen quién sabe dónde, los ignoraban por completo. Aina sacó la cabeza por la ventana y dejó que el aire le peinara naturalmente sus castaños cabellos. Miró al cielo y distinguió el sol, que se alzaba majestuosamente saludando a todo ser vivo o no, dándole el calor necesario para vivir. Recorrían gran parte de superficie helada y se dieron cuenta de que la colina en la que habían tenido un gran susto, ya no estaba. Lo ignoraron. Siguieron hasta que vieron que un gran valle helado se extendía bajo ellos. Pararon el jeep y salieron, anhelando encontrar el pueblo en su sitio, como no lo habían hecho con la colina helada. Por suerte suya, avistaron el pueblo a varios metros bajo ellos, pues parecía que el valle también era un precipicio y, para bajar hasta la planada donde se extendía el poblado habitado, que parecía indígena, había que escalar como un reptil. Los cuatro pusieron una mueca de susto al ver la distancia que había de donde estaban ellos hasta la planada y, si caían...

Aina sonrió fingiendo y sacó de su mochila una cuerda bastante larga, de tejido grueso, que aguantaría mucho peso.

—He traído esto, veamos si nos funciona.

Se la ató a la cintura, sacó un martillo y, golpeado el hielo con fuerza con tal de tener soporte mientras bajaba, empezó a descender con el corazón en un puño, deseando tener suerte y no resbalar. El proyecto funcionaba a la perfección: cada dos o tres metros, se ataba un hombre la cuerda a la cintura y descendía a continuación del otro, todos equipados con martillos para escalar y no caer.

Aina respiraba agitadamente, sabía que, sin haber tenido prevista la escalada, no habían traído equipaje perfecto para eso y estaba pasando el momento más agitado de toda su vida. Entonces, pensando en lo que le había dicho Leira esa vez, su pie rebaló y toda ella caería, si no hubiera sido por el soporte del martillo clavado en el hielo, del que se sujetaba colgando con toda su fuerza. Diego miró abajo y vio a su mujer colgando, aún cuando había unos diez metros para llegar al suelo. Gritó atemorizadamente y bajó a toda prisa. Cuando estuvo a su altura, le cogió con fuerza la mano en la que no cogía el martillo y la empujó, con tal de no hacerla caer del todo.

Con esa ayuda, a Aina le fue fácil bajar, y esperó a los demás y cuando Diego descendió y posó los pies en la superficie, Aina lo abrazó con toda su fuerza, agradeciéndole su hazaña.

Los cuatro siguieron andando hasta que se toparon con la entrada del pueblo, en el que había una puerta de madera, muy fuerte, con dos soldados vigilando en la puerta, asegurándose de que ningún intruso se colara. En cuanto vieron a los cuatro forasteros, se abalanzaron sobre ellos y jurarían que no serían bienvenidos allí.

16. Memorias de Hayndú

Cuando se cuenta la no-bienvenida que les hacen a los forasteros y lo acomodados que los ponen.

El jefe del poblado salió a recibir a los intrusos, acompañados de una serie de insultos y gritos de desesperación en el idioma indígena. El hombre llevaba una falda hecha de hojas grandes que le tapaban gran parte de la cadera y le pasaban poco más que las rodillas. Llevaba una camisa hecha de pieles con símbolos ininteligibles pintados de colores vivos en ella. En su cabeza se posaba una improvisada corona hecha de palos con hojas que colgaban y se mantenían firmes, como soldados. Había algunas frutas que adornaban aquella cabeza en la cual habitarían algunos insectos o piojos. Iba acompañado de su hija, una jovencita de unos quince años que llevaba puesto un vestido de telas arrugadas y un cinturón de cuero que mostraba su hermosa cadera, que habría sacado de algún pueblo vecino o forastero. Sus hermosos cabellos morenos, desgreñados, caían sobre la bonita y juvenil cara de la joven, la cual debía apartárselos de vez en cuando. En sus ojos marrones destellaba una profunda tranquilidad y paz que eran capaces de tranquilizar a cualquiera.

El jefe dio unos pasos observando a su pueblo, una gran cantidad de gente vestida indígenamente, y se situó en el centro. Se alzó majestuosamente y, en un idioma extraño, dictó lo siguiente. La hija del monarca se acercó a los forasteros y, en un español difícil de entender, tradujo:

—Me papre kierre macharros chin vueschra desización. Dedéis hacherlle frenche o, de llo concharrio, os macharrá.

Aina la miró un segundo. Aunque su español fuera muy complicado de entender, se notaba que la joven había hecho un gran esfuerzo por que los forasteros entendieran alguna palabra. Les sonrió graciosamente y señaló a su padre, el cual no se había enterado de lo que su hija decía.

—Disculpe, señor... Señor. Hemos venido buscando respuestas, no queremos su pueblo para nada, ya tenemos una casa muy bonita y cómoda. Sólo queríamos preguntarle algo que a nosotros nos altera y, si nos permitiese, mantuviésemos una charla con usted.

Para su sorpresa, el jefe les respondió, con mueca de repugnancia hacia los nuevos, en un español que se entendía claramente lo que decía, pero en un tono severo en el cual destacaba el asco que sentía el hombre hacia los forasteros:

—Vozotros habéis venido a invadir mi pueblo, mientras que él ha tratado de vivir siglos en paz, aunque la naturaleza no nos lo permitió y, zi ahora queréis charlar conmigo, zoiz invitadoz, pero que zepáiz que no ze oz quitará un ojo se encima.

Aina sonrió calurosamente y se lo agradeció. Tan amable fue su gesto que, por unos segundos, el jefe le devolvió la sonrisa. Al darse cuenta de que se comportaba como un blando y su pueblo lo miraba extrañado, deshizo la sonrisa y la transformó en una mueca de amargura y asco. Hizo un gesto con las manos a unos guardias y, éstos, cogieron cada uno a un forastero y los llevó a una cabaña que debía de ser la del jefe. Por dentro estaba todo desordenado; hojas caídas y esparcidas por el suelo, restos de madera rotos, platos rotos...

—¿Qué ha pasado aquí?—Diego iba a llevarse las manos a la cabeza pero un guardia bastante grande le oprimía el pecho y no le dejaba mover los brazos.

—Nueztra zala de experrimenttoz.—informó el jefe, sin girarse para cruzar miradas con los hombres.

Aina, caminando agarrada con dureza de la mano de un guardia que no le sacaba el ojo de encima, vio que la hija del jefe los seguía, frunciendo el ceño. Miró a Diego y reprimió una carcajada, un guardia lo cogía y no le permitía poner los pies en el suelo, mientras que ella sí. Llegaron a un estrecho pasadizo oscuro, el cual pasaron sin ninguna dificultad y se encontraron en una sala no muy ancha, con una pequeña hoguera en el

centro que desprendía un hilo de humo. El jefe se sentó de piernas cruzadas en un lugar cerca de la hoguera y su hija se sentó a su lado. Hizo un gesto a los guardias y se sentaron todos en torno la hoguera, junto a los forasteros. Los indígenas cerraron los ojos y murmuraron una cantinela en su idioma, mientras los tres hombres y Aina se miraban extrañados.

—Sttán comunicándse con nostrros diosses parra pederrles kunsejjo. Us scucharrán dspós.

Los tres hombres pusieron cara de no entender, pero Aina lo había oído y entendido todo.

—Dice que se están comunicando con sus dioses para pedirles consejo y que nos escucharán después.—repitió.—Espero que no dure mucho esa conexión.

El jefe abrió los ojos y observó a los que le rodeaban.

—Ahora toca vueztra hiztoria. Oz ezcusho.

Diego tosió, preparándose para hablar pero Aina se le adelantó con una sonrisa.

—Hace unos días que encontramos una niña sepultada en el hielo y nos la llevamos pensando que descubriríamos algo sobre su muerte, pero, desde que ella llegó, nos han rodeado muchos problemas. Cuando duermo, oigo como si esa niña se comunicara conmigo y me contara cosas de su vida, una tragedia. Hace algunos años que mi padre viajó aquí...—no pudo evitar soltar una lágrima al mencionar al difunto de su padre.—...y pensábamos que ustedes podrían ayudarnos a saber algo más.

El jefe asintió. Miró a los guardias, no habían entendido nada.

—Entiendo. Sí, nosotros sabemos cosas acerca de una niña y cosas que parecen imposibles, pero para eso debemos contaros la historia. Bien, éstas son nuestras memorias.

17. El collar misterioso

Cuando se cuenta una larga historia sobre el pueblo y un secreto que esconde la niña de pelo oscuro, al igual que el collar...

Aina le extrañó el cambio tan rápido de acento del jefe. Antes no pronunciaba la ese y luego, sí. Respiró hondo cerrando los ojos y prestó atención.

—Nuestra aldea siempre había sido un lugar donde los dioses se comunicaban con los aldeanos para escuchar sus consejos y ayudar a los más pobres y heridos. Pero todo cambió de golpe...

>>Desde que uno de nuestros guerreros recorrió el bosque que hay aquí cerca y se encontró con una niña de unos ocho o nueve años, morena con los ojos azul marino, seductores y unos labios rojos que no parecían pintados, sino de color natural y la piel muy blanca, todo empeoró aquí. Le preguntó por su nombre y la niña no respondió. Se limitó a abandonar el bosque y, en unos segundos, no hubo ni rastro de ella.

>>Se lo contó a la aldea y, por el extraño comportamiento de la chiquilla, juramos vigilarla por si alguna vez nos la encontrábamos. Entonces yo era más joven, tal vez diecinueve años antes, pero me acuerdo perfectamente del día en que todo cambió. Era ya medianoche y unos guerreros, mi padre y yo salimos de caza. Aquel día debían enseñarme a cazar a la perfección y yo estaba muy contento, pero había bebido y no me enteraba mucho de las cosas. Entonces, en el camino se nos topó una niña con la misma descripción que un guerrero nos contó. Le preguntamos cómo se llamaba pero no respondió. Estaba muy seria y no nos dejaba pasar. Pero luego nos preguntó si queríamos jugar con ella y nos reímos. La niña se enfadó y empezó a salirle pelo por todo el cuerpo y se transformó en un

lobo gris de aspecto feroz. Todos nos quedamos boquiabiertos. La niña repitió con voz de ultratumba si queríamos jugar con ella pero estábamos tan petrificados por el miedo que no pudimos decir nada. El lobo rugió y empezó a atacar a los guerreros y mató a mi padre.

>>Luego se acercó a mí, que me había caído de culo en la nieve y tenía la boca abierta de par en par y temblaba de miedo, todo el frío que podría haber pasado se me esfumó. Me dijo, con voz de ultratumba y sin apartar esos ojos seductores azules de mí:

—Márchate si es que te atreves, pero pronto jugarás conmigo.

Me levanté y me marché corriendo y se lo conté todo a mi pueblo. Se quedaron petrificados al escucharlo.

El hombre no pudo evitar sollozar al recordar nítidamente las imágenes que se producían en su mente sobre la muerte de su padre. La carnicería que hubo...

—Durante unos meses un águila estuvo sobrevolando nuestro pueblo sin pararse a descansar. Varias veces lo habíamos vigilado con unos prismáticos prestados y sabíamos que era esa niña, pues tenía los ojos azules como el mar, muy seductores. Era muy extraño que esa niña pudiese transformarse en un lobo y más en un pájaro raptor.

>>Hace poco tiempo, mi hija acompañada de un primo suyo, más pequeño, salieron del pueblo para ir a buscar agua y vigilaban en todo momento el camino para que no se les apareciese la niña peligrosa. Se habían encaprichado en ir evitando cualquier despiste. En medio del camino se les apareció una mujer de unos veintiocho años con la misma expresión seria que la niña, pero sus ojos no eran azul marino, sino un azul claro como el cielo despejado. Su pelo liso era castaño, un poco claro y su piel igual de pálida que la niña. Les sonrió amablemente y les pidió para jugar pero mi hija se negó y le explicó que debían ir a un río. De pronto, la mujer se transformó en un lobo y miró seriamente con las fauces abiertas a mi hija y su primo.

El jefe se puso a llorar, pero su hija prosiguió en vez de él. Trató de vocalizar lo mejor que pudo.

—Acabó con la vida de mi primo, pero yo me salvé. Lo mantuve a chodas alertas.

Se quedó mirando a Aina, como si su rostro le recordara a alguien. Frunció el ceño y tranquilizó a su padre hablándole en su idioma. Aina suspiró y se llevó la mano a la barbilla, pensando sobre lo que acababan de decir. La descripción de la niña le había recordado a alguien.

—¿Saben por casualidad cómo se llamaba la niña, si lo dijo alguna vez?

El jefe indígena respiró hondo, tranquilizándose y rumió un poco. Al cabo de un rato, informó, al fin:

—Sí, dijo algo de que se llamaba Leira y que estaba al mando de un collar que era su jefe. Debía ser una chica muy rara.

Aina notó cómo el corazón le marchaba más deprisa. Esa niña... ¡Era Leira! ¿Por qué se comportaba de esa forma? ¿De dónde habían salido esa magia de la licantropía y el aguilismo? ¿Qué collar podría ser su jefe?

Aina no entendía nada. Se levantó y les dio las gracias por la información. Se levantaron y abandonaron la sala. Salieron de la cabaña y volvieron a escalar el precipicio, teniendo más cuidado, y se dirigieron al jeep, subiendo y marchándose a casa, rumiando en la historia que les habían contado. Aina sabía que algo muy gordo pasaría, pero no estaba segura exactamente de qué se trataba.

18.

Pensamientos inoportunos

Cuando Aina se queda pensando en todo tratando de averiguar más cosas y un detalle le viene a la cabeza.

Cuando aparcaron el coche, salieron dirigiéndose a la casa. Cerraron con llave y pasaron mucho tiempo desayunando, tratando de llenar el estómago vacío desde hacía dos días. Aina se preparó un chocolate caliente con churros y no paró de comer hasta que lo devoró todo. Se levantó sin decir nada y se dirigió a su habitación, cerrando la puerta detrás de sí. Se tumbó en la cama y recordó comentarios que podrían valer la pena para averiguar lo que estaba pasando.

“Si él no lo encontró, yo lo buscaré. Y si lo encuentro, lo llevaré a la familia... Es algo duro, pero parece oxidado... Los Tormenta... Estás cerca... Muy cerca... Mi nombre es Leira y ésta es mi historia... Un collar bonito y mágico... Un tipo de medallón rojizo y brillante... El hombre se quitó una capucha negra y vi a mi padre... Adiós, Leira. Hasta pronto... y que, seguramente, fingió que me quería con todo su corazón... Ya has llegado... Mírame a la cara... Y sobretodo con mi pequeña Leira... ¡Se llama igual!... Sácame de aquí y tú y yo viviremos para siempre... juntas... Ven conmigo...Tú y yo tenemos muchas cosas en común... Dejarás de sufrir para siempre... Vio su diario bajo la mata de pelo de Leira... Te estaba esperando... Si no me hubieras dejado por otra... Ahora te toca a ti... Mi

señor no debe saber que alguien sabe su secreto... Todos mis sueños tienen algo que ver con Leira... Leira no está del todo muerta, en su piel hay algo que lo demuestra... No quiero que te vayas, Aina... No te conviertas en algo como esa piel pálida que tenemos en el salón... Iré a por ti y no tendré piedad... Se encontró una niña de ocho años morena con los ojos azul marino... La niña se enfadó y empezó a salirle pelo por todo el cuerpo y se transformó en un lobo gris de aspecto feroz... ¿Qué collar podría ser su jefe?"

Aina se enderezó y se sentó en la cama. Al parecer había un collar que era el "jefe" de algunos. Pero, ¿qué tipo de lunáticos creerían cosas así? Recordó que su padre, cuando lo vio por última vez tenía un aspecto muy extraño, no era nada normal por su parte. Dijo algo sobre su señor. Él no tenía señor y él no era esclavo de nadie, aún menos. Siempre Leira le decía cosas anormales, e impropias de ella. Además estaba muerta. Pero según dijo el profesor, no estaba muerta del todo. Había algo que no encajaba. Leira había contactado con ella en sueños y siestas y le había contado cosas sobre su vida y sobre la de la niña. Quería decirle algo por medio de biografías. ¿Pero qué?

Sobre lo que había leído en el diario y escuchado por las palabras somníferas de Leira, el padre de Aina se había divorciado de la madre de ésta y se había ido con otra a vivir a Groenlandia meses antes de que la niña naciera. Según lo escuchado, Leira vivió en Groenlandia con su padre, sus hermanas y jamás supo nada de la madre. Terminó con la vida de las tres hermanas. ¿Terminaría con la de la madre justo después de dar a luz? Según lo que había recordado, el padre de Aina regresó años después y terminó con la vida de su madre y quería terminar con la de la niña. Leira tenía razón: había algo en común entre ellas, pero no sabía identificar con toda claridad de qué se trataba. Las dos se quedaron sin madre, la de Leira sin saber la razón, aún. Las dos fueron agredidas por su propio padre, una acabó muerta y otros familiares tuvieron el mismo final. Los padres de éstas se comportaban de formas inexplicables e inapropiadas para la paternidad. Los dos tenían algo que ver con algún señor y el padre de Leira tenía un rubí de gran valor que no quería que nadie lo tocara. Después quedó sepultado junto a Leira. Aina sintió una gran pereza de ir a buscarlo. Ni siquiera ya le importaba toda esa fortuna que podría haber ganado si lo

hubiese vendido. Delante de sus narices se presentaba un caso inexplicable que ella y su grupo debían desentrañar. Recordó un gran detalle. Cuando, días atrás había leído en el diario de su padre una pequeña nota en la que decía que tuvo otra hija en Groenlandia llamada Leira. ¿Tendría algo que ver?

Albergaba la esperanza de averiguar qué había entre Leira y ella y estaba segura de que lo descubriría. Contactaría con Leira y sabría lo que pasaba. Se tumbó de nuevo en la cama, cerró los ojos y se concentró. Puso la mente en blanco y sólo deseó hablar con la muerta que había contactado con ella desde el más allá. Según lo que había comentado el profesor, ¿la habrían enterrado viva? No, imposible. Después de no tener siquiera una manta habría muerto de frío a los dos minutos o menos. Y ella dijo que murió asesinada y congelada. Y Leira quería algo de ella. La niña había ido al poblado indígena cuando se suponía que debía estar muerta, congelada. Luego fue otra mujer que, según la descripción del jefe, debía parecerse a ella físicamente, pues debía tener las mismas facciones.

Puso de nuevo la mente en blanco. “Leira, ¿qué es lo que tenemos tú y yo en común?”

Escuchó una voz infantil, sigilosa, pero entendió:

—Me alegro de que me hayas hablado tú por primera vez. Tú y yo tenemos la misma sangre por parte de padre, un padre que nos traicionó. Pero ahora debo cumplir mi deber y ayudar a mi señor a seguir con la costumbre... Y tú también.

19. Órganos destrozados

Cuando Aina decide averiguar qué se esconde dentro de Leira y se llevan una gran sorpresa.

Aina salió de la habitación temblando. Se sentó en el sofá sin dejar de mirar el cuerpo. ¿Cuál era ese deber que debía cumplir con la que se suponía que era o fue su hermana? ¿Eran hermanas de verdad o lo decía para despistar? No lo sabía. Entonces, notó como si los dedos de una de las manos de Leira se moviesen. Abrió mucho los ojos y se levantó. Se acercó al cuerpo y lo miró de cerca. No movía los dedos, pero, como había dicho el profesor, había algo en su piel que delataba que no estaba del todo muerta. ¿Pero quién era ese señor suyo que tan encaprichado estaba con una costumbre?

—Leiraaa.—la llamó.—Si te has hecho la muerta todo este tiempo, abre los ojos y dime que lo has hecho.

La niña ni se movió.

—Leira, no me hagas enfadar. Dime qué está pasando aquí. Me estoy poniendo nerviosa. Muy nerviosa. No sé qué ocurre aquí pero si así puedo averiguar lo que le pasó a mi... digo nuestro padre, quiero saberlo. ¿Quién es ese señor vuestro que os hace cumplir con misiones y debéis matar a gente inocente? ¡Dímelo!

Entonces, una voz conocida y consoladora que vino detrás de ella, la alteró:

—Hablando con muertos, ¿eh? ¿Qué quiere saber sobre nuestra querida niña? Tal vez pueda ayudarle en algo y seguirle la corriente.

Aina se giró. Para su sorpresa, se sorprendió al ver al profesor detrás de ella. La miraba con una de sus cálidas y tranquilizadoras sonrisas, pero en ese momento notaba en sus ojos que creía que se había vuelto loca.

—Mire, puede que me tome por una loca pero creo que, por lo que he averiguado, Leira y yo somos hermanas.

El profesor se echó a reír. Sí, definitivamente creía que había perdido la cabeza.

—¿En serio? ¿Sabía que soy descendiente de Julio César?

—Profesor Gómez, por favor. Esto es serio. Lo que hay en común entre nosotras es que somos hermanas.

>>Nuestro padre era esclavo de un señor que debía ser un collar raro, según lo que creo, es el rubí que he estado buscando. Algo hay en ese rubí que ordena a algunas personas a que maten a inocentes. Cuando mi padre mató a Leira, ella se comportó de la misma manera. Me decía cosas raras y, según mi visión, si no hacemos algo, acabará por matarnos a todos. Hay algo en el rubí. Algo que hechizó a Leira y, según lo que dijo mi marido... también me hechiza a mí.—no se dio cuenta de que el profesor había dejado de reír y la escuchaba con la mayor atención y seriedad. Prosiguió:

>>Desde que anhele encontrarlo, he contactado con una chica que se ve que es mi hermana, que quiere matar a los que me rodean y quiere llevarme con ella a saber dónde. He recordado un hecho sádico que pasó en mi infancia que creía haber olvidado por completo en el que mi padre también tenía un señor... y quería llevarme con él y matarme.

>>En la aldea conocieron a Leira como una asesina y licántropa, que estaba bajo el poder de algún collar y luego se sabe de una mujer que, físicamente, es igual que yo y quiero saber qué ocurre. Me gustaría pedirle que me hiciera un favor.

El profesor asintió tras el desesperado sermón.

—Haré lo que desee.

—Si se supone que Leira debería estar muerta desde hace diecinueve años exactos pero se mueve, al menos yo veo eso, quiero ver en su interior cómo están sus órganos. Sobre todo el corazón. Si está viva por casualidad, haremos lo que sea para mandarla a un hospital, y si es otra cosa... No me gustaría saberlo.

El doctor Gómez no se inmutó. Asintió y fue a su habitación. Siempre, en la maleta, llevaba una cámara de rayos x para emergencias. La sacó de la bolsa y se dirigió al salón. Aina se hizo una cola de caballo con la que estaba monísima y se acercó al cuerpo.

—Que sepas, Leira,—empezó susurrando.—que voy a averiguar quién es exactamente ese señor tuyo y voy a pararle como sea y te liberaré y volverás a estar bien. Ya lo verás.

El profesor activó la cámara y la puso en cima del pecho de la muerta. Desde una pantallita donde todo empezaba siendo borroso, verían el resultado. Las imágenes fueron limpiándose hasta formar una sola. Aina descubrió que era la estructura del corazón, pero lo que vio la dejó helada. El órgano estaba destrozado tanto por dentro y por fuera, según el zoom con el que Gómez quería verlo. Fue bajando el aparato y fue descubriendo más órganos destruidos acabando por descubrir que todos su cuerpo por dentro estaba muerto. Pero por fuera...

El profesor desactivó la cámara. Aina se inclinó para observar la cara de Leira. Entonces, ésta abrió los ojos.

20. El rubí mágico

Cuando Aina desea averiguar qué hay en la casa que se les pasaba por alto, mientras que los hombres descubren un tesoro en el hielo, en el que su vida está en juego.

La mujer quedó helada.

—¡Profesor! ¿Ha visto eso?
Aina vio cómo Leira cerraba de nuevo los párpados y su cara de inocente declaraba que no había hecho nada. La mujer resopló. Jamás conseguiría que pillasen a su hermana.

—¿El qué, señora Morgan?

La mujer no respondió. Indignada, miró hacia la cocina y se preguntó dónde podría estar su marido.

—Una pregunta: ¿ayer por la noche qué hice de especial si es que hice algo?

El hombre arqueó una ceja. ¿Debía contárselo? Sí, fue un hecho suyo y debía saberlo al respecto.

—Estuvo buscando por mi habitación y la del piloto no se sabe el qué.

Aina asintió. Cerró los ojos y se concentró. Hizo algún que otro gemido. El profesor frunció el ceño. Si quería ir al baño no tenía por qué empezar en medio del salón. La mujer subió los párpados. Una luz se le iluminó en la mente.

—Creo que tengo algo especial. Después de lo de las conexiones y lo de eso de los ojos en blanco,—el profesor se extrañó al oírlo, pues él no le había dicho nada de eso.—he podido leer en su mente algunos pensamientos y algunas historias de esta casa. Es como si tuviera la biblia de esta choza en mi cabeza. ¡Es genial!

Aina se desplomó al suelo y cerró los ojos. El profesor ahogó un grito y acudió a socorrerla, pero la mujer le sonrió y lo calmó con sus hermosos ojos seductores y musitó:

—Debo concentrarme en esta casa. Aquí hay algo cuya información nos será muy útil a todos. Usted vaya a avisar a Diego y Carlos. Cuanto antes mejor. Me hará un gran favor, profesor.

El hombre sonrió. Se levantó y se dio la vuelta, dirigiéndose afuera, donde estaban el marido de Aina y el piloto, esperándolo.

*

Fuera hacía ya mucho frío y no valía la pena salir para gastar energías, aunque los dos hombres rechazaban ponerse enfermos tapándose con las mejores ropas de lana que se habían llevado. Observaban con unos prismáticos las cumbres más altas viendo el hielo transparente, aunque un poco azulado por el cielo. Lo observaron. Ya casi no había sol; las nubes lo habían tapado. Se sentaron en una roca sin despegar los labios para pronunciar palabra. Carlos fue el que abrió la conversación.

—Hace días que ya no hablamos sobre el incidente en la colina. Por cierto, el hielo ha desaparecido. Estaba a dos pasos de aquí, ¿no?

Diego no respondió a esa pregunta. No soportaría recordar la experiencia vivida en la escalofriante colina. Y si ya no estaba, mejor.

—Aina parece más feliz, ¿no? Me alegro de que ya no pase nada raro. Ya sabes a qué me refiero.

El marido de la mujer no despegó los labios. Se dignó a mirar al suelo con una expresión de seriedad en su rostro. Entonces, escucharon los gritos del profesor corriendo como un atleta hacia ellos. Cuando llegó, jadeó sin parar, tratando de comunicarles el mensaje.

—E-ella... os-o-os... quiere...

Diego se volvió con una preocupación en la cara y preguntó:

—¿Ella? ¿Quién?

—Aina.

—¿¡Le ha pasado algo!?

—No. Sólo... quiere que vayáis.

—Pues vámonos ya a ver qué le ocurre a nuestra damita.—aventuró Carlos.

Se levantaron y emprendieron la marcha. No pudieron seguir. Justo a dos pasos de donde estaban se hizo como un remolino de nieve que fue excavando el interior de la montaña de hielo hasta que se distinguió una superficie helada y un collar que brillaba en él. Diego se inclinó para ver mejor. Era el collar del que tanto su mujer había hablado: una cadena con un colgante y un rubí enorme pegado a él. Pero la gema brillaba con una intensa luz como si hubiera una lámpara encendida al máximo en su interior.

—¿¡Qué está pasando aquí!?!—se asustó Carlos.

El remolino fue estrechándose hasta que no se vio el fondo y, cuando paró, el suelo volvía a ser de hielo puro y duro. Con nervios y miedo, caminaron con precaución asustados por si se cayesen y corrieron hasta la cabaña, donde les esperaba una gran sorpresa.

21. Sótano secreto

Donde se descubre un enorme pasadizo secreto bajo la casa y Diego y Carlos deciden investigarlo.

Los tres hombres abrieron la puerta de la casa, jadeantes, y la cerraron tras de sí. Llamaron unas cuantas veces por el nombre de Aina, pero ésta no respondía. Diego notó cómo los nervios le subían a la cabeza. Si perdiese a su esposa no se lo perdonaría jamás. Recorrieron la cocina y el salón y luego las habitaciones. Les sorprendió ver a la mujer tumbada en el suelo, con los párpados bajados, en la habitación del profesor y piloto. Diego se agachó y le levantó la cabeza con cuidado y una mueca de preocupación se distinguió en su rostro.

—¡Aina, no!

La mujer abrió los ojos y le sonrió. Parecía cansada.

—¿Qué cosas haces esta vez?—le preguntó su esposo.

—He descubierto una habitación secreta que ninguno de vosotros habríais descubierto antes.

Diego frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien?

Aina asintió, contenta. Se levantó y miró el suelo de madera durante unos segundos que se hicieron eternos para los hombres. Se agachó, acarició la superficie con las yemas de sus dedos y cogió el pomo minúsculo de una puerta que estaba totalmente camuflado de color con el suelo. Lo empujó y un pasadizo oscuro secreto apareció ante sus ojos. Diego, Carlos y el profesor se quedaron embobados. No sabían que Aina podría ser tan lista. El piloto se arrodilló y observó el túnel. Sonrió y miró a sus compañeros.

—Veamos qué hay aquí dentro.

Diego frunció el ceño.

—No quiero ser un aguafiestas pero, ¿no creéis que podría pasar algo allí abajo?

—Cariño, ¿no crees que si esto ha estado escondido todo este tiempo es porque hay algo muy secreto y valioso allí?

Diego entornó los ojos. No estaba seguro de que hubiera nada bueno allí. Podría haber cosas maliciosas como droga o armas. Pero debía investigarlo. Por su mujer. Por el mal que podría hacerle ese collar. Por su amor hacia Aina. Suspiró mientras cogía su linterna y se internó en el pasadizo. Tras unos segundos, el señor García desapareció tras la oscuridad que le rodeaba.

Carlos tragó saliva. Deseaba encontrar algo valioso y sacar algún beneficio de él. En su familia nunca habían sido ricos y deseaba que, por una vez, lo fueran. Cogió su linterna cuya compañía siempre lo reconfortaba y entró en el sótano el cual creía que le llevaría a su destino.

Aina miró al profesor con una sonrisa en los labios. Gómez frunció el ceño.

—¿Qué está usted mirando, señora Morgan?

—¿Quiere pasar o es que tiene miedo de que el coco se lo coma?

La mujer soltó una risita nerviosa. El profesor le sonrió cariñosamente y le acarició el pelo.

—Debería quedarme a vigilarla por si algo ocurre.

Una mueca de decepción apareció en el rostro de la mujer. Se volvió y miró por la ventana. Esperaba algo o alguien. Y deseaba estar sola para recibirle.

*

Todo estaba oscuro. Carlos apenas veía si se estampaba contra la pared aunque llevase la linterna encendida en su mano, bien sujeta. Desde pequeño siempre le había temido a la oscuridad y estar rodeado de ese manto negro le daba escalofríos. Se imaginaba que en algún momento aparecería de la nada un monstruo y con la luz sólo le vería el rostro y no podría pararle y su destino sería quedar hecho trizas por la bestia. Respiró hondo y se calmó. Era un adulto. No debía temerle a la oscuridad. Más bien la oscuridad debía temerle a él porque se creía el rey. Y pronto tendría un tesoro en sus lindas manos y nadie se lo arrebataría. Una

sonrisa iluminó su serio rostro. De pronto ya no tuvo miedo... pero escuchó un chirriante sonido que no era él... y se acercaba cada vez más.

*

Diego se frotaba las manos sujetando la linterna con los dientes. Tenía frío. Mucho, mucho frío. Allí debían de estar a unos cuantos grados de temperatura bajo cero. Pensó en lo que podría esconder ese túnel. ¿Era un laberinto? ¿O quizás un territorio de animales salvajes? Albergaba la esperanza de que hubiera valido la pena bajar allí. No le temía a la oscuridad. En su vida vivida en el hospicio había aprendido a cuidar de una persona, pasara lo que pasase. Aunque estuviera rodeada de oscuridad infernal, había aprendido a cuidarla y, con eso, su miedo al manto oscuro se derritió como el queso y desapareció para siempre. Entonces se paró al oír un sonido que daba miedo. Nunca le habían gustado esos sonidos ni en las películas, pues no sabía qué podrían ser. Había posibilidades de que fuera... No tuvo tiempo de pensar qué se le echaba encima. Su linterna se apagó justo antes de que un viento fuerte y helado se le echara encima.

22. Peligro entre manos

Donde se descubre una habitación llena de tesoros y una sorpresa.

Carlos dejó de temblar, aunque aún sintiera un terrorífico miedo. Había escuchado un grito muy lejos de él que debía de haber sido de uno de sus compañeros. Se giró y corrió hacia donde había provenido el grito. Se lió con las paredes engañosas, pues parecía un laberinto, pero con la linterna y una información que leyó en un libro sobre laberintos se las apañó y en unos minutos llegó a un túnel más oscuro de lo normal donde hacía mucho frío y un ligero viento helado le removía los pelos. Al fondo distinguió un destello de luz blanca. El piloto ahogó una risotada nerviosa e hizo ademán de ponerse en marcha hacia esa luz, pues creía que sería el oro, cuando tropezó con algo blando. Bajó la mirada y ahogó un grito al ver a Diego tendido en el suelo, inconsciente, con un golpe en la frente. Se agachó y lo llamó tan flojo que ni Carlos conseguía escuchar su propia voz. Le giró la cabeza y alzó la mano, dispuesto a correr el riesgo de que el hombre acabase furioso. Pero no pudo dudar más, por la salud del hombre. Cerró los ojos y desplazó la mano a tal velocidad que ésta terminó casi hundiéndose en la mejilla de Diego. El piloto tragó saliva al darse cuenta que lo que le había hecho era una bofetada. Y de las fuertes. Nada. No se despertaba, aunque su pulso era correcto. Siguió dándole bofetadas hasta que sus mejillas estuvieron calientes. Le frotó las manos con el deseo de hacerle entrar en calor para despertarle al fin y preguntarle por lo ocurrido. Por más que le frotaba o la cara o las manos el hombre no abría los ojos. Notó cómo las lágrimas le inundaban los ojos. Lloró durante unos segundos.

—Todo esto lo hacemos por Aina. Por tu esposa. Por su salud. Para saber qué nos ha caído encima.

Para su asombro, Diego entornó los ojos hasta que los abrió del todo. Cerró los ojos al saber que la linterna de su compañero deslumbraba demasiado y podía hasta quedarse ciego. Se tapó los ojos con una mano y sugirió:

—¿Qué tal si me ayudas a levantarme?

Carlos sonrió radiantemente. Se levantó y le tendió una mano al señor García para que se enderezase. Cuando estuvieron de pie, Carlos le tendió un pañuelo a Diego para la herida. El hombre lo cogió y se frotó la escasa sangre que se le había derramado, posiblemente por el golpe sufrido tras la caída.

—¿Qué te ha pasado?

Diego frunció el ceño con tal rabia que por unos segundos le fue imposible responder.

—Habré perdido la conciencia por unos segundos. Sólo he visto un viento helado que se me echaba encima y entonces todo se ha oscurecido. Mi linterna se ha quedado sin pilas.

El piloto asintió y entornó los ojos. Cogió la linterna de su compañero y la miró. Efectivamente se había quedado sin pilas. Le pegó unos golpecitos a la suya y dio la máxima luz que podía. Al final de ese túnel había una puerta de madera carcomida y llena de polvo que delataba ser muy vieja. Estaba entreabierta y chirriaba mientras se abría y se cerraba como si un viento la empujase por ambos lados. Algo extraño debía encontrarse allí. Carlos señaló la puerta y Diego entendió. Caminaron sigilosamente hacia aquel espacio. El piloto respiró hondo y cogió con tal fuerza el pomo de la puerta que este se arrancó. El hombre pensó boquiabierto la cantidad de años que debía hacer que esa puerta no se arreglaba. La empujó con el dedo mientras el ruido seguía reproduciéndose. El sudor se le pegó en la frente.

Diego suspiró miedosamente mientras observaba a su compañero. ¿Tendría miedo? ¿Estaría realmente asustado? ¿Qué habría allí dentro que tanto les incomodaría?

La puerta se abrió de par en par y entonces la linterna de Carlos se apagó haciendo un sordo ruido que daba miedo. Todo estaba oscuro. No sabían

por dónde caminar ni si alguien les observaba. Carlos tragó saliva. El miedo a la oscuridad le volvió de golpe. No podía pararlo. No conseguía expulsarlo. Sin poder evitarlo, se agarró a uno de los brazos de Diego como si éste fuera su padre y pudiera protegerle.

Los ojos de Diego se acostumbraron a la oscuridad y pronto vieron unos cuantos trastos amontonados. De pronto, la puerta se cerró de golpe tras de sí. El hombre se giró y notó cómo el corazón se le aceleraba. Estaban encerrados en un sitio que ni siquiera sabían cómo era. Se sorprendió al verse coger un lámpara de aceite de encima de una mesa, luego agarrar unas cerillas de uno de sus bolsillos y encenderla. Así todo se veía. Diego empezó a andar con un poco de dificultad con Carlos agarrándole con fuerza el brazo.

—¿Qué haces?

—Es que no me gusta la oscuridad en un sitio cerrado.

Carlos pensaba que se reiría de él, pero para su sorpresa, declaró:

—Ni a mí.

Diego se dirigió hacia la mesa en la que había cogido la lámpara y observó la cantidad de papeles viejos que había. Estaban amarillentos y llenos de polvo. Cogió uno y lo miró. Era un recibo de un viaje a Groenlandia. Y el que había viajado era... ¡el padre de Aina! ¿Cómo era posible que estuviera allí?

Entonces notó que había alguien detrás de él y no se trataba de Carlos, sino alguien o algo diferente. Se dio la vuelta y, antes de que pudiera evitarlo, *eso* se echó encima de Diego, tirándolo al suelo y dejando caer la lámpara al suelo, a punto de apagarse. Carlos la cogió con fuerza y, con los ojos que le salían de las órbitas, se acurrucó contra la pared mientras observaba la pelea entre Diego y la cosa.

23. Succión mágica

Donde se narran más desarrollamientos entre el profesor y Aina mientras que sale a la luz el agresor de Diego.

Hacía mucho frío. Aina miraba por la ventana. Los primeros copos de nieve habían empezado a caer con frialdad. Pensaba en los días que habían pasado en Groenlandia. No habían visto ninguna foca. Ningún oso polar. Ningún lobo. Todo era muy extraño. Lo más extraño era que aún no había sabido

nada ni de su esposo ni de Carlos. Miró al profesor. Tenía el ceño fruncido mientras no quitaba la vista del túnel. La mujer notó que alguien la miraba. Se levantó sin hacer ruido y salió de la habitación, dirigiéndose al salón. El profesor estaba tan absorto en sus pensamientos y en ver si sus compañeros estaban bien que ni se dio cuenta de que Aina podría cometer una estupidez y hasta morir por lo que le esperaba.

La señora Morgan caminó lentamente. Tragó saliva al pensar lo que podría haber allí. ¿Tal vez un ladrón? No, imposible. En Groenlandia se congelarían y además no había. ¿Un monstruo malo? No, era demasiado mayor para pensar que un monstruo podría comérsela. ¿Un fantasma? —¡Demonios, Aina, no pienses en cosas de niños!

Entonces, la mujer creyó que se desmayaba, pues lo que había en el salón no era normal. Era un hombre. Un hombre apuesto de unos treinta años. Su pelo negro alborotado parecía que se le había congelado. Y su piel era tan blanca como la nieve. Pero no conseguía verle la cara. Estaba de espaldas a ella, inclinado, mirando a Leira, como si le estuviese haciendo algo. Parecía muy concentrado.

—¡Eh, tú! Sal de mi casa o te juro que ya no serás bienvenido.

El hombre reprodujo un pequeño gruñido y se giró. Aina se estremeció al verle el rostro. Sus ojos eran de un marrón verdoso en el cual no destacaba ningún destello de vida. Su piel era pálida mientras que de su boca resbalaba un hilillo de sangre como si fuera un vampiro. Se apartó y la mujer pudo ver que le había hecho un pequeño corte sangriento y el ser... le estaba chupando la sangre. Aina puso una cara de asco. Cogió el martillo de un cinturón que había encima de una mesa y apuntó al ser.

—Sal-de-mi-ca-sa-o-te-ju-ro-que-no-vol-ve-rás-a-ver-la-luz-del-sol.—

tartamudeó la mujer entre dientes.

—A Leira se le acaba el tiempo...— declaró el hombre con voz de ultratumba.

Aina arqueó una ceja.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

El hombre inclinó la cabeza de modo que todos los cabellos le taparon la cara y unas gotas de sangre de su boca cayeron al suelo... y se evaporaron justo con el contacto de la superficie.

—Leira me lo prometió... Iba a darme lo que quería... Pero ha fracasado... Y ahora me pertenece... Y tú... Vas por el mismo camino que tu hermana... Y pronto ya no habrá sitios en los que podrás esconderte...

Dicho esto, desapareció con una neblina oscura a su alrededor y ésta se marchó por la ventana de la habitación del profesor. Aina temblando de puro terror, entró en la habitación en la cual el profesor seguía mirando por el túnel y no se movía y no decía nada, como si no supiera lo que acababa de ocurrir. La mujer se acercó a la ventana y lo que estaba viendo no le gustaba nada. Decenas de lobos se acercaban a la casa, aullando, y no parecía que viniesen en son de paz.

*

Diego cogió un palo y pegó a su contrincante. Aquello no le gustaba lo más mínimo. Vio de nuevo el horripilante aspecto de esa criatura. Era todo huesos. En los huecos de sus ojos había un destello rojizo espeluznante. Se movía con una agilidad como si tuviera diez años. Era...

—¡Diego, cuidado con el esqueleto diabólico!

El hombre se giró y pudo ver como el muerto le arañaba la piel de sus manos con las suyas. Eso era imposible. Los esqueletos sólo vivían en los cuentos de hadas o en las fiestas de Halloween como disfraces. No era

nada posible encontrarse a una muerta en el hielo y que después no lo pareciese. No era nada posible que su mujer contactara con una muerta más allá de la muerte. No era nada posible que las puertas se cerrasen solas como si hubiera un viento muy fuerte en un lugar cerrado, apartado hasta de la luz solar. Casi todo lo que había pasado en Groenlandia era imposible. Podría ser un sueño o no serlo. Lo que sí debía pensar era que su mujer estaba sufriendo, necesitaba la mayor ayuda posible y ella ahora estaba allí arriba, a solas con esa niña del demonio. Sólo con pensar eso a Diego se le heló la sangre. ¿Y si su mujer volvía a estar dormida pero con los ojos en blanco? Imposible, el profesor estaba con ella. De pronto un mal pensamiento se cruzó en su mente. Diego cogió una vara de metal grueso que se había encontrado en la mesa y pegó con fuerza al ser.

—No podéis matarme. ¿Qué le ocurre a esta casa? ¿Por qué ocurren cosas imposibles? ¿Qué tenéis contra Aina? ¿Quién es esa niña?

Con la mayor fuerza posible, el hombre golpeó el cráneo del esqueleto y éste se quedó paralizado unos segundos. Luego, la luz rojiza de sus ojos se apagó y se desplomó en el suelo, rompiéndose de manera que los huesos se esparcieron por toda la habitación. De pronto, de la nada apareció el collar con el rubí incrustado en el medallón y succionó todos los huesos dentro de la gema en la cual ya no se vieron los restos del esqueleto. Era un tipo de succión mágica. Algo imposible. Carlos se levantó y propuso con firmeza y un temblor en su voz:

—Vámonos de aquí. No quiero saber nada más de cosas imposibles. Me ponen nervioso.

Diego asintió. La puerta se abrió sola como si quisiera dejarlos pasar y luego se cerró tras de sí. Los dos hombres corrieron con mucho miedo dentro de ellos y no pararon hasta que encontraron la salida. El profesor les sonrió al verlos. Les ayudó a salir y cerraron la puerta. Diego buscó a Aina por la habitación pero no la encontraba. Escuchó unos gruñidos en el cuarto contiguo. Abrió la puerta, que estaba cerrada, y entró. El corazón se le aceleró de golpe al ver a Aina tumbada en el suelo, con los brazos en cruz y los ojos abiertos de par en par, pero no parpadeaba y no se movía. Su pecho no subía y bajaba en señal de que respiraba. En sus ojos no estaba el destello de alegría que siempre había. Pero lo peor era que sobre Aina estaba un lobo blanco enorme que gruñía y parecía oler la cara de la

señora Morgan. Pero éste tampoco se movía ni respiraba. En la cara de la mujer empezaron a salir unos cuantos pelos blancos, idénticos a los de Leira en el relato del jefe de la tribu indígena. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Diego. A Aina le pasaban cosas raras. Había estado contactando con Leira en sueños y ésta le contaba cosas como si la amenazara. Había tenido los ojos en blanco dos veces. Le salía pelo de lobo igual que Leira en su transformación. El señor García lo tenía todo claro. Aina era la elegida. La próxima para hacer de piel pálida igual que Leira. Y ese rubí estaba de por medio. Las lágrimas inundaron los ojos de Diego. Perdería a Aina en cuanto no hiciesen algo. Y ella era lo que más quería en el mundo. Cogió un martillo de su cinturón y lo lanzó violentamente a la cabeza del lobo. Éste abrió los ojos pero no los atacó. Se deshizo como la bruma y desapareció de la habitación. Aina se sobresaltó y respiró con fuerza, como si hubiese estado tiempo sin respirar y se le acababa el oxígeno. Diego se agachó junto a ella. Se sonrieron. Esos fueron unos momentos de tranquilidad para todos. El hombre inclinó la cabeza y su mujer y él se besaron apasionadamente, y el profesor y el piloto se ruborizaron hasta las orejas. Pero nada aún había terminado.

24. La verdad sobre el rubí

Cuando la expedición regresa al pueblo y una historia venida del más allá les deja helados y petrificados.

Aina se abrigó y cogió el diario de su padre. Estaban dispuestos a volver al pueblo a por más respuestas. Diego cogió la vara de metal por si la iban a necesitar. Los cuatro salieron de la casa y entraron en un jeep. Todo estaba tranquilo. Al menos por ese momento. Lo arrancaron y empezaron a recorrer la superficie helada de la zona de Groenlandia en la que se encontraban. Todo estaba helado. Esta vez no se veía ni un solo río helado ni ninguna colina. Aina suspiró y miró por su ventanilla. Le pareció ver a un lobo blanco de grandes dimensiones en cuya boca llevaba colgado el rubí que tanto había deseado encontrar. ¡Allí estaba! Sonrió y lo miró mejor. Arqueó una ceja. En la gema había la cara del hombre que estaba junto a Leira el día anterior. Y le sonreía maliciosamente.

—Se os acaba el tiempo, hermanas...—vocalizó.

Entonces el lobo y el colgante se deshicieron en polvo y desaparecieron. Aina se frotó los brazos y miró al suelo, hecha polvo. Quería tener el rubí en sus manos. Pero había algo en él que no estaba bien del todo. Pocos minutos después habían llegado al precipicio el cual descendieron con tal de hablar con la gente del pueblo. Con las mismas herramientas que utilizaron la última vez, escalaron para bajar hasta que sus pies tocaron la superficie. Allí, el pueblo estaba rodeado por plantas heladas, que era una magnífica decoración y, según decían los dioses, así se ahuyentaban los malos espíritus. Aina corrió hasta la puerta, en la cual seguían los guardias

vigilando. Esta vez, los cuatro se presentaron firmemente y pidieron permiso para entrar. Los guardias cruzaron una mirada y asintieron.

—El geffe tener cosa par vosatros.

Abrieron la puerta y vieron que el jefe les estaba esperando con todo el pueblo observándoles.

—Hay algo que debo contaros que no os conté, queridos amigos. No sabéis a qué os enfrentáis. Cuando lo sepáis, sabed que si necesitáis ayuda, mi pueblo y yo estaremos encantados de poder ayudaros.

Le tendió una mano a Aina y fueron a la cabaña de la sala de experimentos. Se sentaron alrededor de un pequeño fuego. Allí ya estaban sentados algunos hombres con los pies y brazos cruzados, con los ojos entornados y la cara pintada de un azul grisáceo. Se acomodaron mientras veían que la hija del jefe ponía una pasta pringosa y verde dentro de lo que parecía o fingía ser una pipa de fumar, pero más especial. Se la tendió a su padre y se fue. El profesor miró el artilugio. En su casa le gustaba fumar pipas pero con esos mocos dentro no quería ni pensarlo. El jefe la encendió e inspiró largamente. Luego se la fue pasando a los demás, quienes imitaron a su jefe. El hombre se levantó y se puso las dos manos en la frente. Murmuró una cantinela distinta en un idioma irreconocible para todos y se apartó las manos de la cara. Aina se sobresaltó. Ese hombre tenía ahora los ojos negros como el carbón incluido el globo ocular. Su voz ya no era tan melodiosa como la última vez. Ahora era grave y muy fuerte. Miró al techo y empezó a hablar:

—Antes de nada quiero decir que invocar espíritus puede resultar a veces incómodo, pues nosotros sabemos más de lo que os creéis. Bien.

>>Hace algunas décadas, existía un adivino que era muy bueno en su trabajo y siempre adivinaba el futuro de los demás y, si daba la casualidad de que era peligroso, ayudaba a la gente a transformar el presagio en beneficioso. Un día supo cosas de ese rubí y viajó a Groenlandia para buscarlo y tener suerte. Utilizó sus poderes para encontrarlo y así fue. Pero en ese tiempo se contaba que la dueña, poseedora de tan espectacular y preciosa joya, era una vieja bruja y quería mucho su tesoro así que a prueba de ladrones, maldijo la joya diciendo que quien se la quedara tendría un horrendo futuro. Pasó el tiempo y el collar fue robado hasta aparecer en Groenlandia. El adivino hizo caso omiso de la maldición

y cogió la joya. Primero pensaba utilizarla como adorno, pero después quiso venderla y obtener un gran beneficio por ella. Un día, antes de venderla, utilizó el rubí como espejo y se miró en él y utilizó sus poderes para adivinar su futuro. En la gema se reflejó un monstruo que rugía sin parar. El hombre se asustó y soltó el collar, pero ya era demasiado tarde. El collar se lo tragó y entonces se dictó su futuro: Se transformaría en una persona que habitaba en el interior del rubí y sólo podía salir en forma de fantasma y sólo aquellos que tenían el mismo destino que él podían verlo. El hombre podía atacar a personas para que ocuparan su lugar y él ser libre y éstas personas debían obedecerle hasta el final, pero si alguien se revelaba o algo salía mal, el rubí se destruiría con el adivino dentro y no habría vuelta atrás.

25. Ataque inesperado

Donde la expedición muestra unos papeles y el diario al jefe mientras que una visita agresiva les pone los pelos de punta.

Los hombres respiraron hondo. Esa historia les había helado la sangre. Si era verdad, poco tenían para derrotar al adivino fuera quien fuera. Aina suspiró. Sacó su diario y buscó por las últimas páginas para ver si ponía algo del rubí. Le fue muy difícil encontrarlo, pero la victoria fue suya.

Después de mucho tiempo y búsquedas he conseguido encontrar el rubí tirado por el hielo. Me lo he quedado y siempre lo llevo colgado del cuello. Hace unas horas se me ha aparecido un hombre bastante raro de pelo moreno y alborotado que me ha dicho exactamente:

—Tienes dos días para acabar con tu familia y ponerte a mi servicio. Si así lo cumples te concederé la paz eterna y tranquilidad absoluta. Pero si mi deseo no es concedido mucho me temo que no saldrás vivo de esta expedición. Lo único que debes hacer es esconder a tus hijas y hacerles creer a tus compañeros que te da un ataque al corazón y caes al hielo. Cuando ellos se hayan marchado pondremos en marcha nuestro plan. Buena suerte.

Después reuní a toda mi patrulla, Los Tormenta, y los llevé de excursión en un coche negro por la montaña y fingí que resbalábamos por el hielo y nos estrellábamos contra un bloque de hielo. Todos salimos del coche y luego hice que me daba un ataque al corazón y caía por un agujero hecho en el hielo que daba al mar de agua helada heladísima. He escrito todo esto escondido escondido en el sótano secreto. Dejaré el diario en la casa a

propósito para que se lo lleven y Él decidirá quién será su próximo esclavo. Estoy esperando mi premio.

Aina soltó un bufido. Ése fue su padre. Un mentiroso que sólo pensaba en sí mismo. Eso no era justo. El colgante lo había engatusado para que le sirviera e fingiese. La mujer se sobresaltó. Si su padre no había muerto eso significaba que seguía vivo en alguna casa de Groenlandia. Era en una casa donde había sótano secreto que sólo él conocía. Pero si dejó el diario al alcance de las manos de sus compañeros éstos podrían haber leído el diario y descubrir su mentira. Algo no encajaba del todo bien.

Para el asombro de todos, Carlos tomó la palabra, levantándose.

—He estado junto a Diego en un lugar oscuro y tenebroso, en el cual tuvimos una sorpresa. Aproveché el momento para coger papeles interesantes y los he traído. Se trata de un hombre que se alojó años atrás en la casa en la que nos alojamos ahora nosotros. Según he leído aquí antes, éste era un hombre muy especial. ¿Les leo?

Aina abrió mucho los ojos. ¿cómo podía saber eso y por qué había estado hurgando en los archivos de un hombre? Miró a su esposo. Éste asentía. Miró al profesor. También movía la cabeza de arriba abajo. El jefe y los presentes en la sala también estaban de acuerdo. Aina suspiró y asintió, al fin. Carlos tomó la palabra.

—Hace días que mis compañeros se han marchado con mi diario. Estoy seguro de que no lo hojearán pues está lleno de escritos ininteligibles y dibujos raros que no podrán entender. Espero que el próximo ayudante sea valiente y valga la pena. Quien sea entenderá lo que he puesto en mi diario y vendrá derechito a averiguar qué ocurre. Mi señor se ha puesto frenético diciendo que le falta mucha energía. Yo no sé qué hacer, pero sólo se me ocurre una cosa.

Hace dos días que he asesinado a Laura y la he entregado al señor. Espero que esa energía le valga para mucho tiempo.

No hace ni un día que la energía de Laura se ha agotado y para mi señor ha resultado fatídica. Dice que necesita más y que la única solución es entregarle más personas en buen estado de salud como sacrificio. Espero que si le sirvo de ayuda me conceda el deseo.

Hoy he matado a mis tres hijas pero una ha acabado sepultada en el hielo junto al collar. No me lo perdonaré nunca. Me ha costado mucho volver a

coger a mi señor y entregarles los cuerpos de Jerla y Jaylin. Me ha dicho que deje a Leira descansar en paz porque ella será mi sucesora y la que elegirá la suya. Hasta que he terminado con mi tarea no he salido del sótano secreto descansando, esperando a que llegue mi momento de paz. No creo que tarde mucho. Así que ahora me despido.

Aina se quedó muda mientras su corazón se aceleraba por momentos. En la casa en la cual se alojaban antes vivió un hombre que tenía tres hijas: Jerla, Jaylin y Leira. Y ese hombre escribió un diario y fingió su muerte para que sus compañeros de viajes se lo llevaran y lo entregaran a la madre del hombre para que el próximo sucesor lo leyera y acudiera a Groenlandia. Después volvió a la casa y obedeció todas las órdenes del rubí, su señor, para conseguir su deseo: estar en paz y tranquilidad hasta el resto de su vida. Los compañeros, al volver a Sudamérica, dijeron que el hombre había muerto de un ataque. Después se había hundido. Según los datos coincidían, el hombre era... ¡su padre! Aina entendió que se había vuelto loco. Todos los que tenían al alcance el rubí debían volverse locos de alegría por conseguir el tesoro. La mujer no se dio cuenta de que había empezado a llorar. Su padre era un hombre como todos. Se dejaba llevar por el dinero y no se preocupaba por los demás. Diego la miró seriamente. Nunca la había visto llorar en público. Aina se secó las lágrimas y suspiró. Su padre era un fraude. Y él se lo había buscado.

Entonces se oyeron unos gritos provenientes de fuera. El jefe abrió la boca y exhaló aire azul y sus ojos recuperaron el color normal de siempre. Dio una orden a los guardias sentados y todos se levantaron dirigiéndose afuera. El espectáculo era horrible. Había personas corriendo desesperadas a un lugar seguro, pues había un lobo blanco enorme destrozando madera que encontraba y casas y perseguía a gente de vez en cuando y la lanzaba contra la barrera. Aina miró. Los guardias ya no estaba. Mejor dicho, sí estaban... tirados al suelo impregnados de sangre con los ojos cerrados. La mujer miró al jefe. Daba órdenes a sus aldeanos para que se pusieran a salvo. Aina respiró hondo y puso una mueca seria. Fue hacia el lobo y, éste al verla paró en seco y se dirigió a ella con la lengua fuera. Se paró cuando estuvieron cara a cara y Aina empezó:

—Podrías ser cualquiera tras esa máscara de lobo. Y también podrías ser uno de ellos bajo el mando del señor. Pero lo que estáis haciendo es

destruir todo este país. ¿Qué haréis cuando ya no quede ningún ser vivo aquí? ¿Hacia dónde iréis?

>>No os importa nada la vida de los demás. Así lo habéis hecho generación tras generación, ¿no es así? Dejadme deciros que dais asco. ¿Dónde se encuentra ahora el rubí, eh? No es más que una piedra preciosa impregnada de mal. Él os matará al final. Os promete cosas imposibles pero lo único que hará será mataros. Debéis uniros y destruirlo. Así sí que viviremos todos en paz y tranquilidad. Pero debéis abandonarlo inmediatamente. Yo os ayudaré.

El lobo articuló palabra. Aina se fijó en sus ojos. Eran de un azul marino seductor. La señora Morgan se tapó la boca en señal de preocupación. Fue el momento en que se dio cuenta que el lobo era la mismísima Leira que había estado escuchando las sabias palabras de Aina y ahora se marchaba sin provocar más daño, hacia las colinas heladas que rodeaban el valle, hacia la casa de Aina y sus amigos.

26. Cuando despierte...

Aina ya está harta de que Leira no despierte por sí misma, así que ella va y...

Los cuatro exploradores aguardaron unos segundos de silencio. Aina gruñó por lo bajo y fue hacia el jefe. Todos la admiraban. —Debe cerrar mejor el pueblo. Ahora está desprotegido, pero aguarde, yo ayudaré a acabar con esta oscuridad que ha ocupado el corazón de mi hermana.

Dio media vuelta y salió del pueblo con el ceño fruncido y los puños cerrados. Diego la observó y cruzó una mirada con sus compañeros. Sus miradas lo decían todo. Debían seguirla. Ahora debían escucharla a ella, pues estaban seguros y creían que ella sabía lo que haría.

*

Aina entró en la casa sacando humo por las orejas.

—¡Leira! Sé que estás viva. Deja de hacerte la muerta porque no lo estás. Olvida el asunto del rubí. Yo te ayudaré a zanjarlo. Pero primero debes despertar. ¿Leira? ¿¡Me estás oyendo!?

Se dirigió a pasos largos hacia el salón y puso los brazos en jarra. Leira seguía allí tumbada con los ojos cerrados.

—Leira, no le hagas esto a tu hermana. Despierta. Digamos que ya has dormido demasiado tiempo. Despierta y háblame más sobre ti. Háblame sobre el rubí. ¿Por qué os hace esto? ¡Sé que lo sabes! Sólo quiero ayudarte.

Leira seguía fingiendo. Aina arqueó una ceja. Suspiró y se acercó lentamente hacia Leira. Se inclinó para observarla mejor. Levantó una

mano dispuesta a sacudirle un poco la cabeza. Pero en ese momento Leira abrió los ojos y miró a Aina y le dirigió una mirada asesina... y sus manos agarraron con tal fuerza el cuello de la mujer que notaba que se quedaba casi sin aire.

*

El profesor Gómez soltó un bufido. Él y sus dos compañeros estaban en el coche esperando a que Aina saliera. Les había dicho que esperaran en el automóvil porque zanjaría un asunto. Respiró hondo y esperó. Aina no salía.

—¿Y si entramos?

—Espere un poco. Seguro que sale de un momento a otro.—propuso Diego.

El profesor apoyó su codo en la ventana abierta del jeep. De pronto sus ojos se le salieron de las órbitas. Vio a centenares de lobos blancos aullando... que corrían hacia ellos. El doctor tocó un brazo de Diego y le señaló las bestias.

—Se dirigen hacia nosotros. Deberíamos entrar y cerrar.

Los corazones de los presentes se aceleraron con gran velocidad. Diego abrió su puerta y salió rápidamente. Los otros dos le imitaron corrieron hacia la casa y entraron. Cerraron la puerta con llave y apoyaron sus espaldas a ella mientras suspiraban de alivio y se secaban el sudor de la frente. Pero entonces una imagen les heló el corazón e hizo que se preocuparan aún más.

*

Aina notó que el sudor se le amontonaba en la frente y resbalaba por su rostro. Las manos de Leira apretaban cada vez más el cuello de Aina e iba quedándose sin respiración.

—No puedes hacer nada para evitar este desastre, Aina. Tienes que asumirlo.

Su voz era aguda pero severa y en sus ojos azules oscuros brillaba y destacaba un destello de venganza y furia. La señora Morgan cerró los ojos. Ya no le quedaba aire en los pulmones.

*

Diego notó que la ira le hervía por dentro. Corrió hacia Leira y la cogió de la cintura con fuerza. Ya había aguantado suficiente. Miró a Aina y se asustó. Estaba casi inconsciente.

—¡Doctor, Carlos! Ayúdenme. Sáquenle las manos de Leira del cuello de mi esposa.

Los dos hombres cruzaron una mirada. ¿Cómo y cuándo había despertado Leira? ¿No debería estar muerta? No lo entendían. Lo único que podían saber por el momento era que Aina estaba en peligro y debían ayudarla. Carlos frunció el ceño y aventuró:

—Ganemos.

Corrió hacia Leira y con la mayor fuerza posible cogió las manos de la niña tratando de quitarlas del cuello de Aina. Respiró hondo y se dio cuenta de que estaba sudando. ¡Esa niña tenía la fuerza de dos o tres hombres! Diego apretó los dientes. Nadie dañaba a su esposa. Y menos esa niña loca.

—¡Doctor, ayúdenos o Aina morirá!

El profesor Gómez miró atolondrado la escena. Diego cogiendo de la cintura a la niña mientras que ésta, todavía sentada en la mesa, apretujando el cuello de Aina con rabia y fuerza y Carlos tratando de sacar las manos del cuello de la mujer. ¿Qué podía hacer? ¿Tirar a la niña al suelo? No, Aina podría acabar de asfixiarse. Pegar a la cabeza de Leira? No, de todos modos no tendría cerebro en buen estado. ¿Ahorcarla? Ella no se ahogaría, pues no tenía pulmones llenos de oxígeno. El doctor se encogió de hombros. Daba igual. Por probarlo...

Cogió una cuerda fuerte y resistente de su cinturón, que además olía a culo de caballo, y se dirigió a pasos largos a la escena. Desplegó la cuerda y la colocó alrededor del cuello de la niña. Ésta estaba tan ocupada de derribar a Carlos, quitarse de encima a Diego, y matar a Aina que ni se dio cuenta de que tenía un nuevo agresor. El profesor tiró la cuerda hacia él y Leira cayó al suelo.

—¡Cogedla, ahora!

Diego la cogió con más fuerza del vientre y la levantó. Carlos quitó las manos del cuello de Aina, que ahora ya no hacían fuerza y el profesor rodeó a Leira con la cuerda por todo el cuello. Luego la ató a la mesa y ésta la levantaron verticalmente.

—¡No sirves de nada, foca insolente! Mi señor se enfadará conmigo y me enviará directa al infierno si no cumplo con mi deber.

Aina cayó al suelo, consciente pero dormida. Diego la abofeteó con cuidado y en pocos minutos su esposa abrió los ojos. Había faltado poco para que la bestia ésa acabara con ella.

—¿Estás bien?

La mujer asintió con la cabeza. La ayudó a levantarse y miraron fijamente a Leira, cómo luchaba por desatarse y pataleaba tratando de pegar al profesor, aunque sin mucho éxito.

—¡Mi tiempo se acabará de un momento a otro! Acabaré contigo, Aina. Sé dónde estás y dónde puedes ir. Mi señor te quiere y eso es lo que tendrá si quiero conseguir mi deseo.

—Él no te concederá ningún deseo. Sólo te llevará a la muerte. Igual que papá...

Leira calló y miró a Aina sorprendida. La mujer miró a Diego. Éste se ruborizó. Sabía que su mujer había descubierto la verdad sobre su padre. La niña se enfadó de nuevo.

—Papá sólo era un fraude y se lo tenía merecido. Pero yo no. Y me concederá mi deseo.

Aina se agachó junto a su hermana. El profesor cogió un martillo por si acaso.

—¿Es que no te das cuenta, hermana? El collar sólo tiene hambre. Hambre de energía. ¿Y de dónde se supone que saca la energía? Pues de sus esclavos. Cuando ya no los necesita los devora y ya no vuelven a la vida.

A Leira pareció entrarle un ataque de rabia y pataleó con más fuerza, esta vez golpeando al profesor en la pierna y haciéndole caer. Aina se levantó y, asustada, ayudó al profesor. Éste musitó:

—Vete, Aina. Sólo te quiere a ti. Márchate. Nosotros te cubriremos.

Aina negó con la cabeza. No iba a abandonar a sus amigos y dejarlos al alcance de esa bestia y menos a su marido. Diego no se inmutó.

—¡Vete! Pronto podrá desatarse y entonces estarás perdida. Busca el collar, tú que sabes dónde está y destrúyelo. Haz que Leira pare.

Entonces, Leira desató un brazo y dio una bofetada a Diego. Aina gritó desesperadamente. Se dirigió hacia la puerta pero dudó en si irse o no. No iba a dejar a sus amigos. Pero cuanto antes encontrara el collar antes

acabaría toda esa pesadilla. Así que, derramando cuatro lágrimas, Aina se dirigió afuera de la casa dispuesta a arriesgar toda su vida con tal de salvar las de sus amigos.

27.

Emboscada en el hielo

Aina se dispone a aventurarse a la oscuridad de la noche en Groenlandia para encontrar el rubí y destruirlo. Pero en el hielo le aguarda una sorpresa inesperada.

Todo estaba completamente helado. Nada había cambiado. En la superficie helada era muy posible resbalar hasta helarse entero si no se estaba bien equipado. Aina corrió hacia los jeeps y entró en uno. Se quitó los nervios de encima y lo único que consiguió fue ponerse a temblar de miedo y pena por lo que estaba ocurriendo dentro de la casa. Encendió el auto y suspiró. Pensó en su marido, ¿le iría bien la hazaña? ¿qué habría hecho más Leira, si es que le hubiese atacado de nuevo? ¿Le habría pegado con el martillo? Sólo de pensar en eso, los temblores se le hacían cada vez mayores. Trató de controlar sus nervios y sus ansias de salir del coche y darle una paliza a Leira. Pero no podía. Leira estaba poseída por el collar. Y el collar la quería a ella, Aina. Y sólo ella podía acabar con él. Y debía hacerlo. Por su marido y sus amigos. Debía encontrar el rubí y destruirlo de una vez por todas. Apoyó la cabeza en el volante y empezó a llorar. ¿Por qué habría hecho caso a Leira al principio? ¿Por qué se había llevado el diario y había seguido sus indicaciones y fantasías? ¿Por qué quería seguir el camino de su padre? ¿Por qué quería el collar? No lo sabía. Lo único que su cuerpo le pedía era salir de allí cuanto antes para coger el cochino collar y romperlo. Y listos. Podría volver a la casa y parar a Leira. ¿Pero por qué no ahora? ¿Por qué no le dejaban? Si la paraba ahora, después podría acabar con el collar y... No, no era una buena idea. Su marido tenía razón. Si acababa ahora con el

colgante, después Leira volvería a estar muerta y... ¡fin de la historia! Aina suspiró y puso la marcha. Dispuesta a arriesgar su vida por su marido, se aventuró a la hazaña que su padre no quiso ganar, pues quiso pensar en sí mismo, primer de todo.

El coche corría a toda velocidad. Mientras, Aina se concentraba pero los temblores y los nervios la agobiaban. ¿Dónde estaría el collar? ¿En qué lugar mejor podría estar? “¿Si yo fuera un collar, dónde estaría?” En seguida se dio cuenta de la estúpida pregunta que se había hecho. Un collar podría estar en cualquier parte. ¡Claro! En cualquier parte... de Groenlandia. Aina paró el coche y bajó. Admiró con decepción las montañas del país helado mientras el alma le caía a los pies. No lo encontraría nunca. ¡Nunca! Entonces pensó. Si el collar no podía venir hacia ella, ella haría que el collar viniera hacia ella. ¿Cómo lo haría? ¿Cómo su padre logró encontrar el rubí? No lo había leído aún. ¿Y Leira? Según lo que ella sabía, su hermana nunca tocó el collar. Cerró los ojos y pensó. Los collares servían para decorar, para hacer bonito, para llevarse puestos. Cuando una mujer compraba un collar... ¡era porque se había sentido atraída por él y le gustaba! Si deseaba por un momento el collar... seguro que caería en la trampa. Entonces se echó a reír como si hubiera contado un chiste. ¡Una mujer contra un collar! Sonaba estúpido. Se concentró. “Quiero el rubí... El rubí tiene que ser mío... Es tan bonito...” Pero el collar no venía. ¿Por qué? Por más que lo intentaba, no lo conseguía. Entonces se dio cuenta de por qué no venía el collar. Le daba asco. Aunque fuera muy bonito... no lo quería. No lo deseaba. Lo decía, pero no lo sentía en su interior. Hasta le daba miedo que apareciese de un momento a otro delante de sí. Se concentró. Si no lo conseguía a las “buenas” lo conseguiría a las malas.

—¡Eh, tú, rubí! Sé que estás por aquí. Te quiero para mí. Tengo apuntado un museo en el que puedes estar para que todos te admiren y quedes atrapado para siempre. Aparece ante mí y hablemos.

El collar no aparecía por más que lo intentaba. Y sentía en su interior que lo necesitaba. Para salvar a sus amigos. A Diego. Se tocó el vientre. Para salvar a su hijo tan deseado. Pero no lo conseguía.

—Por favor...

Las lágrimas le inundaron los ojos y se echó a llorar y no se dio cuenta de que, para su sorpresa, ante ella, había un collar precioso. Un collar brillante. Un collar rojizo. Un collar... con un rubí incrustado. El rubí maldito. El rubí encantado. Aina se secó las lágrimas y se sobresaltó al ver el colgante delante de ella. Se acercó lentamente y se sentó al suelo. Acarició la gema con un dedo mientras su corazón palpitaba con fuerza. Estaba caliente. Sonrió. Cogió el tesoro con cuidado y se levantó. Entró en el coche y lo arrancó. Debía ir a la casa enseguida. Quería que todos vieran cómo destruía el collar. Aumentó la marcha del jeep y se deslizó por el hielo con gran rapidez mientras un viento helado que entraba por la ventanilla le agitaba el pelo. Entonces oyó unos aullidos tras ella y giró la cabeza. Una manada de lobos la seguían a uno o dos kilómetros detrás del jeep. Iban a por ella. Sabían que tenía el rubí. Sabían que iba a destruirlo. Y por eso iban a cuidar de su señor hasta el final. Pero los lobos... ¿quiénes eran en realidad? ¿Eran muchas Leiras? ¿O más esclavos licántropos? Eso sí que tenía sentido. Aumentó la marcha todo lo que pudo hasta que se dio cuenta de que a unos metros delante de ella, sobre el hielo, estaba Leira, con una sonrisa sarcástica en los labios. Y en sus brazos aguantaba a Diego. Inconsciente.

*

Aina apretó el freno con toda la fuerza de sus pies y por poco atropellaba al ser que más quería en el mundo. Entonces, Leira y Diego se deshicieron en polvo y desaparecieron. Con la frenada tan rápida y fuerte, el coche resbaló y chocó contra un trozo de hielo, que hizo que se tambaleara unos segundos... y se girara. Aina gritó y trató de hacer algo. Cogió el collar con fuerza y lo oprimió contra su pecho, rezando que no le pasara nada. Pero fue imposible. Todo se volvió oscuro unos instantes y la mujer notó un agudo dolor en el pie. Abrió los ojos y vio que uno de sus pies había quedado atascado bajo un freno, el cual se había roto y desgarraba la piel del pie de Aina, mientras que ésta había perdido la conciencia por unos segundos y no sabía que los lobos la alcanzaban por momentos. Y no venían a saludarla. Sino a acabar con ella.

28. Silueta nocturna

Aina se despierta y le es muy difícil regresar a casa, aparte de por qué el coche se ha roto. También por los lobos... y Leira.

Gimió por lo bajo. Abrió los ojos y ojeó el lugar. Desde luego no era su cama. Ni tampoco su casa de Sudamérica. Estaba en un coche accidentado. Se sobresaltó. También estaba boca abajo. Notaba cada dos por tres un dolor desgarrador en un pie. Pero no conseguía mirar qué pasaba. Oyó un ruido a su lado. Giró la cabeza con dificultad y vio un lobo que aullaba y sus dientes castañeaban sin parar.

—Sal del coche y oblígales a retroceder. No pueden hacerte daño porque el rubí te quiere con vida.—declaró una voz en su interior. La voz dulce y sincera de la verdadera Leira.

Aina sacó los pies del hueco pero se dio cuenta de que tenía uno atrapado y no podía sacarlo. Hizo fuerza. El pie salió. Pero con la piel desgarrada y sangre que manaba de muchas heridas. Abrió la puerta y cayó de bruces al suelo. Se levantó dificultosamente haciendo fuerza con el otro pie y miró a su alrededor. Los lobos ya no estaban. Aina se miró las manos. Aún sostenía el collar en ellas. Empezó a caminar mientras sentía el dolor punzante en su pie y manchaba la blanca superficie de sangre. De pronto volvió a oír los aullidos tras de sí. Esta vez no podía fallar. Se giró y alzó el collar para que los lobos lo vieran. Se acercaron corriendo como el viento.

—si no me dejáis en paz, os juro que romperé en mil pedazos a vuestro señor. ¡Y voy en serio!

Los lobos, como si hubieran entendido cada palabra, retrocedieron hasta alejarse unos cuantos metros de Aina. Ésta sonrió triunfante, se giró y empezó a caminar. Pero entonces el rubí empezó a brillar. Y los lobos a

correr para acabar con Aina, al fin. Ésta se giró y, al verlo, trató de romper el tesoro pero estaba pegado a su mano. No tenía otra alternativa que echar a correr. Y así lo hizo. Corría todo lo rápido que sus ágiles piernas le permitían a pesar del dolor en el pie. Entonces, una niebla se cerró en torno a ellos. Aina suspiró. Estaba perdida. No sabía por dónde iba. Se giró y vio que, para su asombro, los lobos gemían y retrocedían como asustados. La mujer rió pero no se dio cuenta que tras ella se alzaba una enorme, alta y poderosa sombra que maldecía por lo bajo la osadía de Aina.

*

El profesor se frotó la frente. Se había dado un golpe cuando... Miró la mesa. Las cuerdas estaban sueltas y esparcidas por el suelo. Y allí también se encontraban Carlos y Diego. El primero se despertó y se frotó la cabeza como si hubiera tenido el mismo accidente que el profesor, mientras que el segundo seguía tieso en el suelo. El doctor se levantó mientras maldecía la fuerza de la niña y fue hasta Diego. Parecía dormido. Pero no lo estaba. Una horrorosa posibilidad paseó por la mente de Gómez. Y si no estaba dormido y estaba... Se tapó la boca con las manos mientras respiraba agitadamente. No, no podía ser posible. No podía estar muerto. Se agachó junto a él y le abofeteó la cara. No daba señales de vida. Entonces empezó a delirar:

—Aina... El collar... Leira va a por ti... Socorro...

El profesor arqueó una ceja mientras proponía:

—No me cuente esa maldita historia, diablos. Creo que ya estamos dentro de ella y debemos abandonar esta pesadilla. Demonios, ¡Aina estará en peligro!

Para su asombro, Diego abrió los ojos como si hubiera oído las palabras del profesor y se enderezó tocándose la cabeza.

—¿D-dónde está Aina?

—Seguro que en la boca del lobo. Junto a Leira. Y ya sabes que ella quiere despedazarla.—bromeó el doctor Gómez.

Diego lo fulminó con la mirada y se dirigió a Carlos.

—Debemos hacer algo por Aina. ¡Ya!

Mientras decía eso en su tono había algo de niño mimado y tacaño, pero a la vez cordial y dulce. El profesor sonrió y se levantó. Los tres fueron hasta

la puerta y la abrieron, con la esperanza dentro de sí de que Aina aún estaba viva y podían hacer algo por ella, para destruir al dichoso collar de los demonios. Pero en la puerta esperaban, ansiosos por el delicioso aroma de la batalla y de los muertos, más de diez lobos, dispuestos a cubrir la espalda de Leira, que seguro que había empezado a matar.

29. Ayuda indígena

Cuando Aina y Leira inician una disputa acompañada de una lucha y acude una pequeña ayuda conocida.

La niebla se disipó junto al frío que rodeaba a los dos personajes. Aina se dio la vuelta y no se extrañó al ver a Leira tras de sí. Sus ojos seguían siendo seductores y muy hermosos, pero con el ceño fruncido ya no eran tan bonitos y brillantes. Unos cuantos mechones negros y mal peinados le caían sobre la cara, e impedían que se viese todo entero. Sus labios eran de color rojo, como si hubiera estado bebiendo sangre. Y su nariz pequeña. Toda ella era muy bella y hermosa, aunque estando poseída no se podía decir que lo que llevaba dentro era bonito.

—Estás perdida, Aina. Ha llegado tu hora.

La mujer frunció el ceño. Se acercó a Leira y musitó:

—Yo sé que no eres como él. No tienes tanta rabia. No tienes ganas de matar. Lo presiento, hermana. Tú no mereces estar a su lado. Ven con nosotros y deja el pasado a un lado.

Leira abrió los ojos al oír eso. Se apartó el pelo de la cara y Aina pudo ver que ya no fruncía el ceño. Ya no era la Leira poseída. Ahora era otra. Pero entonces Aina vio el rubí. Estaba brillando con fuerza como si hubiera algún fósforo encerrada en la gema. Miró a Leira. Sus ojos se tiñeron de rojo, frunció el ceño y apretó los dientes. Aina tragó saliva. Estaba perdida.

*

Leira escuchó con cariño las dulces palabras de su hermana menor. Si ella no hubiese muerto ahora le pasaría en edad y estatura. Cómo quería irse a vivir con ella y enseñarle las tareas y las alegrías de que ella disfrutaba. Su hermanita tenía razón. Ella no era como ellos. No quería ser como ese

señor estúpido. Pero debía obedecerle. Porque le había prometido darle una cosa que Leira deseaba con todo el corazón. Dejó de fruncir el ceño y se apartó los pelos de la cara. Miró a su hermanita. Le sonreía débilmente. Esa herida tan fea no se curaría así como así. Debería ayudarla. Pero ella no parecía pendiente de su dolor. Sino de ella. La quería y se lo demostraba. Pero entonces el rubí empezó a brillar con fuerza. Escuchó el mensaje que le daba:

—¡Vamos, Leira! No dejes que te engatuse con las estúpidas palabras que sabe decir. Tú ya eres una de los míos. Y eres muy buena. Sólo debes hacer este trabajito y tendrás lo que siempre has querido. A tu madre.

*

Aina respiró hondo y retrocedió unos cuantos pasos pero se dio cuenta de que a su espalda había un bloque de hielo que le impedía retroceder más. Miró a su hermana. Seguía avanzando. ¿Cómo era posible que apareciese hielo de la nada. Primero la colina de hielo y nieve. Después desapareció. Y eso no era posible en sólo un día. ¿Y si...? Una posibilidad monstruosa apareció en su cabeza. ¿Y si toda Groenlandia estaba creada por Él? ¿O si Él la controlaba? Entonces podría derretirla bajo sus pies y caer al mar. O peor. Miró a Leira. De debajo de su camión había sacado una pequeña navaja muy afilada y cubierta de un líquido verde. ¿Qué sería eso? Aina tragó saliva. No sabía qué hacer. ¿Podía escapar por otro sitio? ¿Podía distraer a Leira e irse? ¿Podía devolverle el collar? ¿Podía romperlo allí mismo? Prefirió la última opción. Levantó la mano y la impulsó hacia el suelo, abriendo la palma y soltar el collar. Pero algo no fue bien. El collar... estaba pegado a su piel. Tiró de la cadena con fuerza pero no podía hacer nada. Se arrancarían la piel de cuajo.

—Leira. Leira, por favor. Por favor. ¡Por favor! Para.

La niña seguía avanzando a paso firme y seguro con el arma en la mano. Ya no tenía escapatoria. Entonces oyó un grito proveniente de más lejos, de entre la niebla. Un grito de guerra. Aina se giró y se alegró al ver que el bloque había desaparecido. Y vio quién se acercaba corriendo. Era un indígena del poblado. Un amigo. El jefe. Se acercaba con un cuchillo en una mano y una bolsita en la otra. Llegó hacia donde estaban las chicas. Abrió la bolsita y extrajo de ella unos polvos azulados. Se los lanzó a la cara de Leira y ésta al rozarlos cerró los ojos, se los frotó quejándose de

que le picaba y empezó a estornudar y a tener mucho frío. Soltó la navaja y se le cayó al suelo.

—Polvos del frío.—informó el jefe riéndose.

Se tiró encima de Leira, pero ésta abrió los ojos y empezaron a forcejear. El jefe ya tenía la daga casi en el cuello de Leira cuando ésta le escupió a la cara. El hombre se apartó gimiendo y frotándose la cara con asquerosidad. Abrió los ojos y vio que Leira se acercaba a él rápidamente con la navaja de nuevo en la mano y con una mirada asesina en los ojos. El jefe esquivó un ataque inesperado de la niña cuando ésta iba a clavarle la daga. El hombre respiró hondo y cogió el mango de la daga con las dos manos, dispuesto a acabar con aquello de una vez. Cogió fuerzas y se tiró encima de la niña. Le puso el cuchillo en el cuello y lo rajó. Pero no pasó nada. Dio un grito de guerra y le cortó el cuello. No salió sangre y la piel volvió a unirse de nuevo. Los labios de la niña formaron una sonrisa sarcástica y clavó su navaja en el corazón del jefe. Éste abrió la boca pero no consiguió producir ningún sonido. Leira desapareció en forma de polvo, esfumándose por completo. Aina se tapó la boca con las manos y corrió a socorrer al hombre, que empezaba a respirar con dificultad y gemía. Le puso una mano en la nuca y le levantó la cabeza.

—Señor, no se muera. No debe hacerlo. Voy a pedir ayuda y ya verá como se recuperará pronto. Muy pronto.

Aina no pudo evitar llorar ante ese espectáculo teñido de rojo. Le quitó la navaja del pecho y trató de taparle la herida con un pañuelo pero la sangre manaba abundantemente y no había forma de curarle.

—Señor... No se vaya. Usted me entiende perfectamente.

El jefe le secó las lágrimas con un dedo. Entornó los ojos y empezó a respirar débil y emfermizamente.

—Yo ya he vivido muchos años, aunque no lo creas, Aina. ¿Sabes por qué? La mujer volvió a llorar y negó con la cabeza.

—Por que me he mantenido alerta todos estos años y me he cuidado. Pero soy un guerrero y debo luchar por los demás. Ahora quedaré como un héroe. Yo sé cómo es el collar. Aunque lo cojas y le hagas lo que quieras pero no lo desees nada te pasará. Eso te lo garantizo. Y cuídate.— le rozó el vientre y masculló, con sus últimas fuerzas.—Algo me dice que dentro de unos meses notarás que tienes vida interior. No dejes que te

engatuse ese demonio. Debes romper el collar, no lo olvides. Y no dejes que nadie lo coja, o será más fuerte. Y ahora me siento un afortunado porque veo ante mis ojos a la salvadora de Groenlandia. Lo presiento. Dicho esto, el jefe cerró los ojos definitivamente y su respiración se paró. Aina apretó los dientes y dejó de llorar. Miró el rubí.

—Pronto me las pagarás, asquerosa joya.

30. Otro nuevo esclavo

Cuando Aina regresa a la casa y ayuda a sus amigos a acabar con los lobos pero hay alguien que se queda sin vida y se pone al servicio del rubí haciéndole más fuerte.

Aina respiró hondo. Ya no podía hacer nada por el jefe. Estaba muerto. No podía ir a avisar a su hija ni a su poblado. Ser un guerrero no significaba morir por los demás. La pena, la ira y la furia la invadieron de pronto.

—Acabaré con todo esto. Y cuando acabe salvaré este país del mal. Merece ir al infierno, el lugar del que nunca debió salir.

Tosió y se levantó. Miró el coche con pena. Ya no tenía transporte para volver. Debía tranquilizarse, se dijo, sabía bien el camino de vuelta a la casa. En unos veinte minutos estaría allí. Empezó a caminar pero no se dio cuenta de que, a unos metros, empezaban a oírse los primeros aullidos. Y resonaban por el territorio humano.

*

Diego ahogó un grito al ver que un lobo estaba rajando la puerta con tanta fuerza que ya se veían las pezuñas dentro de la casa. Pronto entrarían y ya no estarían a salvo. Debían hacer algo rápido. Pero, ¿y Aina? ¿Se encontraba a salvo? Cada vez se preocupaba más. Si le ocurría algo malo o si moría, él mismo se quitaría la vida junto a su esposa. Entonces una luz se encendió en su mente. ¡Los lobos estaban al servicio de ese collar asqueroso! Si fueran bestias normales irían de un lado para otro por el país sin interesarse por la gente. Y como eran lobos malignos, más sufrirían cuando entrasen. Sólo tenían dos opciones: o dejar que los lobos sigieran tratando de entrar mientras ellos se escondían en el sótano, o les plantaban cara y les disparaban... Las dos tenían buena pinta, pero la

segunda era arriesgada. ¿y si algún hombre salía herido? Pero era la única forma de parar con aquello. Diego cogió una pistola de su cinturón e hizo un gesto a los demás para que le imitaran. El señor García se acercó a la puerta y preparó su arma, pero ésta se abrió de golpe y un impulso y aire gélido hizo que los tres cayeran al suelo. Al exterior ya no había rastro de los lobos, sólo niebla blanca que se había echado sobre la casa y no permitía que se viera nada. No se oían aullidos, ni gruñidos. Sólo una cantinela dulce y melodiosa cantada con la voz de una niña pequeña. A Diego se le heló la sangre. ¿y si era Leira y traía consigo el...? No podía ni quería pensar lo que venía a continuación. Sería demasiado doloroso. Empezó a andar como un cangrejo hacia atrás con una mueca de miedo en los labios. El cántico se hacía cada vez más cercano y fuerte. La voz era dulce y era capaz de hipnotizar a cualquiera pero daba miedo. De pronto, de la niebla se distinguió la silueta de una niña con camisón que se acercaba a pasos lentos hacia ellos. Después se supo que era ella, con una mueca sarcástica en los labios y terminó la canción:

—Lanzando los cadáveres al mar...

Diego se levantó y apuntó su arma contra ella. La niña sonrió pero no dijo nada. De pronto, otra figura apareció tras la niebla y se lanzó encima de Leira. Diego se sobresaltó al ver que era su mujer, sana y salva. Leira gruñó y se levantó, tirándola a ella al suelo.

—Ya he acabado con tu amigo indígena. ¿Quieres que acabe contigo también?

Aina levantó una mano y le mostró el collar. Éste empezó a brillar con fuerza. Leira abrió mucho los ojos, asustada, y retrocedió unos pasos. La gema se tornó negra mientras que ante la niña apareció una niebla negra que fue juntándose, formando la figura humana de un hombre. Aina se asustó. Era el mismo que estuvo a punto de hacer algo horrible con Leira. ¿Él era el adivino que se quedó encerrado en el collar? ¿Y cómo podía salir?

El hombre paseó una mirada por toda la habitación y luego fijó la vista en Leira.

—Se te ha acabado el tiempo, pequeña. Debes venir conmigo. Ya no puedes seguir y despídete de tu gran sueño.

Leira abrió mucho la boca pero no sabía qué decir. Se arrodilló y juntó las dos palmas de las manos, cerca de la barbilla.

—¡Por favor, no me hagas esto! Ya casi había ganado.

—Te pedí que me trajeras a Aina sana y salva. Pero me la has herido y además has matado a su amiguito en vez de a ella. Eres una inútil. Ya no me sirves.

Leira bajó la cabeza y empezó a llorar. Cuando levantó la mirada Aina vio que sus ojos ya estaban enrojecidos y húmedos.

—Por favor...

El hombre frunció el ceño y luego apartó la mirada de ella. Leira lloró aún más fuerte, pues sabía exactamente lo que significaba aquello. Aina miró a los dos personajes. Leira se había portado muy mal con ella, sí, pero era su hermana y las mayores siempre hacían cosas raras con las menores. No era de extrañar. Pero Leira había matado al jefe simpático. Eso no se lo iba a perdonar. Debía hacer algo.

—Escuche, señor. Puede que Leira le haya defraudado. A mí también me ha decepcionado mucho su comportamiento, pero tiene derecho a vivir como todos las personas del mundo. No puede matarla. Si lo hace... me quito la vida y ya no me tendrá.—bromeó con temblores en la voz, pero muy seriamente.

El hombre gruñó y desapareció. Aina respiró hondo y miró a Leira. Ésta la miró sorprendida y desapareció, también. La mujer soltó el collar y no pudo evitar caer de culo al suelo. Se tumbó y respiró agitadamente. Diego se acercó a ella y le cogió la mano delicadamente.

—¿Estás bien?

Para su sorpresa, Aina negó con la cabeza y se echó a llorar. Se tapó la cara con las manos y sollozó tranquilamente.

—No me puedo creer que el mundo sea así de cruel. No he podido romper el rubí y me he atrapado el pie en el coche, que se ha accidentado, y me he lastimado.

Diego la enderezó, sentada a su lado y ella le mostró el pie. En verdad era una herida grave, pero podía curarse. El hombre sonrió ligeramente y abrazó a su esposa largo rato. Pero no se dieron cuenta de que había un curioso que se había acercado demasiado al fuego... y se había abrasado.

*

Carlos sintió pena al ver la herida de Aina. Era horrible. Tenía todo el pie cubierto de sangre con parte de la piel rajada y el pantalón sucio y desgarrado por el dobladillo. Pero miró al suelo. A pocos metros de él estaba el rubí. El collar maligno. ¿Podría él romperlo? Se acercó lentamente y lo cogió. Nadie lo veía. Levantó la mano y soltó unos dedos menos el índice, que aún sujetaba la gema. Se fijó más en ella. Era muy bonita y veía su rostro reflejado en ella. Y eso debía valer una fortuna. Si se lo vendían a un rico igualmente sería como deshacerse de él. Era lo mejor. Cogió el colgante con las dos manos y sonrió. Pero no se dio ni cuenta de que tanto le gustaba, que estaba en peligro.

*

Aina se separó de su esposo y lo besó tiernamente en los labios. Lo quería con todo su corazón. Entonces desvió la mirada y fijó la vista en Carlos. Ahogó un grito al ver que el collar lo estaba engatusando. Se acercó rápidamente hacia él y le quitó el rubí de las manos, aunque ya era tarde. Demasiado tarde. Del rubí apareció el hombre adivino y clavó una mirada asesina a Carlos, mientras concluía:

—¡Ya eres mío!

Y, dando un grito, Carlos desapareció junto al adivino, que lo arrastró hasta su fatídico destino.

31. La búsqueda

Cuando los tres que quedan emprenden un viaje para ir a buscar a su amigo arrastrado a las puertas del infierno.

Aina se quedó boquiabierta, temblando de puro terror y se dejó caer al suelo. Ese hombre se había llevado a su amigo. ¿Dónde? Pues al lugar más horrible del mundo, de eso estaba segura. Debían rescatarlo antes de que ese monstruo acabara con él. Pero, ¿por qué el adivino se había dejado el rubí en su casa? Lo cogió y lo miró bien. En la gema ya no se reflejaba el rostro del hombre sonriendo maliciosamente ni brillaba como si luz alguna estuviera atrapada ahí dentro. Cerró los ojos y reprimió un sollozo. Echaba de menos a Carlos. Sabía que siempre el dinero y las riquezas lo habían impresionado, lo sabían desde hacía tiempo, pues era un amigo de la familia y se lo contaban todo. Soltó el rubí con brusquedad hacia la pared y se oyó el golpe. Aina apretó los dientes y frunció el ceño, mirando al suelo. Si ese hombre que creía que podía hacer daño a quien quisiera le hacía algo a su amigo las pagaría bien caras. La señora Morgan se levantó y se miró el pie. Aún sangraba abundantemente. Pero le daba igual. No notaba el dolor y prefería ir así a por su amigo que curarse la herida ésa, que tardaría bastante tiempo y tener menos posibilidades de encontrarlo sano y salvo. Según sabía, el hombre le haría chantaje, como a todos, y le obligaría a ponerse a su servicio y matar a gente. Si eso sucedía...

Aina no quería ni imaginárselo. Si Carlos mataba al profesor o a Diego... Las lágrimas inundaron sus ojos. Se las secó rápidamente y se levantó.

—Bien, ahora sólo quedamos tres. Pero seguimos siendo un equipo. Y si éste ha perdido a uno del grupo debe ir a rescatarlo. Y eso haremos

nosotros. Haced lo que necesitéis, juntad herramientas y armas y preparados porque vamos a por Carlos. Y cuando lo encontremos destruiremos el collar de una vez por todas y nos iremos de aquí. Volveremos a Sudamérica, nuestra casa, y nos calmaremos. Seguiremos nuestras vidas... si es que alguno consigue seguirla.—esto último lo murmuró para que no la oyeran. Fue a su cuarto y cogió el diario. Ya no lo necesitaba más. Y era el responsable de todo lo ocurrido. Fue hasta la chimenea y lo lanzó con rabia al fuego y éste tardó un buen rato a prenderlo, pero al final los contornos empezaron a quemarse, despacio y luego la cubierta. Al final se quemaría y ya nadie sería un sucesor de un loco en busca de un destino enmascarado que era horrible, pensó Aina. Cada uno cogió su cinturón de herramientas y añadieron unas pistolas que encontraron en unos cajones de la cocina. Se prepararon y, aparte de arroparse con ropa caliente, debajo de ésta se pusieron piezas de metal para que, si alguien los atacaba con balas o cosas pequeñas pero dolorosas, pudieran protegerse. Aina cogió el rubí y lo ató a una cuerda de su cinturón.

Salieron de la casa y fueron caminando mientras Aina cerraba los ojos y se concentraba en encontrar a Leira.

“Hermanita, hermanita. Necesito tu ayuda, por favor. Quiero encontrar al piloto, pues tu amo se lo ha llevado y ahora deseamos encontrarlo. ¿Sabes dónde está?”

Repitió varias veces esta cantinela, pero ninguna respuesta acudía a su mente. Abrió los ojos y se puso a pensar. ¿Dónde estaría Carlos? ¿En qué lugar, exactamente? ¿Si ella fuera el hombre, dónde lo habría llevado?

Se puso a pensar durante unos minutos. Estaba en Groenlandia, ¿pero dónde? Era enorme y tardarían mucho tiempo y semanas en recorrerla entera. Pero el rubí no les haría eso. Querían que buscasen por toda Groenlandia sin pensar en el lugar más obvio en el que estarían haciendo sus cosas. No podían haber dejado huellas porque habían desaparecido sin más. Entonces creyeron que estaban perdidos.

“Por favor, Leira. Di sólo algo. No sé qué te ocurre ahora. No sé si quieres hablarme o no, pero te necesito. Aunque no te haya conocido nunca, siento algo mu profundo por ti, algo que sólo se siente por una hermana. Si me ayudas podemos vengarnos de papá. La verdad es que mató a

nuestras madres. Nosotras dos podemos colaborar inteligentemente y así acabaremos ganando. Nos ayudarás a romper el rubí y al hombre que te tiene atrapada en tu propio cuerpo y serás libre al fin. Todo volverá a ser brillante y luminoso como lo recuerdas. Se acabó la oscuridad para siempre. Y el mal. Ahora, ayúdanos, hermanita. Te lo pido de corazón.”

Creía que pensaría que estaba loca. O que era una pesada dándole tipos de órdenes o repitiendo lo mismo muchas veces. Perdió la esperanza de recuperar a su amigo en cuanto la voz de su hermana acechó en su mente. “Creo que tienes toda la razón, hermana. Si aún estuviera atrapada os conduciría hasta el amo para que acabase con vosotros. Pero yo no estoy atrapada. La que está atrapada eres tú, Aina. No crees en ti misma. Tú ya sabes dónde está tu amigo. Lo que antes quieres inspeccionar toda Groenlandia y esperar a que el amo acabe con él. Yo ya no estoy atrapada. Me escapé de mi cuerpo hace años y me instalé en tu mente para ayudarte en el futuro. Y te he contado toda mi historia y otras cosas para que no pensaras en el collar. Si piensas en él puede ser tu último día de vida.”

Y al acabar la frase, calló y los tres exploradores pudieron dar por iniciada la búsqueda de su amigo.

*

Una sombra se coló en la casa. Recorrió a grandes pasos la cocina hasta llegar al salón. En la chimenea ardía un gran fuego que trataba de quemar un cuaderno con portada y contraportada morada. La figura agitó los brazos cantando mentalmente una cantinela y el fuego, de repente, se apagó. La sombra cogió el cuaderno y lo acarició. Con sólo el roce de sus delicadas y azules manos lo quemado volvió a su estado nuevo, como si no le hubiera pasado nada. Lo abrió y buscó la página en la que estaba el dibujo del collar. Parecía idéntico, pero estaba pintado con pinturas. Memorizó unas palabras y las dijo. El dibujo se transformó en una foto del rubí. Así era como si se tuviera de verdad. La agarró y se la llevó. Antes de salir de la casa, reprodujo una leve carcajada.

—Pronto me haré con Groenlandia. Y luego con el mundo. Ésa tal Aina no podrá pararme. Pronto lo verá con sus propios ojos. Ya tengo su punto débil.

32. El yeti

Donde se narra el descanso que hace la expedición mientras piensa el lugar en el que se encuentra su amigo, y Aina recibe la respuesta por parte de alguien muy especial.

El profesor volvió a estornudar y miró al cielo. Ya empezaba a nevar otra vez. Pero la tormenta se hacía cada vez más fuerte. Estaban a unos metros de la casa. Aina tuvo una idea.

—Ahora la casa ya no es un lugar seguro, porque ya saben dónde estamos. Acamparemos por algún sitio y nos taparemos para no coger mucho frío. Mientras descansemos pensaremos dónde puede estar Carlos y mañana ya tendremos la vía libre y será más fácil.

Los dos hombres cruzaron una mirada.

—¿No crees que sería mejor dormir en casa, como siempre, cielo?—Diego arqueó una ceja. Su mujer nunca tenía esas extravagantes ideas.

—He dicho que no.—Aina frunció el ceño. ¿Es que no habían entendido que si no estaban en peligro?—Ellos saben dónde vivimos. Y saben que iremos a por Carlos en lugar de quedarnos de brazos cruzados. Pero lo han hecho porque nos quieren a todos. Ellos han creado esta tormenta y saben que cualquiera se refugiaría en casa. Y por eso lo aprovechan para ir a secuestrarnos. Y si lo hacen puede que no salgamos vivos de esta expedición. ¿Lo entendéis ahora? Por mucho frío que paséis, no entréis en la casa. Por vuestro bien. Ahora colocaremos una tienda lo más separada de la casa posible. ¿Entendido?

Los dos afirmaron con la cabeza. Diego puso una mueca seria. No sería uno de sus mejores días, pero debían ayudar a Carlos. Él siempre había estado a su lado. En su boda era el que trajo el pastel, pues el de antes se había quemado, era el que los llevó al hotel en su luna de miel, era el que los había traído a Groenlandia y el que había ido a socorrerlos cuando

estuvieron a punto de morir congelados. Carlos era un gran amigo. Lo necesitaban. No podían abandonarlo a su suerte. Diego no pudo evitar derramar una lágrima. Una sola que demostraba el afecto que le tenía al piloto. Fue hasta la casa y sacó una tienda de campaña que habían traído por si encontraban un paraíso extraordinario y querían investigarlo quedándose allí para no volver a la casa y regresar al día siguiente.

Montaron la tienda junto a una roca de hielo, procurando que estuviera en contra del viento, con tal de que éste golpeará la roca y no la tienda. Diego entró en la tienda y empezó a colocar mantas simulando camas y sábanas, mientras que el profesor cogió a Aina y la llevó al otro lado de la roca y abrió una conversación:

—¿Cómo podías saber que nos buscan y que ese monstruo creó la tormenta?

—Muy fácil, profesor Gómez. El hombre que está atrapado en el collar era un adivino pero una bruja lo hechizó y lo encerró en el rubí, pero le dio los poderes de hacer lo que quisiera en Groenlandia, su cárcel. Y desde entonces hace la vida imposible a todos los que pasan por aquí para poder salir. Y puede controlar el clima. Mientras estemos aquí, en su territorio, puede hacer lo que quiera con nosotros. Y eso es justo lo que nosotros debemos evitar.

El profesor frunció el ceño. No estaba muy seguro de lo que decía. Entró en la tienda y los dos empezaron a hablar. Aina esperó a fuera unos instantes. Miró cómo el viento azotaba las montañas y la nieve caía por todo el terreno que se extendía más allá. Se imaginó que veía una puerta a unos metros de ella. Una puerta abierta y por ella se veían los rostros felices de ella y sus padres. Estaban vivos y la abrazaban y la mimaban. Aún conservaba sus veinticinco años.

“Si cruzas esta puerta verás que nada de tu vida ha pasado. Vivirás feliz para siempre.”, dijo una voz en su cabeza.

Aina seguía mirando el horizonte. Unas lágrimas rodaron por sus mejillas y aterrizaron en el frío y helado suelo.

—Si ese collar no hubiera existido, nada de todo esto habría pasado. Y ahora viviríamos en paz y armonía. Pero ahora es nuestro deber destruir el mal que hace años acechó en nuestro mundo... y lo conseguiremos.

*

Ya era luna llena. La nieve seguía cayendo cada vez con más violencia. Apenas se distinguía la luna en el manto oscuro que ahora rodeaba todo el paraíso helado. Aina estaba tapada con su manta caliente. Jugaba con los dedos tratando de dormirse mientras miraba el techo de la tienda, pero le era imposible. Trataba de imaginar su vida en un mundo mejor, olvidar todas sus penas, y crear una perspectiva mejor hacia su padre y Leira. Cerró los ojos y lloró. No podía creer que se hubieran llevado a su amigo al infierno. No podía dormir. Se levantó y salió a fuera con la ropa puesta. Aún nevaba. Pero la luna parecía una enorme linterna que enfocaba el suelo y éste parecía de cristal azul claro. Los copos de nieve hacían un manto blanco y una espesa niebla que no se veía nada más allá de ella. Entonces distinguió una silueta lejos de ella. Se iba acercando. Su corazón se aceleró. Parecía una persona enorme con mucho pelo blanco. La figura se acercó a ella. Su rostro era violeta. Sus ojos eran azul marino y muy grandes. Pudo distinguir una pequeña nariz de mono. Y en su boca de hombre se veían dientes amarillentos. La cabeza estaba cubierta por un espeso y caliente pelo blanco y le recorría el cuerpo entero. Andaba como un mono, medía más de dos metros. Aina lo reconoció como el mítico y buscado hombre mono de las nieves. El yeti. Y sobre su cuello había una silueta conocida, familiar. Ésta se bajó del animal y sonrió a Aina. Ésta tardó unos minutos en reconocerla, y cuando lo hizo corrió a sus brazos. La figura la abrazó y le acarició el pelo de la nuca como a un niño pequeño.

—Mamá.—sollozó de alegría Aina.—¡Qué alegría!

—Lo sé, cielo.

Quedaron abrazadas unos instantes más. Luego, la mujer cogió suavemente a su hija de los hombros y la apartó. La miró a los ojos con seriedad y severidad.

—Querida niña, ya sabes que lo que acecha por aquí es un terrible mal que es muy difícil de destruir. Ya sé que han cogido a Carlos y yo sé dónde está.

Todas las esperanzas volvieron a Aina. Abrió mucho los ojos y sonrió radiantemente.

—¿Lo sabes? ¿Dónde está?

—Con vosotros. En el lugar más inesperado lo encontraréis. Y sé lo que debes hacer para destruir el rubí. Lo mejor es romper la gema y tirarlo

todo al mar. Sería una suerte que se congelase. Así se desharía por completo. Y... lo que pasó con tu padre...

—Mamá, lo sé todo. Se fue a Groenlandia y tuvo hijas aquí con otra mujer que también mató. Y luego hizo lo mismo contigo. Si lo encuentro, me desharé de él.

—No, hija. Él ya está conmigo. Ya está libre de todo mal. Lo he traído yo. ¿Ves?

Una estela de luz apareció al lado de la mujer y ésta fue formando una figura masculina hasta crear los contornos familiares de su padre. Éste mostraba una gran sonrisa en la cara. Pasó el brazo por los hombros de su mujer y se abrazaron. Aina arqueó una ceja y pensó que algo no iba bien del todo.

—Esperad, ¿no tendría que pasar algo con vosotros? Mamá, ¿por qué no estás enfadado con él por lo que te hizo?

Su madre puso una sonrisa sarcástica que a Aina no le gustó nada de nada.

—Él se vino aquí y tuvo hijas. La mujer era mi hermana. Siempre había habido un par de celos entre nosotras. Así que le pedí que la matara. Cuando él me mató, yo ya estaba feliz y sabía que iría a un mundo mejor. Y aquí estoy. Éste es mi mundo. Ya debemos despreocuparnos de todo. Nuestro señor nos salvó la vida. ¿No es cierto, cielo?

El hombre sonrió y afirmó con la cabeza. Aina retrocedió un paso con una mueca de no entender en el rostro. Justo cuando creía que podía entrar en la tienda y dormirse tratando de olvidar todo aquello algo se puso detrás de ella. Se giró y vio a dos niñas de trece y diez años. Aina se llevó las manos a la boca con desesperación. ¡Eran Jerla y Jaylin! Pero, ¿dónde estaba Leira?

—Ven con nosotras a jugar, Aina. Únete a nuestro grupo. Serás una más. Sólo debes darnos la mano y todas tus penas desaparecerán.

“Huye, te están tendiendo una trampa. Sólo quieren entregarte al amo para matarte.”, gritó Leira en su interior.

—¡No! No voy a venir. Sólo sois imaginaciones más. No podéis ser reales. No podéis llevarme con vosotros. No podéis.

Los ojos de la mujer se tornaron rojos como la sangre y lloró agua negra como el carbón.

—¿Crees que nosotros tenemos lo que queremos, niña? No somos imaginaciones tuyas, querida. Somos tu familia y como tal debes venir con nosotros. Y liberar a Leira porque le estás arruinando la vida. Sólo faltas tú, mi querido angelito. Ven, dame la mano y verás.

Aina se agachó y fingió una sonrisa. Cogió una piedra de hielo que estaba al alcance de sus manos y la tiró hacia su madre.

—¡Marchaos! No voy a venir.

Para su sorpresa, la piedra atravesó el cuerpo de su madre. Ésta golpeó el lomo del yeti y rugió. Aina se asustó. Se levantó bruscamente y corrió hacia Aina con los ojos fruncidos llenos de rabia. La familia se volvió hacia él y gritó. La madre de Aina se volvió hacia ésta y la tiró al suelo con violencia.

—¡Niña insolente! ¿Cómo has osado? No puedes herir al yeti. Es un animal sagrado. Ahora verás.

Cogió la mano de Aina. Ésta se sorprendió al ver que estaba completamente helada y era inmaterial pero ella podía cogerla. La mujer compuso una sonrisa malévolamente y en su mano apareció un cuchillo. Acercó el filo a la muñeca de Aina. Ésta notó que tres ojos le sonreían sarcásticamente mientras le cogían el cuerpo con fuerza para que no se escapara. El metal rajó la piel de la mujer y un hilo de sangre corrió por la mano de Aina hasta caer al suelo. Los cuatro seres inmateriales miraron la gota de sangre en el hielo y luego levantaron las cabezas. Sus ojos eran negros como el carbón y sus globos oculares estaban inyectados en sangre. Miraron sonriendo maliciosamente a la pobre mujer que respiraba agitadamente con una mueca de tristeza en los labios y pensando a toda velocidad qué les pasaba y cómo podía huir de allí. De pronto, la madre de Aina comunicó a los demás.

—Ahora sólo tenemos que llevarla a la fuerza ante el señor. Y para eso deberá ser como nosotros. Compañeros, ¡sangre fresca!

De pronto, un grito proveniente de las montañas se oyó y ante los cinco personajes apareció una figura familiar. Una niña de ocho años, con el pelo desgarrado, negro como el carbón y tirado sobre el rostro, con los ojos tristes, y con un camisón manchado de sangre empezó a caminar hacia sus hermanas. Aina alzó mucho las cejas. Ahora sí que iban a matarla. Pero su alma no querría nunca ponerse al servicio de ese monstruo.

—Jerla, Jaylin... papá y tía. Antes lo habría dado todo por salvaros. Ahora lo único que haré será acabar con vosotros.

Levantó una mano en la que llevaba un cuchillo. El cuchillo con el que había acabado con el jefe de los indígenas. Con rapidez cogió el collar que colgaba del cinturón de Aina y lo alzó en alto. Los cuatro seres gritaron con miedo y apartaron la vista del colgante, pero ya era tarde. El rubí empezó a brillar y succionó los cuerpos inmateriales de los que antes fueron familia de Aina. Ésta se quedó mirando a Leira. La miró severamente.

—No te mereces esto, Aina. Pero tienes los días contados.

Dicho esto, desapareció como la niebla.

33. Un fantasma despidiéndose

Aina entra en la tienda y se lleva una sorpresa. Alguien los está esperando y se despide para siempre.

La mujer esperó unos instantes. Se cayó al suelo de culo y se tumbó. El hielo ya no estaba helado. Era una superficie caliente. La nieve cesó de caer. El cielo se fue aclarando hasta que el sol sustituyó a la luna y se hizo de día. Aina se levantó y entró en la tienda de campaña. Entonces vio que ya no había tres mantas como camas. Había cuatro. Se acercó a la cuarta. Debajo de ésta había un cuerpo robusto tapado con la gorda y caliente tela. El extraño se giró y Aina pudo distinguir los rasgos físicos de... ¡Carlos! Sin poder evitarlo, la mujer se tiró encima del hombre y lo abrazó con fuerza. Había tenido mucho miedo por él. Creía que le había pasado algo. Y, para su asombro y miedo... Aina pudo atravesar el cuerpo de su amigo sin ninguna dificultad y se vio encima de la manta en la que dormía Carlos. Se giró y se enderezó sin entender y vio a su amigo levantado. Pero... podía ver a través de él. Estaba un poco transparente y una mueca de plena tristeza era lo único que adornaba su antiguo feliz rostro.

—Aina...

La mujer se llevó una mano a la boca y reprimió un sollozo pero varias gruesas y transparentes lágrimas brotaron de sus ojos y resbalaron por sus mejillas.

—No. ¡No! ¡No, por favor! No me lo digas, por favor.

—Aina... Me temo que estoy muerto. He sido un codicioso al querer el colgante todo para mí. Es que era tan bonito... Pero ahora sé que no debo dejar atraerme por las cosas demoníacas. Y sobre todo, siento dejaros. Me he arrepentido. Y me arrepentiré siempre... al más allá. Lo siento, Aina.

La mujer se echó a llorar a la manta y sus sollozos despertaron a los otros dos exploradores.

—No... No nos dejes, Carlos. Por favor. Te necesitamos...—lloraba Aina con auténtico desespero.

Notó que una mano cálida y familiar se posaba en su espalda y se giró. Diego la miraba con tristeza y extrañeza. En muy pocos segundos se enteró de lo ocurrido. El profesor tampoco tardó en enterarse. Aina siguió llorando largo rato y los dos hombres que quedaban abrieron la tienda y miraron las blancas montañas recordando al viejo amigo que tanto los había ayudado, que hacía muy pocas horas había estado luchando junto a ellos y se había ido, dejándolos solos.

*

—¡He dicho que la quiero!—gritó lleno de rabia una voz con eco.

La niña se apartó el pelo de la cara y cogió de nuevo el rubí. La imagen del hombre aún seguía allí, pero se estaba enfadando más y más y si le echaba la culpa podía acabar con ella.

—Esa mujer tiene algo que puede hacerme libre y la quiero. ¡La necesito! Y tú sólo eres una inútil y has matado a mis únicos secuaces fieles que me la podían traer. No eres más que una niña tonta con la cabeza llena de hielo. ¡No me sirves para nada! Creo que tendré que llamar a todos mis antiguos esclavos aunque estén al más allá. ¡Leira! Tráeme a los *zombies*. Voy a divertirme un rato.

*

Aina se secó sus últimas lágrimas y salió de la tienda. Se sentó sobre el hielo y cerró los ojos recordando a Carlos y los mejores momentos cuando estuvieron juntos y no había nada de mal por en medio. Oyó que el profesor se sentó a su lado.

—¿Quieres estar sola, querida?

Aina miró al suelo y no se dignó ni a mirarle. Negó con la cabeza.

—Nunca pensé que acabaría así. Ese monstruo se las va a ver conmigo. No puede hacerle eso a mis amigos ni a mi familia. Acabaré con él y devolveré la paz a este lugar. Luego volveré a casa y me olvidaré de todo esto.

—Yo nunca he hablado así y nunca he creído en esto de magia negra y cosas malignas que nos atacan, pero ahora ha llegado el momento de enfrentarnos a lo peor que podría haber jamás. Si esa cosa utiliza magia o algo así... estamos perdidos. Vamos muy por debajo de él y no podremos ganar.

Aina levantó la cabeza, puso una mano encima de la del profesor y lo miró con dulzura.

—Para enfrentarnos a él no necesitamos la fuerza, sino la astucia. Y en eso, digo yo que somos expertos. ¿Qué hay que temer?

—Tienes muchas fantasías en la cabeza, Aina. Nos equiparemos con pistolas y lo derribaremos antes de que se esfume.

—Ése es el problema, profesor. La bala podría traspasarlo como si fuera niebla. Hay que utilizar la cabeza. Y saldremos ganando. Lucharé por mi familia y por Carlos. Se lo debo por todos los favores que me ha hecho.

Diego no tardó en unirse a ellos. Se sentó a su lado y trazaron un plan para tener un poco de ventaja.

Tan absortos estaban en sus pensamientos y planes que no se dieron cuenta de que unas sombras oscuras se acercaban a sus espaldas y los cogerían desprevenidos.

34. Ataque de fantasmas

Cuando los tres exploradores son atacados por un grupo de sombras oscuras del pasado, que están al servicio del hombre del rubí encantado.

Una mano gélida y dura se posó en el hombro de Aina. Ésta se giró y sus ojos alcanzaron a ver el rostro grisáceo de un hombre conocido. Su pelo, anteriormente castaño, se había vuelto oscuro y lo tenía alborotado. Sus ojos ya no eran azules, sino negros. Su aspecto era horrible. Aina dio un grito al ver a su difunto padre ante ella. Diego y el profesor se giraron segundos después y reprimieron un grito de terror al verse rodeados por varios seres idénticos al hombre que sujetaba con fuerza a Aina. Había hombres y mujeres y algunos niños y niñas. Pudieron distinguir a Leira entre ellos, quien sujetaba el colgante maldito por la cadena. Lo levantó en alto y empezó a brillar. Pocos instantes después, una sombra se produjo ante los tres exploradores. Ésta tomó forma hasta transformarse en el hombre que tanto habían deseado destruir, el adivino encerrado en el rubí. Avanzó unos pasos hacia los tres exploradores, que empezaron a temblar de miedo, y compuso una sonrisa maliciosa.

—Bienvenidos a mi reino, Groenlandia, y vuestra eterna prisión. Pero creo que vosotros dos estaréis solos. Voy a llevarme a Aina.—le cogió de la muñeca con fuerza y la estiró hacia sí con tal de llevársela.—Tú te vienes conmigo, querida.

Diego cogió la otra mano de su mujer y tiró hacia él tratando de no perderla.

—Si le haces algo lo pagarás caro, monstruo.

El hombre dio una risotada maligna.

—¿Con qué, si no tengo dinero?

Aina miró a los dos hombres que la cogían. Le estaban haciendo daño. Sólo había una posibilidad para que la dejaran en paz y el adivino pasara de ella. Aina cerró los ojos y aguantó la respiración. Pensaba ahogarse con tal de ahuyentar al monstruo. Si se moría, ya no le serviría para nada. Pero entonces acabaría con su esposo o con Ariel, el profesor. Abrió los ojos y pensó rápidamente. ¿Qué podía hacer? Las armas no servirían para nada y en ese momento les era difícil ser astuto con tantos ojos observándoles. Cerró los ojos mientras notaba que los pulmones le estallaban. En ese momento, Aina cayó al suelo, y, probablemente, muerta.

*

“Aina, Aina despierta. Levántate, por favor.”

La mujer abrió los ojos. Ya no estaba en el hielo en medio de la lucha con su vida y la del profesor y su marido peligrando. Estaba en un sitio muy oscuro con una sola neblina azul iluminando el espacio. No había suelo en el que se pisara, sino que el aire la sujetaba, y no había cielo, sólo una masa oscura como una noche lúgubre y una sola aurora boreal adornando la oscuridad. Aina se giró. Ante ella había dos figuras. Reconoció a una. Era Leira, con su camisón manchado, sus pies desnudos y su bonita sonrisa adornando su cara. Junto a ella había una mujer de unos cincuenta años con un vestido medieval de muchos pliegues y de mangas anchas que llegaban al suelo. Su pelo pelirrojo estaba rizado y le llegaba hasta la cintura. Sus ojos verdes estaban llenos de dulzura.

“Aina”, empezó, “Ahora estás inconsciente. Pero debes despertar y luchar al lado de tu marido y tu amigo. Debes luchar por los que sufrieron años atrás y necesitan de tu ayuda. Pero antes debes saber esto. Cuando nadie se siente atraído por la belleza del rubí, el adivino no puede salir y esparcir su mal por todos lados, sino que la fuerza del rubí no le permite salir y lo mantiene encerrado. Cuando eso ocurre, no puede atacar a nadie y entonces las sombras oscuras ya no tendrán tanta fuerza. Cuando estén indefensos debes romper el rubí e irte con tus compañeros al helicóptero y marcharte. Esas sombras se desvanecerán con el tiempo, pero no enseguida y debes volver a Sudamérica. Es tu única salvación.”

“¿Quién eres?”, osó preguntar Aina.

“Me llamo Marta. Era la dueña del rubí y la bruja que todos creen que soy. Y una antepasada tuya. Puede que no lo creas, pero ahora eres la única

que sabrás destruir al adivino. Todos tus antepasados, incluso tus padres, quedaron hechizados por el rubí y no heredaron este don, pero tú no has caído en la atracción que te transformaría en esclava y... ahora eres mi sucesora. Destruye el rubí. Rómpele con todas tus fuerzas. No temas por mí, puedo conseguir otros. Y sobre todo no escuches al adivino. Intentará pararte. Debes asumir el cargo y terminar lo que yo no pude finalizar. Hazlo por mí, hazlo por Groenlandia.”

Dicho esto, las dos sombras desaparecieron y dejaron sola a Aina, que no tardaría en asumir su cargo y trataría de acabar con el mal que ensuciaba, desde hacía generaciones, Groenlandia y podría extenderse por el mundo entero.

*

Aina abrió los ojos. La nieve empezaba a caer con violencia. Entornó los ojos. Aprovechó ese tiempo para mirar lo que estaba sucediendo a su alrededor. Su marido y el profesor estaban cogidos por unas sombras y tenían los ojos en blanco. No dejaban de mirar el rubí. Aina se asustó. Abrió los ojos y se levantó. Una furia invadió su corazón. Para su asombro, una neblina negra se formó en sus manos y fue disparada hacia el adivino, que desapareció. Miró el rubí. La imagen del adivino estaba dentro. Reprimió un grito de victoria. Giró la cabeza y se concentró en las sombras. La observaban con los ojos muy abiertos y una mueca de miedo en el rostro. Se dirigió rápidamente hacia Diego y Ariel y gritó:

—¡No escuchéis nada! ¡No hagáis caso al rubí! ¡No es más que una piedra sacada de una roca que puede encontrarse en muchos sitios! ¡Pero no deseéis esta, precisamente! ¡Puede mataros! Por favor, escuchadme.

No respondieron. Seguían con los ojos en blanco, con la vista fija en la gema rojiza y brillante.

—No te escuchan, Aina. Ya no te conocen. Serán mis esclavos y tú no tendrás más remedio que sufrir la misma suerte. Has perdido, Aina.

Ésta se giró. El adivino estaba tras ella, como si nada le hubiera pasado y sonreía enigmáticamente. Aina cerró los ojos. Había fallado. No podría satisfacer a su predecesora. No liberaría a Groenlandia del mal y lo peor de todo... perdería a su marido. Eso no lo soportaría. Pero, ¿qué había sido esa neblina negra que había creído hacer? Si la había hecho, ¿no podría hacer más? Abrió los ojos y frunció el ceño. Ella era Aina, la sucesora de una bruja que había encerrado al adivino en una jaula de rubí. Ella había

empezado el trabajo y ahora le tocaba acabarlo. Y lo conseguiría. Por su marido. Recordó un dicho que solía decirle su madre: “Si crees que puedes hacerlo bien, así será.”

Se alzó majestuosamente ante el adivino y sonrió enigmáticamente. No debía sentirse inferior por nada del mundo.

—No creas que has ganado, querido. Aún queda mucho que hacer. ¿No te suena de nada el nombre de Marta?

El hombre frunció el ceño pero abrió los ojos de pronto al darse cuenta.

—¡Ya decía yo que tenías algo de especial! Tú eres la única que puedes liberarme de aquí. Si lo haces dejaré en paz a tu marido y tu amigo. No os molestaré más. Soy una persona y es normal que quiera vivir.

—¿Por qué habría que creerte, adivino? No eres más que un patán mentiroso al igual que codicioso.

—Te devolveré a Carlos.

Aina calló de pronto. Miró al hombre. Éste compuso una sonrisa engañosa. “Trataré de pararte.”, recordó entonces. No debía hacerle caso.

—Por toda Groenlandia, por mi familia y por la luz... ¡atrás!

Alzó las manos mientras deseaba con todo su corazón que su marido y el profesor no miraran el rubí y no se sintieran atraídos por él. “Por favor, Marta. Concédeme esto.”

Para su asombro, a su espalda escuchó las voces de Diego y Ariel preguntándose qué había sucedido. Se giró y gritó.

—¡No penséis en el collar! No lo queráis. Así lo destruiremos.

Diego y el profesor la miraron sin entender. Pero parecía que estaban más ocupados con ella que con el rubí, que empezó a brillar y un enorme remolino apareció de él y se tragó al adivino, hasta encerrarlo de nuevo en su interior.

35. Escapada difícil.

Ya no tienen ningún obstáculo, pueden escapar, pero, sin embargo, una sorpresa les molestará durante el trayecto.

Aina sonrió y suspiró aliviada.
—¡Corred, debemos ir al helicóptero y marcharnos! Es nuestra salvación.

Diego la miró, atónito.

—Pero... ¿Qué...?

—Luego lo explico. ¡Corred!

Los dos hombres cruzaron una mirada y asintieron. Empezaron a correr hacia la casa, donde les esperaba el helicóptero, con los cristales congelados por el frío. Pero el interior estaba intacto. Con un poco de fuerza, consiguieron abrir la puerta y entraron. Pero ahí estaba el problema.

—¿Quién sabe conducir este cacharro?

Los tres se miraron con miedo. ¿Y si no conseguían escapar de allí? Unos pensamientos horribles pasaron por la mente de Aina, que los borró de inmediato. Se dirigió al asiento del conductor y miró con miedo la cantidad de botones y palancas que había. Entonces, un grito agrandó el miedo que había en ellos.

—¡Esperad! Debo de ir a por mis bolsas de vómito. No puedo viajar sin ellas.

—¡Ariel, no tenemos tiempo! Debemos marcharnos de aquí.

—¿Quieres que te vomite encima?

Aina no respondió. El profesor se bajó y vieron que entraba en la casa. Entonces, una mano grisácea entró en el helicóptero. Diego lanzó un grito y Aina se giró. Pudieron ver cómo Leira entraba en el transporte con el collar en sus manos.

—¡No podéis huir de aquí!

Aina se levantó y fue hasta su hermana. Cogió un palo de hierro que encontró tirado y le pegó en la frente. La niña gritó y cayó del transporte hasta tenderse cuan larga era en el hielo. El collar se soltó de sus manos y quedó a pocos centímetros de ella. Aina respiraba con agitación.

—Leira...

—¡Aina, mira!—gritó Diego.

La mujer se giró y vio que la otra puerta del helicóptero se había abierto y por ella entraba Carlos. Tenía el mismo aspecto que los otros. De su cinturón sacó una navaja y la levantó para que la vieran.

—¡Destruye el rubí, yo te cubro!—aventuró Diego.

Corrió hacia Carlos y le cogió la mano en la que aguantaba la navaja con fuerza con tal de que no le hiriese. Aina miraba embobada la escena. Diego estaba perdiendo. Esos seres tenían mucha fuerza. Su mano fue ágil y la navaja fue a parar, con rapidez, en el hombro de Diego, dando lugar a una herida sangrienta. El hombre gritó y se sacó la navaja ensangrentada de su hombro y la tiró al suelo. Aina se giró. Leira había abierto los ojos y se dirigía a ella con cara de pocos amigos.

*

Aina cogió con fuerza el palo de metal. Salió del helicóptero, esquivando a Leira y cogió el rubí. Lo dejó a unos centímetros de ella. Si se daba prisa lo destruiría en un momento. Entonces, unas manos infantiles pero duras rodearon su pecho impidiéndole respirar. Giró la cabeza y vio a su espalda a Leira que le sonreía malignamente. Aina miró el rubí. Sólo debía levantar los brazos con el palo y bajarlo con fuerza con tal de darle a la gema.

—Por Diego.

Apretó los dientes y levantó los brazos. Los brazos le apretaban cada vez más fuerte. Bajó los brazos con rapidez hasta que el otro extremo de la

vara le dio a la gema, que, con un chasquido, hizo un pequeño arañazo. No lo entendía. ¿No debía haberse roto ya?

—Los rubís no pueden romperse con fuerza. No se pueden romper.— comentó Leira mientras apretaba el pecho de su hermana con fuerza, sin darse cuenta de que le había dado una pista.

A Aina se le encendió una luz en la mente. Sólo un pequeño esfuerzo más y habría ganado. Empezó a romper el hielo con la vara sin descanso alguno hasta crear un pequeño agujero. Metió con el pie el colgante en él y dio unos cuantos golpes más hasta que el colgante quedó dentro del hielo. Cerró los ojos y se concentró. Deseó que el agujero se congelase y el collar quedase sepultado en el hielo con tanta dificultad que nadie pudiera alcanzarlo. Para su asombro, sobre el rubí empezó a crearse hielo hasta tapar el agujero. Jaque mate. Leira dio un grito y soltó a Aina, que cayó de rodillas respirando con agitación. Leira golpeó el hielo con los puños tratando de recuperar el collar.

—No, mi señor. ¡No!

Cuando se recuperó un poco, Aina se levantó y fue hasta Leira. Le cogió con dulzura los hombros y le miró a los ojos con una sonrisa amable en los labios.

—Leira, ya no hace falta que luches más por vivir. Te has ganado el descanso eterno y la tranquilidad. Y seguro que ves y conoces a tu madre. Descansa, Leira. Vete al más allá.

—¡No, no, bruja! Has matado a mi señor. Te mataré. Te mataré.

Aina le puso una mano en su barbilla y le besó la frente.

—Descansa, hermana.

*

Leira miró los ojos de su hermana. Ya no tenía que obedecer las órdenes de ese patán holgazán. Era libre. Y podría conocer a su madre. Pero Leira murió y por una vez había revivido. Le gustaba más la vida que la muerte. Pero los pocos años que estuvo en el más allá pudo ver que era tranquilo y todos eran amigos. Tendría la tranquilidad y la paz eternas que siempre había deseado. Y estaría con su madre, seguramente. Sus ojos empezaron a perder el brillo seductor que tenían antes y Leira cayó tendida en el suelo, con los ojos sin vida, abiertos de par en par, sobre el frío hielo, que sería para siempre su tumba.

36. Partida a Sudamérica

Cuando se despiden de Groenlandia y regresan a Sudamérica, al fin, y olvidan todo lo ocurrido.

Aina se levantó respirando agitadamente. Entonces le vino a la mente Diego. ¡Qué le estaría ocurriendo! Se giró y corrió hacia el helicóptero. El cadáver de Carlos yacía en el suelo y Diego estaba sentado, apoyando su espalda contra la pared del transporte apretándose la herida con fuerza con una mano, sin embargo salía mucha sangre y tenía mala pinta. Aina buscó por todo el transporte un botiquín hasta que lo encontró en un cajón pequeño. Lo sacó y lo abrió. Cogió un líquido que le desinfectaría la herida y una venda. Le cortó la manga de la camisa y le vendó el hombro como pudo, un poco torpe.

—Como enfermera, no estás nada mal.

Aina rió ante el comentario. Miró los ojos de su marido y sonrió. Se inclinó hacia él y se fundieron en un tierno beso.

*

El profesor Gómez salió de la casa. Miró por todas partes. No había rastro de sombras ni del hombre malvado. Se escondió las bolsas en un bolsillo de la chaqueta y caminó hacia el helicóptero. Justo cuando iba a abrir la puerta para entrar, se fijó en que, no lejos de él, tendido sobre el hielo, había un cuerpo muerto. Se dirigió a él y lo miró. No tardó en averiguar que se trataba de Leira. Su rostro estaba adornado por una amable sonrisa y sus ojos azules marinos sin vida seguían abiertos. Se llevó una mano a la

boca y lloró de emoción al saber que la niña había encontrado la paz eterna.

*

Aina se inclinó al cuerpo de Carlos. Sus labios componían una fría sonrisa y sus ojos estaban abiertos. Le alborotó un poco el pelo castaño y le besó en la frente.

—Gracias por todo, amigo mío.

Se levantó y, con la ayuda de Diego arrastraron el cuerpo hasta sacarlo del helicóptero. Aina miró el cuerpo de su difunto amigo. Jamás lo olvidaría.

Pocos minutos después, el profesor Gómez entró en el helicóptero.

—Bien, ya podemos irnos.

Aina lo miró. En su chaqueta había un bulto que delataba la vergüenza que tenía el profesor de mostrar sus bolsas. Sonrió alegremente. Dio media vuelta y fue al asiento del conductor. Se sentó y miró los botones. No debería ser más difícil que conducir un coche, ¿no? Fue apretando botones hasta encontrar los exactos y el helicóptero alzó el vuelo en zigzag, volando torpemente hasta alejarse de las cumbres heladas de Groenlandia, donde habían vivido toda una aventura.

—¿Dejamos aquí los equipajes y todo?

—Sí. Diremos a la compañía que tuvimos un accidente y debimos volver de inmediato. No dirán nada.

—¿Y si les contamos la verdad?

—¿Crees que nos creerán?

—No sé, pero por intentarlo...

Aina se concentró en los botones y palancas. Jamás olvidaría todo lo que había descubierto. Que una muerta era su hermana, su padre había sido esclavizado por un collar, su verdadero pasado era terrible, era la sucesora de una bruja y había terminado su trabajo...

Tampoco olvidaría el pueblo indígena que tanto los había ayudado, aunque sentía pena por el jefe, ¿quién iba a controlar el pueblo? ¿La hija?

¿Cómo podía estar segura que el rubí estaría intacto el resto de la eternidad?

Y, sobre todo, en su mente aún estaba la imagen de Leira muerta sobre el hielo, y la Leira “muerta” en la mesa junto al fuego esperando el momento de despertar para atacar.

El profesor curó mejor la herida de Diego mientras hablaban del viaje y cosas extrañas que habían ocurrido y empezaron una de esas charlas amistosas que tanto solían hacer antes de embarcar al avión que los llevaría a Groenlandia.

Aina se rememoró a sí misma, semanas antes. Estaba en el aeropuerto, nerviosa por explorar un mundo congelado y descubrir cosas nuevas. Le había gustado el viaje, debía reconocerlo. Sumida en sus pensamientos, las horas fueron pasando hasta que sus ojos avistaron Nueva York, donde dejarían el helicóptero, darían la noticia a la mujer de Carlos y regresarían a Sudamérica en avión. Aina sonrió. Estaba deseando correr una nueva aventura.

Epílogo

Helena bajó del taxi. Fue hasta el portal de su casa. Había empezado la universidad y necesitaba un sitio tranquilo para estudiar. Se había alquilado una casa que le iría la mar de bien por unos meses. En cuanto entró, se dejó caer sobre el sofá y abrió su mochila. Debía empezar a estudiar cuando antes. Cogió el primer libro y lo abrió. En ese momento, sonó el timbre. Helena refunfuñó por lo bajo y se levantó. ¿Quién sería? Esperaba que no fuera su madre, que seguro que la enrollaría mucho. Fue hasta la puerta y la abrió. Había un hombre alto, trajeado, con un sobre sellado en la mano.

—Carta para Helena Morgan García. ¿Es usted?

La joven asintió. Leyó el remitente. Era de su madre. ¿Qué querría ahora? Sin poder evitarlo, abrió el sobre y extrajo lo que había de su interior. Había una carta de dos folios. Muy larga. Con su letra minúscula y bonita. La leyó para sí misma sin darse cuenta de que el cartero aún estaba ante ella.

Querida Helena,

Si hemos guardado silencio todos estos años, ha sido por que no queríamos contarte lo que nos pasó hace años, meses antes de tu nacimiento.

Fuimos a una viaje de trabajo a Groenlandia y allí tuvimos una aventura. Primero nos encontramos una niña congelada en el hielo y nos la llevamos a casa.

Helena ahogó una risa. ¿Una niña en el hielo? ¿Por qué querían contarle esas majaderías? Leyó lo último.

Y conseguimos enterrar el rubí en el hielo. Pero tengo el presentimiento de que aún nada ha acabado y te he contado esta historia para que tengas cuidado. Mis dotes de bruja me lo dicen. No escuches nada de rubíes. Y protégete. Cuando no te tengo a mi lado sufro. Ten cuidado, cielo.

Te quiere, tu madre. Aina.

Helena arqueó una ceja. ¿Rubí en el hielo? ¿Qué era eso? Bueno, no había leído gran parte de la historia y no sabía nada. ¿Que no escuchara nada de rubíes? Si en su vida había visto un rubí ni le interesaban. Esas cosas sólo las llevaban las personas ricas y las pijas y pijos que querían atraer a la gente con sus minerales. ¿Sus dotes de bruja? ¿Pero qué se creía su madre? ¿Que estaba en Halloween o algo así? ¡Qué tontería de carta! La hizo una bola y la lanzó con el sobre a una papelería que había junto a la puerta. Miró el cartero, que estaba plantado ante la puerta esperando palabras. Helena notó que los colores le subían a la cara. Lo había dejado allí mientras ella, allí tan tranquila, leía la dichosa cartita.

—Yo... Lo siento... Eh...

Antes de que pudiera decir nada más, el hombre le entregó una foto.

—He pensado que una cosa tan bonita como esta foto puede ser tuya.

A Helena le extrañó el comportamiento del hombre. Frunció el ceño mientras pensaba que no se fiaba de él y miró la foto mientras lo miraba de reojo a él. Vio un colgante extraño de oro que sería del siglo de oro o de antes. En el centro del collar había un enorme rubí brillante y precioso. ¿Tendría eso algo que ver con lo que su madre le había contado? Se olvidó de que tenía al cartero ante sus narices y se fijó en el rubí. Sus ojos empezaron a volverse negros. El rubí de la foto empezó a brillar. No lo entendía. Helena pestañeó y alzó la vista. Miró al cartero. ¿Qué significaba aquello? Pero el cartero no era el de antes. Ahora era un hombre alto, con el pelo negro y un poco alborotado, los ojos marrones oscuros y con un traje raro verde. Helena no lo entendía. Empezó a asustarse. Tropezó con un zapato suyo y cayó al suelo de culo. El hombre compuso una sonrisa sarcástica y se inclinó hacia ella. Dando una risotada casi maléfica, dijo, orgulloso:

—¡Ja, ja, ja! ¡Ya eres mía!